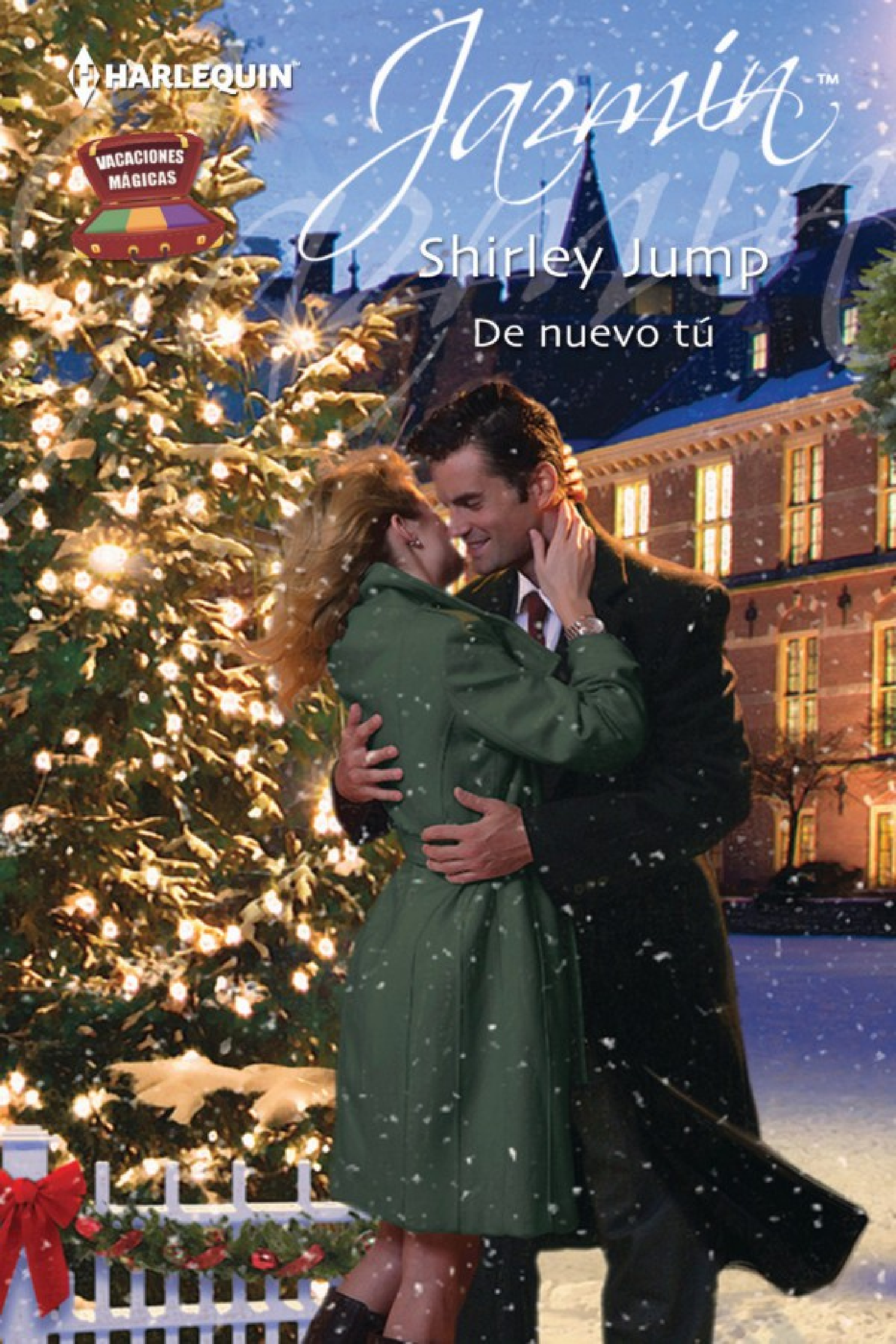

HARLEQUIN
Jazmín™
VACACIONES MÁGICAS
Shirley Jump
De nuevo tú

De nuevo tú

Shirley Jump



Shirley Jump

De nuevo tú



ARGUMENTO

Volver a casa…

La periodista Grace McKinnon, un espíritu libre, era feliz viviendo una aventura tras otra, pero el trabajo la haría volver a casa en vacaciones, a Beckett's Run, donde estaban todas las cosas de las que había huido años antes, como su amor de juventud, J. C. Carson.

Irrumpió en el pueblo en su flamante descapotable rojo y, tras sacar a J. C. de la carretera, finalmente terminó trabajando con él en los preparativos de las fiestas. Las chispas saltaron entre ellos y el pasado afloró sin remedio. ¿Sería Grace capaz de resistirse a J. C. bajo el muérdago… a pesar de todas las cosas que los separaban?

CAPÍTULO 1

El sobre llevaba unas tres horas sobre el escritorio de la habitación del hotel de Santo Domingo. Grace McKinnon lo recogió y miró el remitente.

Beckett's Run, Massachusetts.

Su abuela debía de estar muy decidida si le había seguido la pista hasta allí. Pero así era su abuela. Cuando quería algo, lo lograba. Y Grace había heredado esa testarudez. Su madre decía que era una maldición, pero para su abuela siempre había sido una bendición.

Fuera como fuera, no obstante, en ese momento tenía asuntos más importantes de los que ocuparse, así que el sobre tendría que esperar.

–Entregué lo de la República Dominicana hace dos horas –dijo Grace, al teléfono–. ¿Adónde quieres que vaya ahora?

La conexión telefónica falló a medida que andaba por la habitación. Tras haber pasado unas cuantas veces por delante del escritorio, se detuvo frente a la carta de nuevo. Se volvió y miró por el ventanal que daba al lado sur. Diez pisos más abajo un río de coches inundaba las calles de Santo Domingo. Una cacofonía de cláxones impacientes ponía la banda sonora al radiante sol de la mañana.

La cadera de Grace dio contra el escritorio, descolocando el sobre de nuevo. Se inclinó contra la esquina de la mesa y buscó la señal de cobertura más fuerte que fue capaz de encontrar. Mientras escuchaba el discurso de su jefe tocaba el sobre con impaciencia.

–No quiero que vayas a ningún otro sitio. He mirado lo que me has mandado y está bien, con los sitios turísticos habituales y ese tipo de cosas, pero, sinceramente, lo de Nueva Zelanda fue un desastre. No hacías más que irte por la tangente, con lo de las tiendas de campaña que levantan los vagabundos. ¿Qué turista quiere ver eso? Esa es la clase de artículo que alguien escribiría

para un dramático ejemplar de Social Issues. No es para eso para lo que te contraté, y tampoco fue eso lo que me dijiste que querías escribir.

–Eso es lo que quiero escribir.

–¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué sigues enviándome estos artículos sobre cambiar el mundo?

Grace reprimió un suspiro.

–¿No estaría bien hacer algo distinto de vez en cuando?

–Dios, no. Los publicistas no quieren otra cosa. Y los lectores tampoco, así que dame aquello por lo que te pago.

–Muy bien –Grace cambió el peso al otro pie, de nuevo.

Esas felices historias de vacaciones llevaban dos años atragantándola. Quería más. Pero el problema era que no tenía agallas para escribir más. Había mandado algunas cosas a Social Issues, pensando que iba a ser pan comido porque Steve Esler, el editor, había sido su tutor en la universidad y era un buen amigo desde entonces. Llevaba años invitándola a escribir algo “profundo y significativo» para la revista, y le había enviado unos artículos, pero finalmente había terminado sentada en su despacho, viendo cómo sacudía la cabeza.

«Tú escribes mucho mejor, Grace. Tienes que ponerle más corazón a las historias, y entonces el lector se reirá y llorará contigo. Estos artículos… parece que tienes miedo de que te importe».

Había vuelto a los artículos sobre viajes turísticos, hoteles de lujo y fiestas. Se había convencido de que era feliz así. Se había dicho a sí misma que no quería ser uno de esos ingenuos recién graduados de periodismo que creían que podían cambiar el mundo a golpe de pluma.

Pero una parte de ella siempre había sido así, aunque no escribiera lo suficientemente bien como para lograrlo.

–No quiero miserias humanas por toda la página –le decía su editor–. Quiero reseñas de destinos turísticos de ensueño y gente sonriente que cree que no hay absolutamente nada en el mundo de lo que preocuparse más allá del exquisito margarita que se están tomando mientras disfrutan de su masaje relajante.

Paul Rawlins suspiró. Aunque estuviera en Manhattan, a miles de kilómetros de distancia, podía oír su descontento al otro lado de

la línea.

–Me has decepcionado, Grace. De nuevo. Ya no puedo contar contigo.

–Un error, Paul. Las imágenes…

–No es solo uno. Son muchos. Tus historias han dejado de ser llamativas últimamente. No hay inspiración. Incluso hiciste que Fiji pareciera un sitio aburrido. Fiji, por Dios.

¿Qué ha pasado? Eras la mejor.

–No ha pasado nada.

Sí había pasado algo. Algo había cambiado en ella cuando había estado en Rusia y había visto a esa niña pequeña que caminaba por las calles con un fino vestido de verano en pleno invierno, vendiendo periódicos que nadie quería comprar. Había hecho una foto y, gracias a un traductor, había recogido suficiente información para escribir una historia, pensando que a lo mejor alguien la veía y se solidarizaba con los huérfanos sin techo.

Pero el artículo no había pasado el filtro de Social Issues porque no cumplía con su misión. No incitaba al lector a actuar. El editor tenía razón en eso. El corazón de Grace McKinnon estaba rodeado por un muro que nunca había sido capaz de derribar. Debía ceñirse a lo que conocía y dejar de intentar ser algo que no era en realidad.

Volvería al trabajo y todo acabaría arreglándose de alguna manera.

–¿Por qué no te tomas un descanso, Grace? –le dijo Paul–. Un par de semanas. Tómate unas vacaciones y vuelve al trabajo después.

–¿Tomarme unas vacaciones? Pero si estoy en lo más alto de mi carrera.

–No. No lo estás.

Sus palabras, definitivas y rotundas, acabaron con las últimas esperanzas de Grace.

Había perdido la chispa en algún punto del camino. Llevaba años recorriendo el mundo, volando de un lado a otro como un colibrí en un jardín. Su carrera como cronista de viajes para una de las revistas turísticas más importantes del mundo siempre había sido suficiente. No tenía ataduras y solo dependía de sí misma.

Pero aquel día había cambiado su vida. Había cambiado su forma de pensar, y todo lo demás había dejado de ser importante en

comparación. Había dejado a un lado la revista de viajes para concentrarse en escritos más profundos para Social Issues, pero las cosas no habían salido bien y había vuelto a escribir sobre turismo.

Sin embargo, nada había vuelto a ser igual. Algo estaba mal.

Intentaba volver a ser la escritora de antes, pero no lo conseguía. A lo mejor, si su hermana hubiera acudido cuando la había llamado, podría haber redactado algo mejor.

El ojo fotográfico de Hope siempre veía lo mejor de todas las cosas. Pero su hermana se había negado.

Aún le dolía ese rechazo. Para una vez que la necesitaba… y recibía un «no» por respuesta.

Poco a poco los trabajos para la revista se habían hecho cada vez más infrecuentes, y los más recientes…

Paul tenía razón. No habían sido su mejor obra. Estaban muy lejos de serlo, de hecho. Sin embargo, la idea de tener todo ese tiempo libre en vacaciones, sin forma de llenarlo con nada…

–Paul, déjame hacer lo de Suiza. Hay un tren que lleva a la gente a lo alto de la montaña. Es un enclave muy turístico. Puedo hacerlo desde el punto de vista de los lugareños, la gente que tiene que tomarlo para ir al hospital…

–Déjalo, Grace, en serio. Ya casi estamos en Navidad. Tómate un tiempo libre y llámame después de las vacaciones. Necesitaremos artículos sobre destinos románticos para las vacaciones. Y si… –Paul hizo una pausa–. Y, si realmente estás lista para volver entonces, hablaremos de lo de Suiza.

Grace no tuvo más remedio que tirar la toalla. Al menos no la habían despedido.

–Claro. Lo haré.

–Bien –dijo Paul en un claro tono de alivio. Se despidió y colgó el teléfono.

Grace se quedó más sola que nunca en aquella habitación de hotel, sin trabajo, sin un próximo destino. Llevaba más de una década sin sentirse tan… a la deriva.

Fuera, el zumbido del enjambre de coches no cesaba. Grace fue hacia la ventana. La gente corría, rumbo al trabajo. Los jardineros se subían a las plataformas abiertas de las camionetas, los empleados de los hoteles iban en ciclomotores de tres en tres y los

taxistas buscaban huecos entre los coches para colarse a través del intenso atasco. El aire salado del océano se mezclaba con el humo constante de los tubos de escape, dándole un curioso olor agridulce a la ciudad. A su alrededor se alzaban viejos edificios de piedra, la cuna de la historia de América del Norte, la primera parada de Cristóbal Colón. Santo Domingo era una ciudad hermosa y trágica, una ciudad que solía encantarle. Su cámara digital estaba llena de instantáneas para su álbum de fotos, pero en ninguna de ellas aparecían los parajes paradisiacos de Punta Cana o los concurridos mercados al

PÁGINA

aire libre. No. Las fotos que tomaba reflejaban otras realidades de la ciudad, de los países que visitaba. Esas eran las fotos que no quería su editor, las que no podían acompañar a una historia sobre los mejores lugares de vacaciones en América Latina, las que podían lanzar una carrera periodística basada en algo profundo, con significado… o al menos eso era lo que había creído durante mucho tiempo.

¿Por qué no podía abandonar la idea sin más? ¿Por qué no podía sentirse afortunada por tener un trabajo, por recibir un sueldo a cambio de viajar por el mundo? ¿Por qué se empeñaba en buscar las cosas que no estaba destinada a tener?

Caminó por la habitación durante un rato más y entonces comenzó a hacer la maleta. Metió las últimas cosas en su bolsa de mano y luego la levantó de la cama para colocarla junto a la puerta. Se detuvo en el centro de la estancia.

Perdida.

¿Adónde iba a ir? ¿A la playa? ¿Sola? ¿En Navidad?

¿Se iba a sentar en la arena, margarita en mano, a ver cómo disfrutaban del mar esas familias y parejas de vacaciones? Siempre le había gustado estar sola, pero no en un sitio donde todo el mundo estaba emparejado.

Lo que necesitaba era un destino que le proporcionara dos cosas: unas vacaciones y una oportunidad para escribir algo con lo que demostrarle a Paul que seguía siendo la misma de siempre. También necesitaba algo de tranquilidad, tiempo para mirar el correo electrónico, ver lo de las redes sociales tal vez…

Pero ¿dónde?

De repente, reparó en la carta de su abuela. Casi la había olvidado. La tomó del escritorio y la abrió. Esperaba las típicas noticias navideñas y una tarjeta-regalo del centro comercial, pero nada más abrirla un billete de avión cayó al suelo.

Querida Grace:

Espero que te encuentres bien. Te echo de menos y me quedé muy triste cuando tuviste que cancelar tu viaje a casa el año pasado, y el anterior. He decidido que este año quiero ver a toda la familia reunida por vacaciones. Cada día me hago más vieja y verte está en mi lista de regalos para Papá Noel, así que, por favor, ven a Beckett's Run. Van a ser unas Navidades estupendas. Son los festejos del bicentenario de la ciudad y habrá muchas actividades. ¡Ni te imaginas todo lo que están preparando! Se merece una portada de revista por lo menos.

Te mando un billete de avión, así que no me pongas más excusas, cariño. Ven a casa.

Con cariño,

La abuela.

Grace recogió el billete de avión del suelo.

Ir a Beckett's Run por Navidad.

A cualquier persona le hubiera encantado visitar ese pueblo con encanto de Massachusetts, con sus mágicas casitas nevadas, pero para Grace… Era una tortura.

Beckett's Run, el sitio en el que estaban todos y todo de lo que había huido años antes. ¿Realmente quería volver a recordar todo eso?

Miró la carta de nuevo. Era el bicentenario de la ciudad, estaban preparando grandes eventos y el pueblo se unía para celebrar la Navidad. Todo era un cúmulo de clichés. El engranaje de su cabeza se puso en marcha y entonces tomó una decisión. Se echó la bolsa de viaje al hombro y salió del hotel.

Iba rumbo a Beckett's Run.

Las vacaciones de Navidad habían llegado a Beckett's Run en

forma de algo más de tres metros de nieve. En cuestión de días, el lugar había pasado de la calma total del invierno gris a los rojos y verdes de los festejos navideños. A través de las puertas y ventanas de los comercios se oían villancicos y guirnaldas de color carmesí colgaban entre las luces. El banco que estaba delante de Ray's Hardware and Sundries tenía un lazo rojo y la estatua de Andrew Beckett, el fundador del pueblo, lucía un collar de flores. Incluso le habían puesto un gorro de Papá Noel a la rana de cemento que estaba frente al césped de Lucy Wilson.

J. C. Carson aminoró la velocidad de su todoterreno al pasar por delante de Carol's Diner y saludó a los del Club de la Carpa de los lunes por la mañana. Al, Joe y Karl pasaban más tiempo apostados en el banco de delante del restaurante que pescando carpas. J. C. giró a la derecha al llegar a la señal de stop y dio la vuelta, rumbo al parque. El recinto estaba lleno de voluntarios que trabajaban sin descanso para prepararlo todo para los festejos. El primer Beckett's Run Winter Festival había sido organizado por el mismísimo Andrew Beckett y en los dos siglos que habían pasado desde entonces la celebración había crecido hasta convertirse en un gran evento que incluía visitas de Papá Noel, carreras en trineo por Main Street y competiciones de decoración de árboles de Navidad.

J. C. había oído que un equipo de televisión se había alojado en Victoria's Bed and Breakfast y no era de extrañar. Una conocida revista había elegido por votación a Beckett's Run como el pueblo con mayor espíritu navideño de todo el país y era por eso por lo que los medios de comunicación habían puesto el foco sobre un sitio desconocido.

Por tanto, J. C. tenía que asegurarse de algo. Todo debía ir sobre ruedas durante los festejos. Diez años antes nadie le hubiera creído capaz de mantener el rumbo del pequeño pueblo de Massachusetts. Por aquel entonces no era más que un muchacho loco que corría por esas calles, viviendo al límite, pero de eso hacía mucho tiempo y había dejado de ser esa persona muchos años atrás.

Beckett's Run no estaba plagada de delitos y por lo tanto, en la comisaría no hacían falta más que cinco policías. J. C. no esperaba muchos problemas, pero siempre se preparaba, por si acaso. La publicidad que les había dado la revista atraería a muchos turistas con dinero, y el pueblo necesitaba esos dólares como agua de mayo.

Muchas tiendas habían cerrado y se habían vendido demasiadas casas. Durante los dos años anteriores, J. C. había hecho todo lo posible para frenar ese descenso imparable de la situación económica del lugar, pero finalmente se había dado cuenta de que no había mucho que hacer si nadie más apostaba por Beckett's Run.

Y eso era parte del motivo por el que se había presentado voluntario para encabezar el comité que estaba al frente de los festejos de ese año. Beckett's Run se moría un poco más cada año, erosionado por la falta de actividad económica, y él quería hacer un último esfuerzo. Amaba ese lugar y a lo mejor la celebración navideña era lo que el pueblo necesitaba para recuperar la confianza.

Pero también esperaba que esas fiestas de invierno hicieran muchas otras cosas. Todo había empezado como una iniciativa para ayudar a Beckett's Run, y también para impedir que Pauline Brimmer le llamara y le suplicara que presidiera el comité, pero poco a poco se había convertido en algo mucho más personal para él, algo que importaba mucho más que una simple inyección económica.

El día en que su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, J. C. había abandonado su puesto en Carson Investments y se había tomado una excedencia. Le había dado la llave de su apartamento de Boston al ama de llaves y había regresado a Beckett's Run para instalarse en su vieja habitación de siempre, en la casa de su madre. Era demasiado alto y demasiado mayor para la desvencijada cama de su viejo dormitorio lleno de cosas de béisbol, pero a veces había cosas más importantes en la vida que unos pies que sobresalían del colchón. Muy pronto tendría que volver a Boston, y eso significaba que tendría que tomar decisiones duras, en poco tiempo.

Pero de momento tenía los festejos de invierno y era mejor enfrentarse a los retos de uno en uno.

J. C. dobló la última esquina y soltó el aliento con tranquilidad. El centro tenía buen aspecto. Era la estampa perfecta de fiestas serenas y vacaciones navideñas.

De repente, se vio invadido por un profundo orgullo mientras miraba a su alrededor. Cuando era un muchacho odiaba el lugar y solo quería marcharse de allí. Había roto todas las reglas e incluso

había estado a punto de pasar algún tiempo en la comisaría, pero al final había crecido. Se había puesto a trabajar y había dejado atrás ese pasado.

Jamás se hubiera imaginado volviendo a Beckett's Run, pero por fin había llegado a entender por qué la gente echaba raíces allí y elegía criar a sus hijos en un sitio pequeño y apacible. Beckett's Run daba estabilidad, una sensación de hogar y de rutina, y eso era algo que su familia necesitaba desesperadamente en ese momento.

De repente, oyó el chirrido de unos neumáticos al patinar sobre el hielo. Giró el todoterreno justo a tiempo para ver un descapotable de color rojo cereza que se saltaba una señal de stop para terminar estrellándose contra un banco de nieve. Él era el más próximo al accidente, así que paró y bajó de su vehículo. El aire frío le golpeó en la cara, congelándole el aliento. Se subió la cremallera de la chaqueta y se agachó por el lado del conductor.

La ventanilla bajó en ese momento, pero J. C. no vio más que la melena de una mujer. Tenía el pelo largo y rubio, y lo llevaba recogido en una coleta que se movía por encima de una chaqueta de color azul oscuro con una capucha de pelo sintético.

–¿Se encuentra bien, señora?

–Lo siento, agente. Tengo el permiso aquí mismo, en algún sitio –dijo, ella mascullando un juramento al tiempo que buscaba en el bolsillo delantero de una mochila–. Ah, aquí está.

Se giró hacia él con una tarjeta de plástico blanco en la mano, pero a J. C. no le hizo falta mirar la identificación. Ya sabía quién era. La había reconocido incluso con esas enormes gafas de tamaño maxi como las de Hollywood, y a pesar del pintalabios rosa y el descapotable de color cereza.

–Grace McKinnon –las palabras salieron de su boca sin sorpresa alguna.

Sin embargo, si alguien le hubiera pedido que nombrara a diez personas a las que no esperaba volver a ver por Beckett's Run, ella hubiera estado en el tercer lugar.

–¿J. C.? –dijo ella, echándose hacia atrás en el asiento de cuero negro al tiempo que se tapaba los ojos con la mano.

–El mismo.

Grace se rio.

–Oh, Dios mío. La última vez que te vi… bueno, no me acuerdo

de la última vez que te vi.

¿De verdad no lo recordaba? Él sí. Jamás lo hubiera olvidado. A lo mejor era que no quería recordarlo. Y eso seguramente era una buena cosa. Había dejado atrás el pasado por una buena razón, y lo mejor era que todo se quedara como estaba.

Ella apoyó ambos codos sobre el marco de la ventanilla y sacudió la cabeza.

–Dios, pensaba que eras un poli. Eso es lo último que necesito ahora. Me alegro de que solo fueras tú.

–¿Solo yo?

Ella se encogió de hombros.

–Alguien que me conoce.

J. C. no sabía qué responder a eso. Alguna vez había llegado a pensar que la conocía tan bien como se conocía a sí mismo, pero se había equivocado.

–¿Y por qué me llamas «señora»? Haces que parezca que tengo ochenta años.

J. C. la miró de arriba abajo con disimulo. Reparó en el escote en V de su camisa roja.

–Ibas con exceso de velocidad, Grace –dijo, reencauzando sus erráticos pensamientos.

Señaló las calles que tenía detrás.

–El pavimento está muy resbaladizo, y hay mucha gente por aquí. No soy policía, pero sí soy un ciudadano preocupado. Hazme un favor y tómatelo con más calma.

Grace soltó el aliento con brusquedad.

–J. C., vamos. Ya me conoces. ¿Cuándo me he tomado las cosas con calma? ¿Y cuándo has querido tú que lo haga, ya que estamos?

J. C. apoyó la palma de la mano sobre la capota del coche y luego se inclinó un poco más sobre el vehículo, buscando esos vivaces ojos de color castaño. Los recuerdos le asediaron de repente, pero logró ahuyentarlos rápidamente. Lo que había ocurrido entre ellos formaba parte del pasado. Había transcurrido mucho tiempo y él se había convertido en una persona totalmente distinta, con metas, necesidades y deseos distintos.

–Sí que te conozco. Y es por eso por lo que te pido que te lo tomes con más calma.

–Pareces mi padre hablando así. ¿Qué ha sido del J. C. que

recuerdo?

–Creció –J. C. dio un golpecito sobre la capota del coche y se apartó–. Bienvenida a Beckett’s Run, Grace, donde la vida es más lenta que tú, ¿recuerdas?

La dejó con la palabra en la boca y regresó a su todoterreno. Arrancó y se dirigió calle abajo. Al pasar junto al descapotable, ella le fulminó con una mirada muy poco femenina, esa mirada que solo ella era capaz de poner… J. C. estaba casi seguro de que le había gritado algo que no había llegado a oír.

Grace McKinnon había vuelto. Y eso significaba que los problemas habían llegado a Beckett’s Run.

CAPÍTULO 2

Grace detuvo el coche frente a la casa de color azul de estilo Cape Cod. Llevaba muchos años sin pasar por allí, pero conocía cada rincón como la palma de su mano. Sabía cuáles eran las tablas del porche que la delataban cuando se saltaba la hora de llegada, sabía cómo abrir el pomo de la puerta de atrás cuando se atascaba en verano, cuántos pasos había desde su habitación a la de Faith, y a la de Hope.

Ninguna de sus hermanas estaba allí en ese momento, así que no habría risitas y carreras por los pasillos, pero ellas tampoco habían sido así. Hope, seria y responsable, siempre se preocupaba por las dos pequeñas, y a Faith, la hermana mediana, cautelosa y prudente, jamás la hubieran pillado a toda velocidad por la calle principal de Beckett's Run. Y después estaba ella.

Así hablaban todos de las hermanas: Hope, Faith y…

Grace, la loca, la que se metía en líos.

Grace había pasado casi todos los veranos y las vacaciones escolares de su vida en esa pequeña casa de cuatro habitaciones. Su madre siempre estaba de vacaciones, cada vez con un hombre distinto, o, de lo contrario, se dedicaba a un hobby nuevo al que disfrazaba de trabajo. Y sus tres hijas, mientras tanto, pasaban los meses de verano al cuidado de la abuela.

La abuela había tirado la casa por la ventana ese año con los adornos navideños, tal y como hacía todos los años. Había dos árboles idénticos a cada lado del porche, cubiertos de luces blancas que abarcaban toda la balaustrada. Una enorme corona llenaba toda la puerta principal y una verja de bastones de caramelo bordeaba todo el camino de la entrada.

Grace bajó del coche y rodeó el capó. La gruesa capa de nieve no parecía haberle dañado nada en la carrocería. Respiró, aliviada. Lo último que necesitaba en ese momento era una factura del mecánico para un coche alquilado. J. C. había reaccionado como si

hubiera cometido un delito federal cuando en realidad no había hecho más que patinar un poco.

La última vez que había visto a J. C., él se había alejado de ella. Era extraño que ese escenario se hubiera vuelto a repetir tantos años después, pero esa vez sin todo el llanto y sin un corazón roto. Estaba más alto. Parecía haber madurado mucho, y ella también debía de haberlo hecho. Se habían convertido en personas distintas, y fuera lo que fuera lo que hubiera entre ellos por aquella época había muerto durante el proceso.

Ahuyentó esos pensamientos sobre J. C. No iba a pasar mucho tiempo en Beckett's Run, así que no tendría por qué encontrárselo muchas veces. Además, ni siquiera quería encontrárselo. No era más que un recuerdo para ella, un pasado que había enterrado mucho tiempo atrás. Sin embargo, no podía evitar preguntarse qué estaba haciendo allí. ¿Cómo le habría ido la vida? ¿Acaso la recordaba tal y como ella le recordaba a él?

Sin darle tiempo siquiera a subir las escaleras, la abuela salió de la casa con una sonrisa de oreja a oreja en la cara. Tenía el pelo blanco, pero estaba tan ágil como siempre. Llevaba un delantal con renos.

–¡Grace! ¡Has venido! –exclamó, con los brazos abiertos.

Grace le dio un abrazo a su abuela. Hacía tanto tiempo

que no tenía esa sensación de calor de hogar…

Siempre había odiado Beckett's Run, con su estrafalario tradicionalismo y su monotonía de vida, pero jamás había dejado de querer a la abuela.

–Hola, abuela.

–Me alegro tanto de que hayas venido… –retrocedió y le dedicó una sonrisa.

Había lágrimas en sus ojos azules y las arrugas de su rostro se suavizaron con una sonrisa llena de ternura.

–Te he echado tanto de menos…

–Yo también –Grace se recolocó la bolsa de viaje sobre el hombro y trató de esquivar la verdadera pregunta que veía en los ojos de su abuela.

¿Por qué había tardado tanto tiempo en volver a Beckett's Run?

–Bueno, ¿qué hay para cenar?

La abuela se rio y dio media vuelta.

–Sabía que ibas a decir eso.

–Y yo sé que hagas lo que hagas va a estar riquísimo – Grace se tocó el abdomen–. Y estoy muerta de hambre, así que espero que la cena esté lista pronto.

–Lo estará. Y entonces me lo contarás todo.

La abuela tomó su abrigo y lo colgó dentro de un pequeño armario que estaba junto a la puerta, todavía repleto de prendas de años anteriores. Había gruesos monos de nieve, chubasqueros, chaquetas a cuadros… Era como si las chicas McKinnon fueran a encoger en cualquier momento. Nada cambiaba en la casa de la abuela, y eso era lo que le encantaba de esa casa maravillosa y llena de cosas. Dejó la bolsa de viaje en el suelo y se volvió hacia el salón.

La Navidad había florecido por todos lados, o, por lo menos, eso parecía. Había un grueso abeto en un rincón, con todas las ramas llenas de lucecitas blancas y de adornos. La colección de objetos decorativos de Papá Noel corría a lo largo de la repisa del hogar y de la barandilla de la escalera.

Grace se fijó en la chimenea.

–Has sacado los calcetines.

–¿Quieres que te lleve la bolsa a tu habitación?

–Abuela, ¿por qué has sacado los calcetines?

–Porque es Navidad. Te he preparado tu habitación de siempre. Tienes sábanas limpias y un edredón bien grueso. Llevas tanto tiempo dando vueltas por el mundo que puede que hayas olvidado lo frías que pueden llegar a ser las noches de invierno de Nueva Inglaterra. Si necesitas una manta extra, mira en el armario. Hay…

–Abuela, tú solo sacas los calcetines para gente que va a venir el día de Navidad –se volvió hacia su abuela–. ¿Por qué has colgado el de Hope, el de Faith y el mío?

La abuela se encogió de hombros y evitó la mirada de su nieta.

–Pensaba que podríamos pasar unas vacaciones tradicionales en familia.

Eso significaba sentarse a la mesa todos juntos, como cuando eran niñas, y fingir que eran felices, que el mundo era de color de rosa. Pero Grace había abandonado esas fantasías mucho tiempo atrás, y no tenía ganas de fingir felicidad junto a sus hermanas, sobre todo porque no se hablaba con una de ellas, y la otra estaba al

otro lado del mundo.

–¿Hope y Faith han venido? ¿Están aquí?

–No –la abuela se dio la vuelta y se puso a preparar café– . No exactamente.

–¿Qué significa eso?

–También las invité a venir.

Grace reprimió un suspiro. Su abuela siempre hacía cosas como esa. Pensaba que todo podía resolverse de esa manera.

–No puedo quedarme mucho tiempo –dijo Grace. Ya tenía ganas de volver a meterse en el descapotable y dirigirse al aeropuerto más cercano.

Si se iba rápido, se libraría del aluvión de gente que llegaba al pueblo para Nochebuena y no tendría que encontrarse con sus hermanas. Esa era la única forma de asegurar unas vacaciones tranquilas y sin estrés.

–Solo he venido a pasar un par de días.

La abuela la miró a los ojos.

–¿Por qué? ¿Tienes que ir a hacer algún trabajo?

Grace quería mentirle, pero nunca había sido capaz de mentirle a la abuela.

–No. No tengo nada hasta dentro de un tiempo.

–Bien –la abuela sonrió y dio una palmada–. Porque tengo que pedirte un favor.

J. C. entró en Steaming Mug Coffee Shop poco después de las diez. Era martes por la mañana. Saludó a la chica que estaba tras la barra.

–¿Qué tal, Macy?

–Muy bien, señor Carson –ella sonrió.

Tenía el mismo hueco entre los dientes que su padre,

Ron. J. C. conocía a Ron de toda la vida y había visto crecer a Macy. El tiempo pasaba muy rápido. Cada vez que la veía recordaba a la familia que la misma vida le había impedido tener.

–Me alegro.

–Oh, quería decirle… Tenía razón. La clase de Sociedad Comparada es genial. Me encantó el profesor.

–Me alegro de que lo estés disfrutando. Recuerdo que asistí a las

clases del profesor Smith. Era capaz de hacer que el tema más aburrido resultara interesante.

Macy asintió.

–Es muy listo. Me encanta esa escuela. Le agradezco tanto que me haya echado una mano… Nunca podría habérmela permitido yo sola. Por fin puedo hacer aquello con lo que tanto he soñado.

–No fue nada, de verdad. Sabía que te merecías tener la mejor educación.

–Para mí significó mucho.

J. C. asintió sin más. No se sentía cómodo ante tanto agradecimiento. Le había pagado los estudios a Macy para ayudar a un amigo. Eso era todo. Una parte de él sentía una envidia sana. Macy había logrado su sueño de estudiar Diseño Gráfico. La chica llevaba toda la vida pintando y le recordaba al muchacho que había sido en otro tiempo, cuando pensaba que podía hacer carrera en la música. No había sido más que un momento de locura, algo que había quedado atrás, en el pasado.

Macy agarró una jarra de café.

–¿Lo de siempre?

–Oh, sí. Claro. Gracias –esperó junto a la barra, tamborileando con los dedos encima de ella.

Unos segundos después, la muchacha le puso una taza de café delante. Era el negro especial de la casa. Una vez más, rechazó el dinero cuando fue a pagarle.

–Mi padre se enfadaría conmigo si le dejo pagar.

J. C. metió los billetes en una jarra de cristal que había en la barra. Sobre la superficie del recipiente estaba impresa la imagen de un lugareño que recogía dinero para una organización benéfica a favor de los niños. Macy le dedicó una sonrisa cómplice y siguió con su trabajo.

J. C. se volvió y miró a su alrededor, buscando una mesa libre en el pequeño establecimiento. Agarró un periódico de la estantería que estaba junto a la caja registradora y puso treinta y cinco centavos sobre la barra. Con un poco de suerte, tendría suficiente tiempo para terminarse el café y leer unos cuantos titulares antes de dirigirse a la reunión del comité de los festejos de invierno. La lista de tareas pendientes era larga y el estrés, acompañado de los problemas de una familia que cada día parecía necesitarle más, era

un pesado peso sobre sus hombros.

De repente, se oyó una carcajada proveniente de los butacones que estaban situados al fondo. J.C. sonrió. Era el club de lectura de los martes por la mañana, compuesto por un grupo de señoras mayores encantadoras que se reunían para opinar sobre clásicos literarios bien conocidos. Llevaban toda la vida reuniéndose allí cada martes por la mañana.

Así era la vida en Beckett's Run; las mismas cosas, la misma gente, todos los días. Cuando era un chico odiaba todas esas cosas, y una parte de él aún echaba de menos el ajetreo de Boston, los amigos con los que se reunía para tomar una cerveza y ver el partido en el bar. Echaba de menos su propio sofá, su cama. Lo de quedarse con su madre definitivamente era un plan provisional. Sin embargo, Beckett's Run tenía algo que… Cada vez que estaba allí se sentía… en casa. A lo mejor debía empezar a pensar en establecerse de forma más permanente allí. De todos modos, pasaba más tiempo en el pueblo que en Boston.

J.C. sacudió la cabeza. ¿A quién quería engañar? Él no era de los que sentaban la cabeza. Tenía una empresa que dirigir y una vida en Boston, una novia a medias que vivía en Back Bay…

El problema era que ya había hecho todo el dinero que necesitaba, y no tenía ningún interés en amasar más. No le faltaba trabajo, pero sí le faltaba un propósito en la vida. Pensó en todos los cambios que habían tenido lugar en su familia en los meses más recientes. Pensó en el motivo por el cual había regresado a Beckett's Run.

«Pero ¿qué te pasa? ¿Acaso eres idiota? ¿Vas a tirar por

la borda todo el trabajo de una empresa así? Si lo haces, no eres nada».

Había días en los que la voz de su padre retumbaba en su cabeza. Daba igual que John Senior llevara cuatro años muerto. Su padre, un hombre serio e implacable, siempre había esperado que su hijo tomara las riendas del negocio familiar y multiplicara por diez su tamaño.

Si J. C. dejaba la dirección financiera de la empresa que habían construido dos generaciones de los Carson, el negocio probablemente seguiría adelante, pero ya no sería lo mismo. ¿Cuántos clientes habían invertido en Carson Investments porque

tenían una relación personal con J. C. y con su padre? Cuando se trataba de dinero, la gente buscaba confianza, y eso nacía de las relaciones personales. El problema era que había días en los que se preguntaba si se había marcado los objetivos correctos. En algún momento sus propios sueños y metas habían sido engullidos por los objetivos del negocio familiar, por la incansable expansión y el crecimiento. En algún momento se había convertido en todas aquellas tareas que le habían sido encomendadas. Pero si abandonaba su puesto…

J. C. oyó un juramento a sus espaldas. Se volvió y allí estaba Grace McKinnon, bajo el umbral del establecimiento, con el pelo alborotado por el viento de invierno. Tenía las mejillas rojas y sus manos con guantes asían con fuerza una bolsa de la librería del pueblo.

–Están aquí –dijo de repente.

–¿Quiénes?

Grace levantó la vista y le miró.

–¿Qué has dicho? –le preguntó.

–Has dicho «están aquí». ¿A quiénes te referías?

–A las amigas de mi abuela del club de lectura –Grace señaló a las señoras que estaban al fondo–. Me dijo que probablemente no vendrían porque estamos en vacaciones y todo el mundo está muy ocupado.

–Nunca las he visto faltar un martes. Bueno, excepto cuando estaban leyendo uno de sus libros y la señora Brimmer se enzarzó en una discusión con la señora Watson acerca de un pasaje especialmente ofensivo –J. C. sonrió al recordarlo todo. Le habían llamado para que zanjara el pleito–. Para ser un grupo de jubiladas, son bastante guerreras.

–Guerreras. El club de lectura de mi abuela –Grace soltó el aliento con fuerza–. Eso es.

J. C. dio un paso a la derecha.

–Compruébalo tú misma.

En ese momento, se oyó un estallido de carcajadas proveniente del fondo de la cafetería. Las señoras debatían con fervor. La señora Brimmer golpeó el reposabrazos del sillón en el que estaba sentada para enfatizar un argumento y la señora Simmons se puso en pie para rebatírselo. La intensidad de las voces crecía por momentos,

tapando la música.

Grace se quejó.

–¿Por qué estoy haciendo esto?

–¿Te estás encargando del club de lectura de Mary? ¿Por qué?

–Ella me lo pidió. Y no jugó limpio –Grace se acercó más–. Me hizo galletas.

J. C. sintió su perfume. ¿Por qué le afectaba tanto? Esas notas de vainilla le tentaban, arrollaban su sentido común.

–Déjame adivinar. ¿Rositas de mantequilla de cacahuete?

–Con virutas de chocolate, enormes.

J. C. se rio y su estómago rugió. Conocía a Mary McKinnon de toda la vida y era la mejor cocinera de todo el pueblo, y sus postres… La gente pasaba años hablando de ellos.

–Tienes razón. Tu abuela no juega limpio.

–No. No lo hace –Grace sacudió la cabeza.

Sacó un ejemplar de Persuasión, de Jane Austen, de su bolso.

–¿Por casualidad has leído este libro? ¿Te apetece hablar de él?

–No podría aunque quisiera. Tengo una reunión.

–Vamos, J. C., ayúdame.

Extendió una mano como si fuera a tocarle, pero la retiró inmediatamente.

–A esas señoras les caes bien. Mira, te están saludando.

Era cierto. La señora Brimmer le saludaba con la mano y la señora Horton le dedicaba una cálida sonrisa. Ambas tenían hijas solteras.

–Solo quieren que me case con sus hijas.

Grace se volvió hacia él. La sorpresa iluminaba su rostro.

–Pensaba que te habías casado con… ¿Cómo se llamaba?

–No lo hice.

J. C. cortó el tema de raíz. No había por qué sacar a la luz una larga historia personal de la que Grace no había sido testigo.

–Oh –ella se mordió el labio inferior–. Creo que voy a unirme al club y a hablar de… lo que sea que pase en este libro.

–¿Lo has leído?

–No. Pero lo miré en Internet y ya sé cuál es el argumento. Jane Austen tratando de arreglarles las vidas a todos los que vivían en ese pequeño y aburrido pueblo suyo.

Un final feliz. Ya está.   J. C. se rio.

–Vaya. Eres una lectora muy rápida –se inclinó hacia ella, convenciéndose de que solo lo hacía para que la conversación siguiera siendo privada, y no para oler ese perfume de nuevo–. Y una conductora muy rápida también.

–En este sitio no pasan las máquinas quitanieves. No es culpa mía que haya derrapado.

–Has estado en Beckett's Run muchas veces y sabes que no se puede ir a esa velocidad en invierno, y mucho menos en un coche como ese. No le eches la culpa de tu temeridad al pueblo.

Grace se apoyó un puño en la cintura.

–¿Me estás llamando temeraria?

–¿Y no lo eres?

Grace volvió a morderse el labio inferior y luego sacudió la cabeza.

–No has cambiado nada, J. C. Carson. Ni siquiera un poco.

–Oh, he cambiado, Grace, más de lo que te imaginas.

Le dedicó una sonrisa y se volvió hacia la puerta.

–Que lo pases bien con el club de lectura. Y no te enfades con Jane Austen. Que crea en los finales felices no quiere decir que esté equivocada. A veces las cosas son así, para mucha gente.

La miró a los ojos y una oleada de recuerdos le golpeó de lleno, recuerdos que sabían a miel y limón, dulces y amargos, recuerdos que aparecían en sus sueños.

–Pero no para ti y para mí.

CAPÍTULO 3

Grace trató de concentrarse. Trató de prestarles atención a las mujeres que tenía a su alrededor, pero sus pensamientos seguían desviándose una y otra vez y no era capaz de quitarse a J. C. de la cabeza.

Los años le habían sentado bien, muy bien. Seguía teniendo esos profundos ojos azules de siempre y llevaba el pelo corto, pero sus rasgos habían adquirido una dureza que no tenían antes, una dureza que hablaba de pérdida y experiencia.

Se había marchado sin más, dejando entrar una bocanada de aire helado al salir de la cafetería.

Años antes, J. C. y ella eran inseparables. Eran como dos gotas de agua, como solía decir su abuela. Él había sido la única alegría en esos veranos tristes que pasaba en Beckett's Run, la única cosa por la que deseaba volver al pueblo cada vez que su madre las dejaba a sus hermanas y a ella en el porche de la abuela. Las abandonaba allí y se marchaba a toda prisa.

Pero J. C. también la había abandonado finalmente. Todo había sido tan frío, cruel, cobarde… Y las cosas habían terminado así, sin más. Ella se había marchado de Beckett's Run y nunca había vuelto a mirar atrás.

–Creo que lo de la persuasión se refiere a Anne, cuando trata de convencer a las mujeres para que sean más fuertes – decía la señora Brimmer.

Grace volvió a la realidad del club de lectura de golpe.

–Esa Anne era toda una feminista.

La señora Brimmer se volvió hacia Grace. Puso su mano huesuda sobre el brazo de la joven.

–Dinos, Grace, ¿qué te parece? Tú eres de otra generación. ¿Qué te parece Anne?

–¿A mí? Yo… –miró el libro que tenía sobre el regazo, tan nuevo como cuando estaba en las estanterías de la librería. Internet no le había dado una opinión manufacturada–. Bueno, en realidad no he

tenido mucho tiempo para hacerme un juicio claro de ella.

–¿No has leído el libro?

Las señoras soltaron el aliento a la vez.

–¿Nada?

–Bueno, no. Quiero decir que mi abuela me acaba de decir esto y…

–Pero, querida, Jane Austen es de lectura obligada para cualquier mujer que quiera su propio final feliz –la señora Horton puso su mano sobre el otro brazo de Grace–. Sus novelas son como… bueno, son una guía para encontrar el amor verdadero.

El resto de las mujeres mostró su aprobación de todas las formas posibles. Comenzaron a llover recomendaciones. Las ancianas estaban deseando contarle cuál era su libro favorito de la conocida escritora.

–Mary nos ha dicho que todavía no has sentado la cabeza –dijo la señora Watson–. Nos ha encomendado una especie de misión a todas.

La señora Brimmer le dio un golpecito en el brazo a la señora Watson.

–Cierra el pico.

–¿Misión? –Grace dejó el libro a un lado. Una alarma comenzaba a sonar en su cabeza–. ¿Qué misión?

La señora Watson miró a la señora Brimmer y esta sacudió la cabeza.

–Oh… nada. Solo ha sido una ocurrencia suya. Ya nos conoces. Siempre estamos buscando algo con lo que entretenernos.

–Y es por eso por lo que tenemos el club de lectura –dijo la señora Brimmer, enfatizando las dos últimas palabras–. Así que hablamos de libros y de nada más.

La señora Watson asintió.

–Muy bien. Volvamos a Jane. Y a Anne.

Grace estuvo de acuerdo. La puerta de la cafetería se abrió y entraron tres personas. Era un hombre con traje y corbata, acompañado de una pareja de jóvenes con vaqueros lavados a la piedra, anoraks de tamaño maxi y botas de campo.

–Oh, Dios, es Carlos Fitz, el del telediario local –exclamó la señora Brimmer–. Si tuviera veinte años menos…

–Aún seguirías siendo lo bastante vieja como para ser su madre

–dijo la señora Watson–. ¿Crees que han venido por los festejos?

–¿Qué festejos? –preguntó Grace, haciéndose la tonta.

Normalmente, la mejor información se conseguía cuando uno fingía no saber nada. Al llegar había mirado en los periódicos locales y había buscado en Internet, pero no había encontrado nada sobre lo que mereciera la pena escribir para salvar una carrera periodística.

–Las fiestas de Navidad las tenemos todos los años –dijo la señora Brimmer–. Pero este año es el bicentenario.

–Y tú recuerdas todas las fiestas –dijo la señora Watson, que no se daba por vencida.

La señora Brimmer siguió adelante, ignorando a su amiga.

–¿No sabías que una revista eligió por votación a Beckett's Run como el pueblo con el mejor espíritu navideño?

Grace miró a los de la televisión de nuevo. Los medios de comunicación ya habían puesto el foco sobre los eventos de Beckett's Run, así que tendría que esforzarse un poco si quería conseguir algo que impresionara a su editor.

–Entonces, ¿quién está a cargo de la celebración?

–J. C. Carson –la señora Brimmer dejó escapar un suspiro–. Bueno, ese hombre hace maravillas. Ha revitalizado el pueblo en los últimos meses, gracias a Dios.

Todo está increíble, ¿no crees?

Grace asintió. Se había fijado en el reluciente mobiliario urbano, las fachadas recién pintadas de los comercios y en los toldos nuevos. También había muchas zonas verdes nuevas y caminos y sendas que no estaban allí antes.

–El centro está precioso. Todo parece nuevo.

–Y es que todo es nuevo, todo gracias a J.C. y a su proyecto de reforma para Beckett's Run. Esta ciudad tiene suerte de tenerle.

El resto de las ancianas asintió. Todas se deshicieron en halagos de J. C., salvador del pueblo.

–¿J. C. está a cargo de las fiestas de invierno? –preguntó Grace.

–Sí. Y está haciendo muy buen trabajo también, aunque todos esos voluntarios del comité que preside le hayan dejado llevar todo el peso de los preparativos, con todo lo que tiene ya encima –dijo la señora Brimmer.

Las otras mujeres asintieron.

–Es un luchador. Te lo aseguro. Estoy deseando ver lo que va a hacer este año. Debería ser algo espectacular…

Grace ya había dejado de escuchar. La maquinaria había echado a andar en su cabeza.

Una historia del condado, con un poco de corazón y un giro económico.

Se levantó del asiento.

–Tengo que hacer una llamada. Las veo el martes.

Salió a toda prisa de la cafetería y se sacó el móvil de los vaqueros.

–¡Te has dejado el libro! –gritó la señora Brimmer justo antes de que se cerrara la puerta–. ¡Nunca vas a saber cómo termina!

Grace dejó que la puerta se cerrara. Le daba igual el desenlace de ficción creado por Jane Austen. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que tenía un nuevo comienzo sobre el que escribir.

El único obstáculo en el camino era conseguir la colaboración de J. C. Carson.

J. C. se arrepintió de haber llevado las galletas y el café. Había tenido muchas reuniones en las que se había conseguido mucho más. A lo mejor era el ambiente del pueblo, o a lo mejor se trataba de las dichosas galletas. –Chicos, ¿podemos ponernos a trabajar? Tenemos muchas cosas que hacer y no hay mucho tiempo.

Walter Westmoreland, Carla Wilson, Sandra Perkins y su hija Anna se volvieron hacia él.

–¿No es hora de tomar el aperitivo? –preguntó Sandra–. Si no como algo, me baja el azúcar.

–Sí, y entonces no puede concentrarse –apuntó su hija.

Las dos mujeres se parecían mucho, tanto en apariencia como en la forma de ser. Las dos eran pelirrojas, llevaban juegos de camiseta y rebeca y tenían ese mismo gen de las quejas que surgía en el peor momento posible. Walter estaba allí a petición de Sandra. Llevaban toda la vida viviendo un romance intermitente que no le hacía mucha gracia a Anna. Walter no era santo de su devoción.

–Puedes tomarte todas las galletas que quieras, querida – dijo Walter, dándole todo el plato a Sandra.

–Traed las galletas a la mesa –sugirió J. C.–: Así podemos

trabajar mientras comemos.

–Si hablo mientras como me indigesto –Walter frunció el ceño.

J. C. reprimió un suspiro.

–Muy bien. Unos minutos más. Y mientras coméis podríais pensar en lo de la publicidad. Esperaba que alguien pudiera encargarse de eso. Louise tuvo que dejarlo porque su nieto está enfermo, así que necesito a otra persona para eso.

–Yo lo haré.

J. C. se volvió al oír esa voz tan familiar. Grace McKinnon estaba en el umbral del centro comunitario, con las mejillas rojas por el frío. Estaba preciosa. Se había hecho la coleta de siempre y llevaba una gruesa chaqueta azul que ocultaba sus curvas.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Me presento voluntaria –dijo ella, esbozando una sonrisa y dando un paso adelante–. He oído que necesitas ayuda, así que aquí estoy.

–¿Tú? ¿Vas a hacerle promoción a este pueblo?

–Claro –Grace tomó una galleta y le dio un mordisco.

–Tú –esa vez ni siquiera era una pregunta.

–Yo –Grace volvió a dedicarle su mejor sonrisa–. ¿Por dónde quieres que empiece?

–Siéntate –dijo Sandra, tocando el asiento que estaba a su lado–. Nos vendrá bien algo más de ayuda. J. C. nos está haciendo trabajar mucho.

J. C. tenía algo que objetar al respecto, pero finalmente prefirió hacer lo que su madre siempre le había dicho que hiciera: cerrar la boca hasta que tuviera algo agradable que decir. Tomó asiento presidiendo la mesa de reuniones y Grace hizo lo mismo. El resto de los miembros del comité se dirigieron hacia la mesa al ver que todos se sentaban.

J. C. procedió a enumerar la lista de asuntos y tareas de los que tenían que ocuparse. Su mente, sin embargo, se hallaba centrada en Grace. ¿Por qué estaba allí? Al cumplir dieciocho años se había marchado del pueblo y no había vuelto por allí. Nunca le había gustado mucho el sitio y una vez le había dicho que jamás volvería. Prefería esa vida sin ataduras que le daba su trabajo autónomo.

Esa había sido la última gota que había colmado el vaso muchos años antes. Había tenido que tomar una decisión. Se le había

partido en pedazos el corazón, pero no había tenido más remedio que enfrentarse a la realidad de que Grace jamás querría tener la vida que él anhelaba. No había estado ahí cuando más la había necesitado, y eso le había enseñado mucho más que todas aquellas conversaciones junto al lago. Grace ya estaba muy lejos por aquel entonces, embarcándose en una vida de aventuras, dejándole atrás sin perder ni un segundo.

El viejo dolor que había sentido entonces resurgió de repente.

–Muy bien. Nuestro primer día grande, como todos sabéis, es el día antes de Navidad. Habrá festejos toda la semana previa y el gran día será el veinticuatro.

J. C. miró el papel y entonces puso al día al grupo en lo referente a varias actividades voluntarias. Anna y su madre accedieron a encargarse del banco de alimentos y Walter se ofreció para coordinar el desfile del comienzo de las fiestas. Carla, que era la organista de la iglesia luterana del pueblo, se ofreció para ponerse al frente de los eventos musicales. Grace tomaba nota de todo en su cuaderno. Hacía pocas preguntas, pero parecía registrar todo lo que se decía.

La reunión llegó a su fin. Walter y Sandra fueron los primeros en salir, seguidos de Anna. Carla salió a toda prisa. Tenía que recoger a su hijo del colegio. J. C. recogió sus notas y fue hacia el otro lado de la mesa.

–He pensado que deberíamos sacar mayor provecho de las redes sociales –dijo Grace, mirando las anotaciones de su cuaderno–. Podríamos usarlas para extender la noticia más allá del pueblo. A veces estas cosas terminan en otros medios sociales y antes de que te des cuenta estás en un medio internacional.

–Buena idea. Es algo en lo que he pensado, pero no he tenido tiempo de hacerlo.

Grace se dio un golpecito en el labio inferior con la punta del bolígrafo.

–También he pensado en entrevistar a unos cuantos habitantes locales, a los que recuerden las fiestas de hace mucho tiempo. Quizás podríamos entrevistar a las señoras del club de lectura o a otros residentes que tengan anécdotas memorables que contar. Si consigo que este evento tenga corazón, creará una conexión con los lectores.

Todo era negocio para ella. Y eso era bueno para Beckett's Run en esa ocasión, pero J. C. no podía dejar de pensar en la mujer que tenía delante, una mujer a la que no había visto en más de una década.

–¿Por qué estás aquí?

–Porque necesitabas ayuda –ella se puso en pie. Sujetaba el cuaderno contra el pecho como si fuera un escudo–. Las señoras del club de lectura me dijeron que llevas semanas soportando todo el peso de la gestión del evento.

–¿Desde cuándo me ayudas?

–Siempre hemos sido amigos, J. C., ¿no es así? –sonrió–. Y parece que vamos a trabajar juntos. Espero que no tengas ningún problema con eso.

Él dio un paso adelante. Estaba tan cerca de ella que podía ver los reflejos dorados de sus pupilas.

–No tengo ningún problema. La cuestión es si tú tienes alguno.

Ella levantó la barbilla e hizo ese gesto desafiante que tan bien conocía J. C.

–No estoy aquí para abrir viejas puertas, J. C. Solo he venido a pasar las vacaciones.

–¿Y luego te irás de nuevo?

–Eso es lo que hago. Es mi trabajo.

–No. Es tu personalidad. Nunca te quedas durante mucho tiempo. Nunca llegas a conectar del todo. Nunca piensas dos veces en lo que dejas atrás, o en aquellos a los que dejas atrás.

Ella sacudió la cabeza y apartó la mirada.

–Eso no es cierto.

–Entonces, demuéstramelo y quédate hasta el final.

–¿El final de qué?

–De lo que pase aquí. No salgas corriendo en cuanto se abra la puerta.

J. C. se arrepintió de lo que acababa de decir en cuanto las palabras salieron de su boca. ¿Qué estaba haciendo?

Ella miró hacia otro lado y entonces supo que lo había entendido todo bien. No estaba allí para quedarse. Jamás lo había estado.

–Te agradezco toda la ayuda –J. C. se dirigió hacia la puerta–. Significa mucho para el pueblo.

Ella le puso una mano en el brazo.

–¿J. C.?

Él retrocedió y ella dejó caer la mano rápidamente.

–¿Sí?

Otra sonrisa apareció en su rostro. Era esa sonrisa que una vez había memorizado.

–¿Qué tal si me das un respiro y te ocupas de ese club de lectura de la abuela? A las señoras les caes muy bien.

J. C. sintió una profunda decepción. ¿Cuándo iba a aprender? Grace no necesitaba ni quería a nadie que no fuera ella misma.

–No puedo. Tengo trabajo que hacer, Grace. Y tú también –le quitó de las manos el papel de los contactos con los medios de comunicación–. Pensándolo bien, no necesito tu ayuda. A Beckett's Run siempre le ha ido bien sin ti y seguirá siendo así cuando te hayas ido. Otra vez.

CAPÍTULO 4

Grace se mordió la lengua para no ir tras J. C. y mandarle al infierno. La sacaba de quicio. Siempre había sido así.

Se guardó el cuaderno en el bolso y salió a la calle. J. C. estaba al otro lado, hablando por el móvil.

–J. C., ¿tienes un momento? –le dijo, haciendo todo lo posible por esbozar su mejor sonrisa, una sonrisa profesional, ligera.

Él levantó un dedo y entonces se volvió hacia el teléfono móvil.

–Mándame las cifras a última hora de hoy, Charles. Las revisaré y te llamo entonces –hizo una pausa. Tenía el ceño fruncido–. Sí. Asistiré a esas reuniones, pero no volveré definitivamente hasta después del día uno. La empresa estará bien hasta entonces –hizo otra pausa y entonces se despidió por fin–. Lo siento –dijo, guardándose el móvil.

–¿Un trabajo inoportuno?

–Podríamos decirlo así. Se supone que no deberían llamarme esta semana. Estoy… de vacaciones.

–¿Te has venido aquí de vacaciones? ¿En mitad del invierno? ¿Por qué no te has ido a alguna playa con una rubia a tomarte un buen margarita?

–No me gustan los margaritas.

No dijo nada respecto a lo de la rubia, pero Grace no pudo evitar mirarle las manos. Llevaba guantes, así que tendría que esperar para ver si estaba casado.

–Quería decirte algo más sobre el evento.

–Ya te lo he dicho. No necesito tu ayuda.

Grace se apoyó un puño sobre la cadera.

–No seas cabezón. Déjame ayudar. Yo soy la experta en esto y lo sabes.

–Si digo que sí –le advirtió él, dando un paso hacia ella–, necesito estar seguro de que vas a cumplir con tu trabajo y de que no te vas a ir cuando el viento sople en otra dirección.

¿Era así como la veía? Más bien parecía que hablaba de su madre, pero ella no era así. ¿O tal vez sí? Tal vez un poco…

–Estaré aquí hasta Navidad. Además, se lo prometí a mi abuela, así que definitivamente no me voy.

Había contemplado la posibilidad varias veces, sobre todo para evitar un desagradable encuentro con sus hermanas, pero J. C. no tenía por qué saber eso. J. C. la miró a los ojos unos segundos.

–Muy bien –se sacó la lista de los contactos con los medios de comunicación de un bolsillo y se la entregó.

–Gracias. Puedes contar conmigo, J. C.

–¿Puedo?

–Sí, puedes. Incluso yo he crecido –Grace rompió el contacto visual y se aclaró la garganta–. En cualquier caso, como no tenemos mucho tiempo, quería hacerte unas preguntas para lo de la publicidad. ¿Tienes tiempo para una pequeña charla?

J. C. se miró el reloj. Grace esperaba un carísimo reloj de marca, pero no llevaba más que un viejo reloj sencillo.

–Tengo que hacer un recado y terminaré tarde. ¿Podemos hablar por teléfono esta noche? También podemos quedar mañana.

Ella se rio.

–Mírate. Todo organizado y milimetrado. Apuesto a que tienes una agenda perfecta donde lo apuntas todo.

–¿Y qué tiene eso de malo?

–Tú no eres así, J. C. Tú eres el que se iba en mitad de un caluroso día de verano para darse un chapuzón, el que faltaba a clase para ver una carrera de coches, el que… –Ya no soy esa persona, Grace.

–Claro que lo eres. Estoy segura de que aún hay un pequeño salvaje ahí dentro –le dijo. Su risa sonaba intermitente y sus palabras inseguras.

–Eso no eran más que locuras adolescentes. Nada más. Bueno, sea como sea, tengo que volver al trabajo.

–Pero ¿quién eres tú y qué has hecho con J. C. Carson?

–Nada, Grace. Siempre he sido esta persona –dio media vuelta y se marchó.

J. C. paró frente a la casa de la abuela de Grace. Por enésima vez

se preguntó qué le había hecho acceder a llevarlas al centro para que Mary pudiera ir a la peluquería.

El centro de Beckett's Run estaba lleno de recuerdos de Grace y no tenía ganas de hacer un viaje al pasado.

Pero Mary le había llamado y le había pedido que la llevara.

«Tú tienes ese todoterreno tan útil», le había dicho.

Y él jamás se negaba a hacer algo que Mary le pidiera.

Bajó del vehículo y echó a andar hacia el porche. La nevada más reciente había dejado una gruesa capa de nieve sobre el camino y los peldaños que conducían a la casa, así que agarró la pala que estaba junto a la entrada y comenzó a retirar un poco de nieve. La puerta se abrió de pronto.

–J. C. Carson, pero ¿qué haces?

–Solo trataba de ganarme unos cuantos puntos, señora McKinnon.

La anciana se rio.

–Siempre has estado ahí, joven. Yo más bien creo que tratas de ganarte una ración de mi tarta de chocolate.

–¿Hoy toca tarta de chocolate de nuevo? No tenía ni idea.

La señora le dedicó una sonrisa irónica y entonces le invitó a entrar en la casa.

–Entra. Te daré una ración doble.

–Sí que nos entendemos bien, señora McKinnon.

J. C. apoyó la pala contra la pared del porche y le dio un beso en la mejilla a la señora.

Había pasado tanto tiempo en su casa de niño que ya era como de la familia.

Mary le puso una mano sobre la mejilla.

–Eres un chico estupendo, J. C.

–Yo quisiera pensar que ya no soy un chico.

–Para mí siempre serás un chico. Y nunca he conocido a un hombre que haya crecido antes de cumplir los setenta –le condujo al interior de la casa.

La casa olía a canela y a pino, una deliciosa combinación.

Cortó un enorme trozo de tarta y se lo puso delante. J .C. aceptó el dulce y se lo llevó a la boca para darle un bocado, pero entonces se detuvo. Grace había bajado las escaleras y se había detenido un segundo frente al espejo para arreglarse el pelo. Tocó sus largos

rizos dorados un instante y se los apartó de la frente. J. C. podía contar con los dedos de una mano todas las veces que la había visto con el pelo suelto, y no recogido en la coleta de siempre. La primera vez tenía doce años y trataba de subirse a un árbol. Una rama se le había enredado en el cabello y le había soltado la coleta. Ella se había quitado el elástico y había seguido adelante.

La segunda vez llegaba tarde a un evento que J. C. no era capaz de recordar. Tenía catorce años entonces y había olvidado el coletero. Se había metido con ella, diciéndole que parecía una de esas modelos estiradas. Ella le había dado un puñetazo y le había dicho que jamás volvería a verla así. Y así había sido. No había vuelto a verla con el pelo suelto hasta los diecisiete años. Le había pedido que le acompañara al baile que se iba a celebrar en el parque. Era uno de esos festejos de verano que se hacían en Beckett's Run y para él era su primera cita oficial con ella. Ese año se había fijado en ella por primera vez como mujer. Recordaba cómo se le aceleraba el corazón cuando la veía.

Ella le había esperado en la entrada del parque, con aquel vestido, una rareza para ella, y el cabello suelto, una vez más.

Grace se alejó del espejo y se dio cuenta de que la observaba. Volvió a arreglarse los mechones y entonces frunció el ceño.

–¿Qué haces aquí?

–Tu abuela me ha pedido que la lleve al centro.

–Se supone que yo voy con ella.

–Ese cochecito de juguete que llevas no sirve de nada aquí y esta noche va a nevar más. Yo tengo un todoterreno. Solo trato de ser práctico.

–No seas mala con J. C., Grace –añadió Mary–. Acaba de limpiarnos el porche.

–¿Ganando puntos para un trozo de tarta, señor Carson?

Él dejó el trozo de tarta sobre la mesa y dio un paso adelante.

–No quiero que vayas a resbalar y te caigas.

–¿Y dejarte sin publicista de nuevo?

–Eso es –contestó él, siguiéndole el juego.

–Puedo atravesar la nieve yo solita, ¿sabes?

Él soltó el aliento con brusquedad.

–¿Con esos zapatos? Lo dudo mucho.

–Puedo hacer un montón de cosas yo solita, J. C. No necesito a

un hombre que cuide de mí.

–Oh, de eso me acuerdo bien. Muy bien.

–¿Un poco de tarta? –Mary metió un plato entre ellos–. Un poco de chocolate lo endulza todo.

–Ya lo creo –dijo J. C., tomando un segundo trozo.

Grace tomó un trozo pequeño y le dio un mordisco.

–Será mejor que nos pongamos en marcha –dijo J. C., aclarándose la garganta.

Era la misma Grace de siempre, la que le había dejado en la estacada cuando más la había necesitado. No había cambiado en absoluto.

–Abuela, si J. C. te lleva, no tengo por qué ir yo.

–Oh, él solo me va a dejar en el pueblo. Tienes que venir, Grace. ¿Quién va a vigilar a Jane para que no me ponga el pelo azul?

Grace se rio.

–Muy bien, iré. Pero, te lo advierto, no estoy muy al tanto de la moda.

Mary insistió en darle un recipiente con tarta a J. C. para agradecerle que hubiera limpiado el porche.

–Esta noche le mandaré a alguien para que le limpie el camino, señora McKinnon –J. C. levantó una mano–. Y no me diga que no tengo por qué hacerlo. Usted es prácticamente mi abuela, así que tómeselo como un regalo de su nieto. No tiene por qué pagarme con una tarta.

–Eres un encanto –Mary sonrió y le hizo una caricia.

Los tres salieron al exterior y J. C. ayudó a la anciana a subir al todoterreno. Fue a abrir la puerta de atrás, pero Grace se le adelantó. Antes de arrancar, encendió la calefacción. Grace estaba detrás de él, envuelta en un grueso anorak.

Durante el breve viaje, Mary se deshizo en halagos hacia J. C. por lo bonito que estaba el pueblo con los adornos de las fiestas. Dejaron el coche en el aparcamiento recién limpiado que estaba entre Carol’s Diner y la peluquería y, una vez más, Grace salió del vehículo sin darle tiempo a abrirle la puerta. El mensaje estaba claro. Lo de la caballerosidad le era indiferente, pero, aun así, J. C. terminó apresurándose para ser el primero en abrir la puerta de la peluquería.

De repente, se sentía como un quinceañero, pero no podía

evitarlo.

–Gracias –dijo ella, pasando por su lado.

Mary se detuvo nada más entrar.

–Oh, Dios. Lo olvidé por completo.

Grace se volvió.

–¿Qué has olvidado, abuela?

–Hoy me toca bingo en la iglesia. Voy a tener que darme prisa si quiero llegar a tiempo.

–¿Y qué pasa con la peluquería?

–Oh, sí. Bueno, también olvidé eso. No es hoy. Es mañana. ¿No es así, Jane?

–Sí, Mary. Mañana a las diez.

–Dios, me estoy haciendo tan vieja que se me olvida todo –volvió a ponerse el abrigo y se tapó la cabeza con la bufanda–. ¡Bueno, a la iglesia!

–Yo la llevo –dijo J. C.

–No, no. Está a una manzana. Vosotros dos os quedáis aquí. Id a Carol's a tomar algo de cenar. Yo me encuentro luego con vosotros. Walter me llevará a casa.

Sin darles tiempo a decir nada, dio media vuelta y volvió a salir.

–Bueno, es evidente –dijo Grace, saliendo al exterior–. Mi abuela me acaba de dejar plantada y me está haciendo de casamentera.

J. C. se rio.

–Lo hace por tu bien.

–Sí. Bueno, gracias, J. C. –iba a dar media vuelta, pero él la detuvo agarrándola por el brazo.

–¿Y qué pasa con la cena? Yo tengo hambre y creo que tú también. Se supone que hoy iba a cenar con mi tía y a tomar ese horrible guiso de pollo que hace. Me encantaría tener una excusa para perdérmelo.

Ella ladeó la cabeza.

–¿Me estás utilizando para librarte de una cena familiar?

–Ya lo creo –J. C. esbozó una sonrisa de oreja a oreja–. ¿Te importa? Podemos ir a Carol's. Ya estamos aquí.

–Llevo siglos sin ir. ¿Carol sigue trabajando allí?

–Los martes y los jueves. Su nieta se ocupa de la barra desde hace unos años, pero a Carol le gusta estar por allí de vez en cuando. Y siguen haciendo ese pastel de pollo que tanto te gusta.

–Te acuerdas.

–¿Cómo iba a olvidarlo? Era lo único que pedías.

–Es que me gustaba mucho.

–Lo sé. Así nos conocimos. ¿Te acuerdas?

Grace le miró a los ojos. ¿Se acordaba?

Sí se acordaba.

Tenía seis años y estaba en el restaurante con sus hermanas. Su abuela había pedido pastel para todas para que olvidaran el mal trago de ver cómo su madre se marchaba calle abajo, abandonándolas una vez más.

Se habían sentado a la barra. Ella era la más pequeña de las tres y los pies no le llegaban al suelo. Otra familia había entrado de repente, una pareja con un niño y una niña. Les había oído decirle a la camarera que querían una mesa, pero el restaurante estaba muy lleno y no habían tenido más remedio que conformarse con un espacio en la barra. El padre se había quejado, pero los niños parecían contentos con el cambio. Recordaba haberse fijado en el chico. No dejaba de moverse a su lado. La camarera les había llevado el pastel de pollo y los dos habían intentado agarrarlo al mismo tiempo.

Él había sido el primero en retirar la mano, después de dedicarle una tímida sonrisa.

–Es tuyo –había dicho.

Ella le había dado las gracias y, por alguna razón que no recordaba, tal vez para librarse de sus hermanas, había empezado a hablar con él.

–Es mi favorito.

–Y el mío –le había ofrecido una mano con gran formalidad–. J. C. Carson –le había dicho con la boca llena.

Tartamudeando, Grace le había dicho su nombre, pero J. C. había sonreído sin más.

–Grace –había repetido su nombre–. Bienvenida a Beckett's Run, Grace.

Su padre le había mandado callar y le había dicho que se comportara. En un instante, J. C. se había puesto muy serio y se había quedado quieto. No había vuelto a decirle ni una palabra en toda la noche, pero sí le había dedicado una sonrisa al llegar su pastel de pollo.

–J. C., no hagas el animal –le había dicho su padre al ver que engullía un enorme trozo–. Estamos en público, por favor.

–Sí, señor –J. C. había bajado la cabeza y el chico al que había conocido un rato antes había desaparecido de nuevo.

Se había vuelto a encontrar con él en el parque al día siguiente y también el día de después, en la piscina. Muy pronto se había dado cuenta de que había dos J.C. distintos: el travieso y el que acataba todas las órdenes de su padre sin rechistar.

Ella se había enamorado del primero, pero había sido el otro el que le había roto el corazón.

Tenían una historia a sus espaldas, algo que costaba ignorar. Grace pensó en el artículo en el que estaba trabajando. Ese era su billete para salir de Beckett's Run y volver a la vida que tanto amaba. No estaba dispuesta a regresar al pasado con J. C.

–Eso fue hace mucho tiempo –dijo finalmente–. Hace siglos. Prefiero concentrarme en el presente, así que si vamos a cenar es para hablar de los festejos navideños.

–Buena idea –J. C. echó a andar hacia el restaurante y le sujetó la puerta al entrar.

El sitio estaba abarrotado.

–¿Nos sentamos a una mesa del fondo? A veces se arma mucho lío aquí.

Grace se rio y le siguió hasta el fondo, abriéndose camino entre las mesas.

–Cielo, deberías ir a un bar de México a las dos de la mañana si quieres saber lo que es un lío de verdad.

De repente se sonrojó, como si acabara de darse cuenta de que le había llamado «cielo».

–Eso sí que es lío. Esto es…

–¿Qué?

–Seguro, estable –Grace fingió un bostezo–. Aburrido.

–¿Y por eso te marchaste como alma que lleva el diablo?

–Yo nunca me iba a quedar a vivir aquí, J. C. Tú lo sabías.

–¿Y dónde vives ahora? ¿Te estableciste en Peoria, con dos niños y un labrador?

–Dios, no.

Grace tomó una de las cartas y comenzó a examinarla.

–Tengo un pequeño apartamento con muy pocos muebles y un

alquiler muy bajo en Nueva York, pero casi nunca estoy allí. Supongo que se podría decir que no vivo en ningún sitio –le miró a los ojos–. ¿Y tú? ¿Todavía sigues viviendo en Merry Street, o te fuiste a la gran ciudad para dejar huella en el mundo?

–Tengo una casa en la ciudad y tengo pensado volver pronto, pero por ahora estoy aquí y, sí, he vuelto a Merry Street. Estoy en casa de mi madre.

–¿Estás viviendo en Beckett's Run? ¿Por qué?

–Tengo… cosas personales que resolver aquí.

–Yo también. Parece que por mucho que intentemos escapar de este lugar, siempre termina succionándonos, ¿eh?

–A lo mejor termino estableciéndome aquí, si mis planes actuales no salen bien.

–Tú… vivir aquí –Grace se rio–. Claro. Odiabas este lugar tanto como yo.

–Yo nunca he odiado el pueblo. Odiaba… –apartó la mirada.

¿Cómo se había desviado tanto la conversación?

Grace había insistido en muchas ocasiones, pero jamás le había contado cómo había sido crecer siendo el hijo de John Carson. Ella sabía algo, sin duda, pero nunca se lo había contado todo. No quería que nada enturbiara el tiempo que pasaba con ella.

–No importa. Todo eso pertenece al pasado. Estoy aquí para trabajar en los festejos y para que eso ayude al pueblo a remontar.

–Hola, J. C., me alegro de verte de nuevo. ¿Qué vas a tomar?

Una joven alta con un delantal blanco impoluto sacó un bolígrafo y un cuadernillo. Miró a J. C. y después a Grace.

Ambos pidieron pastel de pollo y agua.

Una vez se marchó la camarera, Grace se puso muy seria y sacó el cuaderno del bolso.

–¿Por qué es tan importante que el pueblo remonte?

–Porque ha habido muchos problemas económicos –dijo J. C.

Al principio hablaba lentamente, pero entonces vio que ella escribía a toda velocidad.

–Y creo que al pueblo le vendrá bien esta inyección económica. No estamos junto al océano, así que no vamos a sacar muchos dólares turísticos en el verano. Sin embargo, sí podemos ofrecer ese sabor de Nueva Inglaterra, que es perfecto para festejos de

vacaciones de invierno. Cada vez hay más familias que están buscando destinos de vacaciones para los meses de invierno y eventos a los que puedan ir con niños. Mi objetivo es hacer que la gente visite el pueblo cuando empiecen a cambiar las hojas y que vuelvan a lo largo del otoño y el invierno.

–Entonces, solo se trata de dinero –le dijo Grace, levantando la mirada.

–Claro que no.

–Bueno, entonces, dime por qué de nuevo, de una forma que no suene a dólares.

Él respiró profundamente y miró hacia la nieve que caía en el exterior sin cesar. Los transeúntes paseaban por Main Street, de compras, de camino a ver a los amigos, la familia.

–Quiero que la gente de Beckett's Run tenga esa experiencia de Navidad, y también quiero dársela a los visitantes, ayudarles a… –J. C. hizo una pausa, pensando en una persona en particular que necesitaba ese regalo más que nadie– creer en la magia.

Una suave sonrisa asomó en los labios de Grace al tiempo que tomaba anotaciones.

–Eso es perfecto. Todo el mundo comprará un posible destino turístico para Navidad. J. C. frunció el ceño.

–No estoy intentando vendérselo a todo el mundo. Bueno, sí lo estoy, de alguna forma, pero… –masculló un juramento y sacudió la cabeza.

–¿Qué? Si no se trata de todo el mundo, ¿de qué se trata entonces?

–Es algo personal –dijo él, rehuyendo su mirada.

–Vaya, durante una fracción de segundo creí que no estaba hablando con J. C. Carson. Pero es evidente que sí – cerró el cuaderno y le puso el capuchón al bolígrafo–. Si necesitas a alguien que escriba algo con toda la personalidad que lleva un anuncio de detergente, entonces, definitivamente, yo no soy tu chica.

–Nunca lo fuiste –dijo J. C. Hizo una pausa y luego suspiró–. Lo siento. Eso es el pasado y no vamos a entrar ahí.

–No. No vamos a entrar ahí –ella se mordió el labio inferior.

Durante un instante, J. C. recordó a aquella joven que había conocido tantos años antes, ese espíritu libre que se subía a los árboles y que soñaba con viajar por el mundo, la mujer que le había

inspirado para hacer lo mismo. Y había estado cerca, muy cerca, de conseguir los sueños que siempre había tenido. Pero entonces la realidad le había golpeado en la cara con un puño de acero.

–Esto no va a funcionar, J. C. Lo siento. Te buscaré a otra persona.

Él intentó agarrarla antes de que se levantara. Cuando sus manos entraron en contacto, la misma descarga de siempre le recorrió por dentro. Recuerdos, deseos, anhelos… La soltó.

–No eches a correr de nuevo, Grace.

–No voy a echar a correr.

–¿En serio? Porque, según recuerdo, esa era tu especialidad. Cada vez que alguien se te acerca, sales corriendo.

Nada más decir las palabras, se arrepintió. ¿Por qué era Grace McKinnon capaz de sacar lo peor de él? La camarera les dejó la comida sobre la mesa y ambos se pusieron a comer de inmediato para evitar toda conversación. Grace tomó un bocado y entonces se detuvo. Había una sonrisa en su rostro.

–Tan bueno como recordaba.

–Algunas cosas nunca cambian.

–Y algunas cosas sí –dijo ella.

Él apartó su trozo de pastel.

–¿Por qué no empezamos de nuevo? Y nos centramos en el evento en vez de…

La puerta se abrió y la madre de J. C. entró en el restaurante. Tenía una expresión triste en la cara. Un niño de unos cuatro años se abrió camino entre las mesas a toda prisa y se estrelló contra el pecho de J. C.

–Yo quiero quedarme contigo, no con la abuela.

Grace arqueó las cejas, sorprendida, pero J. C. prefirió ignorar su reacción por el momento.

–Yo no soy muy divertido, chaval. La abuela es la que tiene los juguetes buenos.   Henry se tapó la boca.

–Pero a ella no le gusta jugar a los camiones. Le gusta jugar con las Barbies. A mí no me gustan las muñecas.

J. C. levantó la vista y miró a su madre. Ella se encogió de hombros. Había una miríada de emociones en sus ojos de color azul claro. Los juguetes que había sacado del desván eran sobre todo de su hija y J. C. estaba seguro de que le despertaban muchos

recuerdos. La sonrisa de la señora Carson tembló.

–Lo siento –dijo inclinándose y poniendo una mano sobre la espalda del pequeño–. Lo estoy intentando, pero a veces es que…

–No pasa nada, mamá. Yo lo cuidaré.

Ella titubeó. Saludó a Grace de manera distraída y se volvió hacia J. C. de nuevo.

–¿Estás seguro?

–No hay problema. Me voy a casa dentro de un rato y yo mismo le acostaré, ¿de acuerdo?

El rostro de la señora Carson reflejó alivio.

–De acuerdo. Gracias, J. C.

Se despidió de Henry y se dirigió hacia la puerta. J. C. sujetó a Henry de la barbilla en un gesto de cariño.

–¿Por qué no te quedas conmigo, colega? Le diré a la camarera que te traiga un helado y después iremos a dar un paseo por el parque.

–¿Helado? Pero hace frío fuera –dijo Henry, riéndose–. Nadie come helado cuando hace frío.

–Claro que sí. Los mejores muñecos de nieve mantienen el tipo así –J. C. sonrió y puso un dedo sobre la punta de la nariz del chico.

Henry volvió a reírse.

–Y tú, mi pequeño amigo de la nieve, te estás convirtiendo en un muñeco de nieve ahora mismo.

Henry abrió mucho los ojos.

–¿Sí? –exclamó.

–Sí. Pasas tanto tiempo fuera que deberías llamarte Frosty. Por eso no puedes quitarte los guantes y el gorro cuando te lleve al parque.

–¿Vas a llevarme de verdad? Me lo prometiste y después no fuimos.

J. C. sintió una punzada de culpabilidad. Odiaba haber sido el motivo de una decepción para el niño, pero parecía que cuanto más se esforzaba por hacer lo correcto, peor le salía todo.

–Lo sé, chaval. He tenido mucho trabajo. Lo siento. Esta noche, sin falta, te enseño todo lo que hemos preparado para las fiestas de invierno.

–Muy bien –Henry asintió y luego se sentó junto a J.C., apoyándose en las rodillas y poniendo la barbilla sobre las manos.

Se volvió hacia Grace y le tocó el hombro a J. C. con un dedo.

–Estás hablando con una extraña. J. C. se rio.

–Oh, esta es una amiga mía, Grace. No es una extraña. Es que lleva mucho tiempo fuera –señaló a Grace con un gesto– . Grace McKinnon, te presento a Henry. Hombre de nieve a tiempo parcial y alborotador a tiempo completo.

–¡Oye! Yo no soy un alborotador. J. C. le alborotó el cabello.

–Nah, no lo eres en absoluto, socio.

Grace le estrechó la mano al chico.

–Encantada de conocerle, señor Henry –le dijo.

El niño le dio un apretón de manos entusiasta.

–¿Te gusta el helado?

–Es lo que más me gusta –dijo Grace, sonriendo–. A tu padre también le gusta mucho. Su favorito es el de stracciatella, si no recuerdo mal.

–Oh, yo no… –J. C. levantó una mano para corregir a

Grace y entonces apoyó esa misma mano sobre el hombro del chico.

–Mi mamá y mi papá están en el cielo –dijo el niño, mirándose las manitas.

Su voz sonaba frágil, suave.

–No pueden venir, ni a mi cumpleaños, ni por Navidad. Los echo mucho de menos. Y a veces hablo con ellos, aunque creo que no me oyen, porque nunca contestan.

Los ojos de Grace se llenaron de ternura. Miró a J. C.

–Oh, Dios, lo siento. No tenía ni idea.

Él asintió con la cabeza.

–Por eso estoy aquí, Grace. Y por eso estas fiestas de invierno son tan importantes para mí. No se trata de dinero, o de fama. Ni siquiera se trata del pueblo, si lo piensas bien. Se trata de esto –tomó a su sobrino en brazos y lo sentó sobre su regazo–. Vamos, chico. Vamos a pedirte ese helado.

CAPÍTULO 5

¿J. C… de padre temporal?

Grace le observó con atención mientras charlaba con su sobrino y le pedía el helado. El chico tenía los ojos azules y el pelo oscuro de los Carson y Grace también veía a la hermana de J. C. en esa sonrisa ladeada. Era un niño de cuatro años con el corazón roto.

–Bueno, volvamos al asunto de los festejos –le dijo J. C. mientras Henry se tomaba su helado–. Pensaba repasar el plan publicitario contigo primero, y después las preguntas.

Era todo profesionalidad y Grace no podía evitar preguntarse cómo era posible que aquel muchacho al que había conocido hubiera llegado a convertirse en un padre sustituto.

Miró a Henry. El pequeño sujetaba la cuchara con una mano embadurnada de chocolate.

–¿Seguro que es buen momento?

–Mañana tengo el día completo, así que… sí.

–Muy bien –Grace volvió a mirar a Henry, que parecía encantado con su helado.

La experiencia de Grace con los niños se podía medir en segundos, ni siquiera en horas. Casi nunca se ocupaba de destinos turísticos familiares para la revista y veía pocos niños en los complejos turísticos que visitaba. Su abuela hubiera dicho que seguía siendo una niña grande, pero había algo en la cercanía de los niños que la ponía nerviosa.

–Para la publicidad me gustaría un enfoque múltiple – dijo J. C.–. Combinar las redes sociales con entrevistas para la prensa y actualizaciones regulares de la página web. Estaría genial si pudiéramos concentrarnos en algunos eventos clave, como el concurso de muñecos de nieve y lo de las esculturas de hielo.

Grace anotó varias cosas en su cuaderno mientras tomaba trozos del pastel de pollo con la otra mano.

–Perfecto. ¿Tienes fotógrafo para todas estas cosas?

–No. Nuestra última publicista iba a hacerlo todo. He intentado

buscar a otra persona, aunque tenga que pagarle, pero estamos en vacaciones. Es mala época para encontrar a alguien. Además, es un evento en un pueblo, así que la gente quiere a alguien que viva aquí.

Grace se rio.

–Bueno, eso me deja fuera entonces.

–Tú eres parte de este lugar, Grace.

–¿Yo? No. Nunca lo fui.

–Formas parte de este lugar mucho más de lo que crees. La gente te recuerda.

Ella sacudió la cabeza.

–No era más que una visitante, de forma temporal, y en los últimos años ni siquiera eso.

–Hay gente aquí que nunca te ha olvidado.

Ella arqueó una ceja. ¿Acaso se refería a sí mismo?

Antes de preguntar algo inoportuno, agarró el cuaderno y se centró en la tarea.

–¿Hay alguna otra cosa más que quieras que cubra?

Él se inclinó hacia delante.

–¿Qué tal te manejas con la cámara?

Ella se encogió de hombros.

–No soy tan buena como mi hermana, pero me defiendo. –Hablando de Hope, ¿cómo está?

–No… no lo sé. Llevo tiempo sin verla. Las dos viajamos mucho, ¿sabes?

Grace escribió la palabra «fotos» en el cuaderno, evitando la mirada de J. C. en todo momento.

–Bueno, habrá que cubrir todo eso en directo en las redes sociales. Yo puedo ocuparme, si quieres.

–Eso estaría muy bien. Estoy intentando… –¿Te gustan los caballos? –dijo Henry de repente.

–¿A mí? Eh, sí.

El teléfono de J. C. sonó en ese momento. Él se disculpó rápidamente y contestó a la llamada, apartándose de ellos. Mantenía la voz baja mientras discutía sobre una fusión empresarial.

Grace bajó la vista y anotó unas cuantas preguntas que quería hacerle cuando terminara de hablar.

–¿Alguna vez has montado a caballo? –le preguntó Henry, con toda la boca manchada de helado–. Yo quiero montar.

Grace asintió y dejó el bolígrafo sobre la mesa.

–Sí, he montado a caballo, unas cuantas veces.

Henry pensó en ello un segundo.

–¿Era un caballo negro? A mí me gustan los caballos negros. Son los mejores.

Grace se rio.

–No. Era marrón. Para mí no había de esos.

Henry se volvió hacia J. C. El helado derretido se le caía de la cuchara.

–Tío Jace, ¿alguna vez has montado a caballo?

J. C. se detuvo en mitad de una frase y se volvió hacia el niño.

–¿Eh? ¿Qué?

–¿Alguna vez has montado a caballo?

El helado seguía cayéndose. De pronto, Henry movió la mano, lanzando un pequeño chorro de vainilla sobre la mesa. El líquido salpicó el salero y también el teléfono de J. C.

–Te llamo luego –J. C. terminó la llamada, agarró unas cuantas servilletas y comenzó a limpiar la pantalla–. Henry, tienes que tener más cuidado.

El niño se echó hacia atrás, alejándose de la mesa sucia.

–Lo siento.

J. C. suspiró y entonces el teléfono volvió a sonar.

–Contesta –le dijo ella–. Yo me ocupo de esto.

–¿Seguro? A lo mejor tardo unos cuantos minutos.

–No hay problema.

Grace terminó de limpiar la mesa. Henry la observaba, cuchara en mano.

–Oye… eh… tienes que limpiarte la cara –le dio algunas servilletas.

El niño se limpió el labio inferior y arrugó las servilletas.

–No te has limpiado bien. Toma, inténtalo de nuevo – Grace le dio unas cuantas servilletas más.

La segunda vez, Henry se frotó los labios, pero no llegó a limpiarse el círculo de helado que tenía alrededor de la boca. Grace se rio. Ella había sido igual de niña. Siempre estaba sucia o se manchaba con algo durante alguna trastada.

Miró a J. C.

Aún seguía enfrascado en la conversación telefónica.

–Bueno, ¿y tú has montado a caballo alguna vez? –le preguntó al niño.

El chico sacudió la cabeza.

–En el zoo tienen ponis. Y, y… yo iba a montar uno, pero entonces hizo un ruido, y me dio miedo, así que no monté.

–¿Fue un ruido como este? –Grace imitó el bufido de los caballos.

Henry asintió con la cabeza, maravillado. Ella se rio.

–Me pasó lo mismo cuando era una niña. Tenía tanto miedo que empecé a llorar. A lo mejor… incluso era el mismo poni.

–Es un poni que da mucho miedo.

–Nah –Grace le restó importancia a sus palabras con un gesto–. Solo te tiene miedo. Por eso hace todos esos ruidos, para impresionar un poco y para que no se le note que tiene miedo de estar cerca de un chico grande como tú.

Henry se rio.

–No soy grande.

–Para el poni sí lo eres y eso es lo que le asusta. Pero, si le hablas con mucho cariño, no volverá a tenerte miedo.

–¿En serio?

Grace asintió.

–La próxima vez que vayas al zoo, habla con el poni primero. Preséntate. Hazte su amigo.

La emoción y la alegría desaparecieron del rostro de Henry.

–No sé cuándo voy a volver al zoo. Mi padre y mi madre me llevaban mucho al zoo. A mi madre le encantaba.

Grace no sabía muy bien qué decirle a Henry. Abrió la boca para hablar, pero afortunadamente en ese momento regresó J. C. Se sentó y puso el teléfono sobre la mesa.

–Gracias.

–No hay problema –le dijo ella, encogiéndose de hombros.

Él bajó la voz y miró al niño con disimulo.

–Ha sido todo muy difícil. Mi madre lo intenta, pero ella ya tiene bastante con lo suyo, y no está… tal y como tiene que estar. Bueno, gracias por la ayuda.

La camarera apareció para llevarse los platos.

–¿Algo más?

–Nada para mí. Gracias. Aunque creo que sí necesitamos más servilletas –Grace señaló el dispensador vacío–. J. C. no sabe comer.

La camarera se rio y puso una mano sobre el hombro de

J. C.

–No sé yo… –le dedicó una sonrisa cómplice y Grace no pudo evitar sentir una punzada de celos.

–Ahora vuelvo con más servilletas y os repondré las bebidas.

Grace la vio alejarse y trató de no odiarla. No tenía por qué importarle que hubiera salido con él. Él tenía derecho a tener una vida y estaba claro que la había tenido durante los años que habían pasado desde que habían roto. Se preguntaba por qué no se había casado… Después de todo, estaba tan empeñado en ello en el pasado…

John Carson le había dejado muy claro que estaba muy lejos de ser la clase de mujer que J. C. quería.

«No eres más que un juguete, una distracción. J. C. no tiene ninguna intención más allá de un romance de verano contigo, así que deja de pensar en fantasías».

No solía ver al padre de J. C. muy a menudo, pero cada vez que se cruzaba en su camino le hacía toda clase de comentarios desagradables acerca de lo incompatibles que eran. El hijo del director general jamás perdería la cabeza por una alocada escritora.

–Parece que la descarga de glucosa no ha durado mucho –J. C. señaló al niño.

Henry se había acurrucado en un rincón del banco, completamente dormido.

–Debiste de cansarle mucho mientras hablaba por teléfono.

Grace miró al niño. A lo mejor le había aburrido mucho.

–Solo hablamos de caballos y de helado.

–Te lo agradezco, mucho más de lo que te imaginas.

El momento de silencio se dilató.

En otra época, Grace había llegado a pensar en fugarse con J. C. Carson. Iban a escapar de Beckett’s Run y a conquistar el mundo, ella con sus palabras y él con su música. Pero entonces él había cambiado de la noche a la mañana y había terminado con la relación sin ni siquiera tener el valor de decírselo a la cara. Su padre le había hecho el trabajo sucio. Había ido a verle, buscando

una explicación, pero él estaba sentado en el porche, con otra chica, una de esas que llevaban zapatos blancos y vestidos que parecían tartas de merengue.

Grace se había marchado de Beckett's Run y no había vuelto a mirar atrás, hasta ese momento.

–¿Todavía tocas la guitarra? –le preguntó, olvidando la cena. El pastel de pollo se le estaba enfriando.

–Solía hacerlo. Incluso llegué a pensar en unirme a una banda en la universidad durante un semestre, pero estaba muy ocupado y no llegué a hacerlo. Y… –se encogió de hombros–. Últimamente no he tenido mucho tiempo.

–Y yo que pensaba que ibas a ser una estrella del rock.

–Sí, bueno, algunos sueños no son muy prácticos.

–Por eso son sueños, ¿no? Con ellos puedes escapar de lo práctico.

J. C. se rio con amargura.

–Yo ya no puedo estar más lejos de ser un soñador de lo que estoy.

–Oh, no sé. Apuesto a que todavía hay un roquero dentro de ti.

–Si seguía habiendo un roquero dentro de mí, los últimos años han acabado con él por completo.

–Eso no está bien.

–Sí –dijo él, soltando el aliento–. No está bien.

La cuerda que había entre ellos se tensó aún más.

–Como te he ayudado con Henry, ¿crees que podrías hacerme un pequeño favor?

Él arqueó una ceja.

–Te conozco, Grace. Tus favores significan meterse en líos. Te castigan por ellos, o algo peor.

Sus palabras desencadenaron un aluvión de recuerdos. Uno de aquellos calurosos veranos se habían colado en el instituto cerrado, solo para correr por los pasillos vacíos, y otro día habían saltado la valla de la piscina municipal para darse un baño en plena noche.

Grace recordaba muy bien aquel día cuando habían cortado rosas del jardín del vecino. Habían hecho un ramo y se lo habían dado a Mary, sin saber que el club de jardinería tenía planeada una visita a ese jardín al día siguiente.

–El club de lectura de la abuela se reúne mañana por la mañana

de nuevo –le dijo, volviendo al tema–. Van a terminar el debate sobre el libro que están analizando ahora y se despiden hasta después de las vacaciones. Ven conmigo.

–¿Yo? ¿Por qué?

–Porque eres un hombre bien parecido y así las distraerás lo bastante como para que no se den cuenta de que no he leído el libro.

–¿Crees que soy bien parecido? –le preguntó él con una sonrisa.

–J. C., ya sabes que sí –Grace intentó disimular el rubor que sabía teñía sus mejillas–. Eso no es ninguna novedad, Míster Sonrisa Perfecta.

–Ya hace mucho de ese anuario –J. C. se rio.

Al mirar a Henry se puso serio.

–Bueno, creo que debería llevarle a casa.

–Antes de que te vayas, quiero preguntarte un par de cosas.

–Dispara.

–Antes me dijiste que haces todo esto de las fiestas de invierno por tu sobrino, entre otras cosas. ¿Antes también participabas en la preparación de los festejos? Quiero decir, ¿lo hacías todos los años?

–He apoyado estos festejos durante muchos años, y también el picnic del pueblo y el concurso de cocina de verano que se celebra en el parque, pero nunca he estado tan implicado como lo estoy ahora. Antes mi ayuda se limitaba a un apoyo económico, donaciones, patrocinio, cosas como esas. Nunca me he puesto manos a la obra hasta ahora. De hecho, tenías razón. Quería estar lejos de este pueblo y de todo lo que representaba. Pero eso cambió –miró a su sobrino y le apartó un mechón de pelo de la cara.

El niño se movió, pero no se despertó.

–Este año, después de la muerte de mi hermana, volví a Beckett's Run. Al principio fue para ayudar a mi madre con los preparativos del funeral, pero entonces me di cuenta de que necesitaba ayuda con Henry. Pensé que iba a pasar aquí unas pocas semanas como mucho. En ese momento más o menos comenzaron los preparativos de las fiestas de invierno y me di cuenta de que podía hacer más de lo que había hecho otros años. Accedí a presidir el comité organizador porque… –miró a Henry de nuevo– este año es importante para mí que la Navidad sea algo especial, memorable, divertida.

–Lo entiendo.
J. C. había vuelto a sorprenderla.
–Debe de ser duro ocuparse del negocio de Boston y de todo lo que tienes que hacer aquí al mismo tiempo.
–Es un pequeño reto, por así decir.
Su móvil no paraba de sonar, anunciando la llegada de correos electrónicos continuos que reclamaban su atención.
–Intento estar en los dos sitios al mismo tiempo, pero eso es imposible –suspiró–. Bueno, en cualquier caso, cuando termine todo tengo previsto volver a la ciudad y retomar las riendas de la empresa de inversiones.
–¿Y qué va a pasar con Henry?
J. C. miró a lo lejos y soltó el aliento.
–No lo sé.
«A él no le gusta ese estilo de vida bohemio. J. C. quiere algo más. Simplemente, no sabía cómo decírtelo», le había dicho John Carson muchos años antes.
El teléfono de J. C. volvió a sonar. Él se puso en pie y se disculpó.
–Solo será un momento. Te lo prometo. Si puedes vigilar a Henry un momento…
–No hay problema. Adelante.
J. C. volvió al pasillo para hablar por teléfono. La camarera regresó con las bebidas. Apoyó la cadera contra el banco en el que había estado sentado J. C., como si reclamara el espacio en su ausencia.
–J. C. no nos ha presentado. A veces puede ser muy despistado.
Grace le tendió la mano.
–Grace McKinnon. No vivo por aquí. Solo estoy de paso. Soy la nieta de Mary McKinnon.
–¡Oh, Dios mío! Sabía que me sonabas de algo, pero hace mucho tiempo. Soy Allie Marsh. Yo vivía a dos calles de tu abuela.
–Allie, claro.
Apenas se acordaba de Allie, pero seguramente era porque había hecho todo lo posible por olvidar Beckett's Run.
–¿Cómo estás?
–Bien. Sigo viviendo aquí –Allie se rio–. Veo a tu abuela todo el tiempo. Viene todos los martes para tomar la tarta de pacanas de

Carol. Bueno… ¿qué haces con el soltero más codiciado de Beckett's Run?

La expresión de Allie no tenía nada de amigable. La miraba como si fuera una plaga de langostas.

–Bueno, podría decirse que es el soltero más codiciado de toda Nueva Inglaterra.

–¿J. C.? Le conozco desde que atrapábamos cangrejos de río en el arroyo. Yo no le llamaría exactamente el soltero más codiciado.

Allie sacudió la cabeza.

–Cariño, tienes que estar ciega, o debes de ser rica, o ambas cosas.

–Ninguna de las dos –Grace se rio–. J. C. sigue siendo J. C., ¿no?

–Ya veo que llevas mucho tiempo fuera de aquí –Allie miró hacia el pasillo. J. C. seguía hablando por teléfono–. Es millonario, o multimillonario. Desde Andrew Beckett, es lo mejor que ha habido en este pueblo. No me sorprendería que le pusieran su nombre a la plaza del pueblo o algo así, con todo lo que ha hecho por este lugar, las reformas, la limpieza. Nos ha caído del cielo. Eso está claro, y con lo mal que lo está pasando mucha gente aquí…

–¿Ah, sí?

Grace había pensado que las señoras del club de lectura exageraban.

–Sí. Ha pagado hipotecas. Ha comprado algunas casas de hipotecas ejecutadas y se las ha vuelto a alquilar a sus dueños. Ha ayudado a muchos negocios también, a los universitarios… No habla de nada de ello, claro. Quiere mantenerse a la sombra, pero, créeme, no hay nadie por aquí como J. C.

La muchacha hablaba con una mezcla de admiración y enamoramiento. Le miró por encima del hombro de nuevo.

–La mujer que se lo lleve va a ser muy afortunada. Vivirá rodeada de lujos y se despertará a su lado todas las mañanas –sacudió la cabeza–. —am.

Grace jamás hubiera utilizado esa onomatopeya para referirse a J. C.

Allie puso la cuenta sobre la mesa y le dijo que regresaría más tarde antes de marcharse. J. C. volvió, pagó y añadió una generosa propina.

–Lo siento. No hacen más que interrumpirme.

–No hay problema.

De repente, Grace sintió unas ganas desmesuradas de alejarse de él, de J. C. el millonario. Agarró sus cosas y las metió en el bolso.

–Nos vemos luego.

Él tomó a Henry en brazos.

–¿Tienes toda la información que necesitas?

–Sí –Grace apartó la vista del hombre al que una vez había creído conocer tan bien como a sí misma, un hombre que con el tiempo se había convertido en un extraño que llevaba zapatos de marca–. No necesito saber nada más. Todo está claro.

Salió al exterior. El frío aire del invierno se clavaba como agujas en sus pulmones.

Una dosis rápida de gélida realidad.

CAPÍTULO 6

Las señoras hicieron un corrillo a su alrededor, como si fuera un cachorro perdido. J. C. se movió en su silla de la cafetería y se preguntó cómo había podido acceder a ayudar a Grace con lo del club de lectura.

–Estamos encantadas de tenerte aquí, J.C. –dijo la señora Brimmer–. Será estupendo tener un punto de vista masculino para Jane Austen.

La señora Watson la hizo callar.

–Pauline, no creo que haya leído Persuasión. Déjale en paz. Estaría mucho más a gusto con una diana y unos dardos que con unas abuelas como nosotras.

–Señoras, pasar una mañana disfrutando de su compañía siempre es agradable.

El comentario le hizo ganarse unas cuantas risitas de las septuagenarias. Grace puso los ojos en blanco.

–Y sí que he leído el libro, hace años.

Las mujeres soltaron el aliento al mismo tiempo, sorprendidas.

–¿Lo has leído?

–¿Lo has leído? –repitió Grace–. ¿Cómo es posible que hayas…? Quiero decir, ¿qué te hizo querer leerlo?

–Tuve una novia en la universidad que necesitaba ayuda con un trabajo que tenía que escribir sobre Jane Austen. Por aquella época yo trataba de impresionarla, así que leí el libro.

–¿Y qué tal fue la cosa? –le preguntó Grace.

–¿El trabajo o la novia?

–Oh, lo de la novia, claro –dijo la señora Brimmer.

Las otras señoras se inclinaron hacia él, llenas de curiosidad y expectación.

–Sacó un sobresaliente. Y me parece que ahora está casada con el profesor de Literatura. Apuesto a que hablan de Jane Austen todas las noches.

Las señoras se echaron a reír y J. C. miró a Grace. Ella tenía una curiosa expresión en el rostro. No eran celos, porque la Grace a la que conocía jamás se había preocupado por esas cosas. Pasaban los veranos juntos. Ella llegaba en junio y antes de Navidades, pero jamás le preguntaba qué había estado haciendo los meses anteriores y entonces retomaban su relación como si se hubieran visto el día anterior.

–¿Y qué te parece el poder de persuasión de una mujer, J.C.? –preguntó la señora Watson.

–Oh, creo que son superpoderes más bien. Una mujer hermosa puede convencer a un hombre para que haga casi cualquier cosa.

–¿Incluso amar?

–Bueno, eso no lo sé. Ninguna me ha convencido para eso todavía.

Se oyeron más risas.

–Seguro que te estás haciendo el duro –dijo Grace–. Porque, según he oído, eres el soltero más codiciado del pueblo.

–No me estoy haciendo el duro, Grace –la miró a los ojos–. En absoluto.

Ella le sostuvo la mirada durante unos segundos y entonces la apartó.

–Se lo haré saber a las mujeres de Beckett's Run.

–¿Vas a alertar a los medios? –le preguntó él, sonriendo.

–Haré algo mucho mejor que eso. Mandaré un comunicado a los medios de comunicación.

–Umm… eso podría ser un problema.

–Oh, cuando se trata de ti, todo es un problema, J. C. Carson.

En algún momento, J. C. había olvidado que las señoras estaban presentes. Su atención se centraba en Grace, en la forma en que se movían sus labios cuando hablaba.

–Creo que eres tú la que tiene un problema, Grace McKinnon.

–Bueno, a mí eso me suena como persuasión –dijo la señora Brimmer.

Las otras señoras se rieron y el hechizo se rompió de repente.

Grace agarró su ejemplar de la novela, aún intacto, y eligió una página al azar.

–Quería comentar lo del primo de Anne… eh… el señor
Elliot. Es en el capítulo dieciséis.

Las ancianas intercambiaron impresiones sobre el pasaje y hablaron del modelo de belleza y del estatus social que retrataba la obra, pero J. C. no estaba escuchando ni una sola palabra. Su mirada se mantenía fija en Grace.

Años atrás había llegado a pensar que algún día se casaría con ella. Había planeado pedírselo. Había sido uno de esos planes absurdos que hacían los chicos de dieciocho años, pensando que todo iba a ser perfecto si pasaban el resto de su vida con la chica adecuada. Ella siempre había sido todo lo que él no podía ser, aventurera, temeraria y cabezona. Llegaba a casa a cualquier hora y se saltaba todas las reglas. Había rechazado una beca deportiva para jugar al fútbol y había preferido matricularse en una universidad con un buen plan de estudios de periodismo. Había empezado a viajar sola nada más cumplir los dieciocho años, con una mochila y un cuaderno de notas.

Se suponía que iba a acompañarla en su primer viaje, con su guitarra, para ganarse la vida. Incluso había llegado a hacer la maleta, pero entonces la realidad le había golpeado en la cara. Había deshecho la maleta y la guitarra había vuelto al armario. Grace se había marchado del pueblo, sin decirle ni una palabra de despedida, demostrándole así que sus sentimientos por él no habían sido más que una brisa de verano.

Una parte de él quería preguntar por qué, quería saber cómo había podido equivocarse tanto con ella.

–Oh, Dios. ¡Pero mira qué hora es! –exclamó la señora

Brimmer–. Es hora del té en la iglesia –se volvió hacia Grace–. ¿Vendrás el próximo día, Grace? Vamos a empezar con Mujercitas. Es otra historia de amor, así que a lo mejor querrás traerte a J. C. –añadió, esbozando una sonrisa traviesa.

–Probablemente ya no esté en el pueblo –dijo Grace–. Solo he venido a pasar las vacaciones.

–Qué pena. Beckett's Run te echa mucho de menos.

El resto de las ancianas se unió a la señora Brimmer. Tras los efusivos abrazos, le dedicaron sus mejores deseos y salieron de la cafetería, envueltas en gruesos abrigos como si fueran esquimales. J. C. miró sus correos electrónicos y leyó un mensaje que le había enviado el encargado de mantenimiento que había contratado para montar los decorados de las fiestas. Fue hacia Grace.

–Tengo que ir al parque a mirar una cosa. No sé si tienes que hacer algo ahora, pero a lo mejor quieres acompañarme.

Así puedes ver un poco lo que estamos haciendo.

–Claro. Será divertido.

–Solo voy a ver unas cosas con el encargado de mantenimiento, así que no sé si va a ser divertido.

–Ya me conoces, J. C. Conmigo la diversión está garantizada.

–Oh, me acuerdo de eso, muy bien.

–¿Ah, sí? Porque a mí me parece que no eres el mismo de hace unos años. Ahora eres el tipo de los correos electrónicos y las llamadas, y las camisas abrochadas hasta las cejas –deslizó un dedo a lo largo de los botones de su camisa, desencadenando una oleada de calor que lo recorrió de arriba abajo.

–Eso no quiere decir que no sea divertido.

–Oh, ¿en serio? –Grace arqueó una ceja–. Entonces, ¿sigues siendo el que se zambullía en el lago el primer día de marzo?

–Sí. El mismo –echaba tanto de menos aquellos días… Ella le miró a los ojos.

–Bien –le agarró del brazo y echó a andar–. Entonces, demuéstramelo.

Grace se mantuvo a un lado, observándole mientras se ocupaba de una serie de asuntos. Su teléfono móvil no paraba de sonar.

El hombre de mantenimiento y dos de los obreros que estaban ensamblando el pueblo de Papá Noel le habían abordado nada más llegar, presas del pánico. Él, sin embargo, parecía mantener la calma en todo momento. Tenía una forma de hablar que sosegaba a la gente y les hacía centrarse.

–Te has ocupado de todo muy bien. Estoy impresionada –le dijo cuando volvió junto a ella.

–No ha sido nada. Deberías ver las cosas con las que me tengo que enfrentar en el trabajo. Aquí solo se trata de un trineo o de algo así. En el trabajo están en juego millones de dólares. Pero al final el coste no importa. Si algo es importante para la gente, quieren una solución. Y yo trato de dársela.

–Eres bueno en ello.

–Gracias.

Grace se inclinó contra la pared del Trineo del Muérdago y le miró fijamente.

–Pero no eres feliz.

–¿Quién dice que no lo soy?

–Tú. Lo veo en tus ojos –se apartó de la pared, acercándose a él–. Te conozco desde siempre, J. C. Carson, y sé cuándo eres feliz y cuándo no.

Un hilo musical comenzó a sonar de repente. Eran villancicos que acompañaban el viaje de los trineos de color rojo y blanco que atravesaban un túnel por encima de una pista de hielo hecha de metal brillante. Luces de colores parpadeaban en el interior, generando un cálido resplandor que brotaba de la entrada.

–Todo está listo –dijo el encargado de mantenimiento–. Ahora debería funcionar perfectamente. ¿Quiere montar? J. C. titubeó, teléfono en mano.

–Bueno, lo dejo encendido de momento –dijo el encargado–. Si quiere probar, solo tiene que apretar este interruptor. Tengo que ir a ver la iluminación del pueblo de Papá Noel –el hombre se alejó.

–¿Qué dices? –preguntó Grace–. ¿Quieres dar una vuelta?

J. C. levantó el teléfono.

–Debería…

–Diviértete un poco –le susurró ella, dando un paso hacia él–. ¿Recuerdas? Dijiste que ibas a demostrármelo.

–Dar un paseo en trineo es…

–El primer paso –le agarró de la mano y le hizo entrar en el túnel–. Así que hagámoslo.

–Grace, no debería…

–Discutir conmigo. Ya sabes que siempre gano yo.

Se rio y tiró de él hacia el interior del oscuro túnel. Los trineos giraban en torno a la pista, pasando por el muelle. Grace apretó el interruptor y los hizo detenerse.

–Sube, J. C. Vamos a ver qué velocidad alcanza esto.

Él se rio a carcajadas.

–Solo tiene una marcha. No hay carreras en el túnel del amor. Se supone que tiene que ir lento –la miró. Había algo juguetón en sus ojos–. ¿Estás lista?

–Siempre –Grace se subió al trineo.

J. C. se sentó a su lado. El espacio era muy pequeño y estaba muy cerca. El túnel del amor…

Antes de que Grace pudiera cambiar de opinión, el vehículo se puso en marcha, siguiendo el raíl mecánico. El movimiento la obligó a arrimarse aún más a él, así que él puso su brazo alrededor de ella, sobre el respaldo del asiento.

–No hay mucho espacio aquí.

–No mucho. Me recuerda a…

–El ferrys de la feria de verano –dijo él, al mismo tiempo que ella.

Grace se rio.

–Era diminuto. Ni siquiera sé por qué lo llamaban ferrys. –Toda la feria era diminuta. Pero fue divertido.

Ella le miró. En la penumbra, solo veía el reflejo de las luces de Navidad, bailando en sus pupilas.

–Lo fue.

–Solíamos pasarlo muy bien, Grace.

–Sí.

–Echo de menos aquellos días.

–Yo también, J. C.

Él se movió, rozándole la pierna con el movimiento. Un chorro de calor le recorrió la piel, acelerándole el pulso. De repente, el deseo de tocarle era más poderoso que nunca.

Grace se apartó rápidamente y se agarró del lado del trineo.

–Vamos. Echémosle un vistazo a esto.

Sin darle tiempo a reaccionar, saltó del trineo y se paró en la plataforma.

–Oye, se supone que no podemos estar ahí arriba.

–Tú eres el jefe, J. C. Puedes hacer lo que quieras. Vamos, encuéntrame.

Echó a correr por el túnel y se escondió detrás de uno de los árboles de Navidad que decoraban los lados. Se agachó y trató de agazaparse lo mejor que pudo detrás de las ramas de un falso abeto.

–Esto es absurdo –dijo él, pero no pudo evitar reírse.

Grace oyó sus pisadas sobre la plataforma, fuertes al principio y después más suaves al tiempo que se escabullía entre los árboles. Rodeó el árbol tras el que se escondía justo cuando él llegaba por detrás. Se le enganchó un pie en la base del árbol y las ramas se

bambolearon.

–¡Te tengo! –exclamó él.

Grace se puso en pie y echó a correr, riéndose a medida que se escondía detrás de los árboles.

–¿No te rindes?

–Nunca.

Grace volvió a reírse y entonces echó a correr a lo largo de la pared de atrás. La música seguía sonando a su alrededor y los trineos continuaban moviéndose. De pronto oyó algo de movimiento, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Sintió cómo la agarraban del brazo.

–Te tengo. Y esta vez no te voy a dejar ir.

–¿Me lo prometes?

Pronunció aquellas palabras a modo de broma, pero una parte de ella contuvo la respiración.

–A lo mejor eso no es muy práctico –dijo él, riéndose.

–Y tú eres el sensato –Grace forzó una sonrisa para no dejarle ver la decepción que la había embargado de repente.

–No siempre lo fui, sobre todo cuando se trataba de ti.

Grace sintió que el aire se le quedaba atrapado en la garganta. Quería preguntarle qué quería decir, pero sabía que no soportaría oír la respuesta.

–Oh, Grace.

Se inclinó hacia ella y la besó, capturando sus labios como siempre había hecho y desencadenando esa descarga que tan familiar le resultaba. El paso del tiempo lo hacía todo más dulce, más apasionado. Grace sintió chispas, chispas que saltaban en su mente, borrando todo sentido común. J .C. le sujetó el rostro con ambas manos y continuó besándola con devoción. La hacía sentirse valiosa, maravillosa. Se inclinó contra él y buscó sus labios con más ahínco. Los trineos seguían su camino. Le rodeó la espalda con los brazos y se apretó contra él. J. C. gimió y le metió la lengua en la boca, desencadenando un hormigueo en su vientre.

Grace enredó las manos en su pelo. Se lo alborotó. Quería más de él, mucho más.

Sabía lo que era ser besada por J. C. Carson. Ambos habían aprendido juntos, verano tras verano, y entonces… un día…

Retrocedió con brusquedad, tirando al suelo toda la línea de

árboles.

–No podemos… no podemos hacer esto.

–¿Y qué crees que estamos haciendo?

–Abriendo una puerta que cerramos hace mucho tiempo –se volvió hacia los trineos y subió al más próximo. J. C. fue tras ella. Trató de agarrarla del brazo.

–Grace, no huyas de nuevo.

–No estoy huyendo. Es que… no iba a quedarme.

–Es lo mismo.

Grace se volvió hacia él. El dolor que había sentido todos esos años antes afloró de repente.

«Teníamos planes. Se suponía que ibas a estar ahí siempre, que ibas a ser la persona en la que podía apoyarme, siempre… Y me defraudaste».

–Tú lo sabes bien, J. C.

Abandonó el túnel y salió al frío sol de invierno.

CAPÍTULO 7

J. C. entró en la casa de su madre, esperando que todo fuera distinto esa vez. Pero no salía un aroma exquisito de la cocina, ni tampoco olía a jabón de pino. La escena era la misma del día anterior, la de todos los días. En la televisión había otra de esas películas sensibleras y Henry jugaba en el suelo con unos juguetes, construyendo algo que podría haber sido una casa, un castillo o una jaula.

El chico se puso en pie al verle entrar.

–¡Tío Jace! ¡Mira lo que he hecho!

J. C. siguió a su sobrino hacia el salón.

–Es una… casa estupenda.

–No es una casa. Es un cohete –Henry tomó la torre y comenzó a correr por la habitación, imitando el sonido de un motor.

–Henry, por favor. La abuela está intentando ver la tele.

Su madre no había apartado la vista de la televisión al hablar. El niño asintió y se sentó sobre la alfombra para seguir construyendo. J. C. fue a sentarse delante de su madre.

–Oye, mamá, ¿qué hay para cenar?

–Sándwiches.

–Voy a tener que mandar a imprimir el menú. Lo tomamos tan a menudo… –J. C. le dedicó una sonrisa–. Vamos, mamá, hagamos algo. Te encanta cocinar.

–Me encantaba. Ahora ya no –apretó el botón del volumen en el mando a distancia.

J. C. se puso en pie y echó a andar hacia la puerta para hacer lo que llevaba semanas haciendo: dejar pasar las cosas y posponer las discusiones para otro día. Pero miró a su sobrino y supo que ya no podía esperar más. Las vacaciones habían llegado y muy pronto tendría que tomar una decisión. Podía quedarse en Beckett's Run o regresar a Boston. Solo había dos alternativas.

–Henry, ¿puedes hacerme un favor? ¿Puedes irte a tu habitación y pintar un caballo para Grace?

–¡Sí! Voy a pintar el caballo del zoo. A Grace también le da miedo porque estornuda de una manera rara –Henry se marchó, entusiasmado.

Una vez a solas con su madre, J. C. se paró delante de la televisión. Su madre dejó escapar el aliento con exasperación.

–Mamá, tenemos que hablar.

–Estoy viendo mi película.

–Siempre estás viendo tu película. ¿Por qué no estar con Henry un rato?

Antes del accidente, Anne Carson era una de esas abuelas que llevaban a sus nietos al parque todos los días, pero todo había cambiado tras ese golpe del destino.

La madre de J. C. apenas le hacía caso a su nieto esos días.

–Está bien.

–No lo está. Necesita a una abuela que interactúe con él. Quiere algo que no sean sándwiches para cenar. Quiere que veas su cohete y le digas que es lo mejor que has visto.

–Yo hago todas esas cosas –trató de mirar por encima del hombro de J. C., pero él permaneció donde estaba.

–No, no lo haces. Lo sabes, y yo lo sé, y el pobre Henry también. Te necesita, mamá, al igual…

J. C. tragó con dificultad y siguió adelante.

–Al igual que yo cuando tenía su edad.

Se hizo el silencio durante unos segundos, pero su madre terminó levantando la vista.

–Lo estoy intentando, J. C. De verdad.

–Lo sé, pero no te estás ayudando a ti misma, ni al niño, viendo esas películas todos los días. Es Navidad, mamá, tu época favorita del año, y ni siquiera has querido poner el árbol.

–Es mucho trabajo y…

–Y eso es una excusa. Ya te dije que yo te ayudaba. Lo hago todo yo si es preciso.

–Es que no tengo ganas de festejos –la señora Carson fijó la mirada en la pared y guardó silencio.

Al ver que no decía nada, J. C. se movió, suspirando. Al menos lo había intentado.

–No te preocupes. Lo haré yo este fin de semana.

Su madre se puso en pie y se paró frente a él.

–Siempre estás cuidando de mí. Debería ser al revés.

–No me importa. Tú me hacías la colada cuando era más joven.

Eso hizo saltar una chispa de vida en la mirada de su madre y, por primera vez en mucho tiempo, J. C. comenzó a albergar la esperanza de que las cosas pudieran cambiar.

–Y gastabas mucha ropa para ser tan pequeño. J. C. se encogió de hombros.

–Los chicos se ensucian mucho.

Anne Carson miró hacia el sitio donde Henry había estado unos minutos antes.

–Hay mucho de ti en él, la forma en que lo mira todo, lo creativo que es. También es un poco impetuoso, como tú.

–Henry es un buen chico.

Se había acostumbrado a ver a su sobrino todos los días. Odiaba la idea de tener que volver a Boston y le había pedido a su madre muchas veces que se fuera a vivir con él a la ciudad, pero ella se había negado. Beckett's Run era su hogar. Siempre lo había sido, y no quería marcharse.

–Es un buen chico. Y… se merece algo más que esto. Tienes razón, J. C. –añadió Anne, asintiendo, un gesto que para J. C. significó que por fin empezaba a dejar la pena atrás–. A lo mejor podemos colgar algunas luces esta semana.

–Eso estaría muy bien –tomó la mano de su madre y la

PÁGINA

miró a los ojos–. Si no fuera por ti, mamá, no hubiéramos tenido Navidad. Tú has convertido esta casa en un hogar, incluso cuando parecía… –no llegó a terminar la frase.

–¿Una cárcel? –los rasgos de Anne se suavizaron. Le sujetó la mandíbula–. Tu padre era un hombre muy duro. Lo siento mucho.

J. C. no quería hablar de su padre, que llevaba cuatro años muerto. Era un pasado que había dejado atrás, y quería que siguiera siendo así. Pensó en ese beso que había compartido con Grace y se preguntó si las cosas hubieran salido bien de haber seguido adelante con ella. ¿Hubieran seguido siendo felices después de tantos años?

–No te disculpes. No nos fue mal. Y ahora tenemos la oportunidad de hacer las cosas aún mejor para Henry. Somos todo lo que tiene y se merece las mejores Navidades del mundo.

Los ojos de Anne se llenaron de lágrimas. Asintió con la cabeza.

–Tienes razón.

Puso la mano sobre la de su hijo.

–El árbol está en el desván. ¿Por qué no vas a buscarlo?

Yo me pondré con la cena.

Grace se había pasado casi toda la noche dando vueltas, pensando en J. C. y enfadándose consigo misma por sentir tanto interés por él.

Estaba en Beckett's Run para conseguir una historia que le permitiera conservar su trabajo y se marcharía del pueblo en cuanto lograra su objetivo.

Su abuela se había ido a la iglesia. Le había dejado una nota sobre la mesa de la cocina, junto a una cesta de magdalenas de arándanos. Grace untó mantequilla sobre una, le dio un enorme mordisco y revisó las notas que había tomado el día anterior.

Comenzó a tamborilear con la punta del bolígrafo sobre el cuaderno. Nada de lo que tenía hasta el momento era lo suficientemente llamativo y original como para salvar una carrera periodística. Faltaba ese giro inesperado que rompiera con todos los clichés.

«Quiero que la gente de Beckett's Run tenga esa experiencia de Navidad, y también quiero dársela a los visitantes, ayudarles a… creer en la magia».

Grace contempló las notas que había tomado de las palabras de J. C. y entonces le recordó con su sobrino. Gente que creía en la magia, gente como Henry, un pobre niño que se había quedado huérfano poco antes de Navidad. Vaciló un instante. Era el sobrino de J. C., alguien que era prácticamente de la familia. Ver su propia vida privada expuesta en los medios de comunicación no podía hacerle mucha gracia, pero…

Tenía la historia. Solo faltaba convencer a J. C.

Corrió escaleras arriba, se dio una ducha y se puso unos vaqueros, una camiseta blanca con escote en pico y un suéter verde encima. Añadió algo de maquillaje, se hizo su coleta de siempre, se calzó las botas y salió por la puerta. En un sitio tan pequeño no

sería difícil encontrarle. Podría haber llamado a la casa de su madre, pero seguramente no estaba allí.

El descapotable patinó cuando giró para subir por Main Street. Aminoró la marcha y se detuvo en el aparcamiento situado frente a la farmacia. Rick Anderson, el farmacéutico, llevaba más años en el pueblo que cualquier otro residente y por tanto lo sabía todo de Beckett's Run. Si alguien podía saber dónde encontrar a J. C., ese era Rick. Pero no fue con Rick con quien Grace se encontró al atravesar las puertas de cristal. Al ver esa silueta tan familiar se paró en seco. El cabello, rubio y corto, era inconfundible. Parpadeó dos veces. ¿Acaso estaba alucinando?

–¿Mamá? ¿Qué estás haciendo aquí?

Lydia McKinnon, aunque llevara muchos años sin ostentar ese apellido, dio un paso adelante y abrazó a su hija pequeña. El aroma de su perfume y el frío de la nieve rodearon a Grace.

–¡Oh, Dios mío, Grace! Mary me dijo que estabas aquí.

–¿La abuela? ¿Cuándo has hablado con ella?

–Esta mañana. La llamé poco antes de llegar. Me invitó a cenar mañana por la noche –su madre volvió a abrazarla de nuevo–. ¡Oh, me alegro tanto de verte!

Grace se apartó antes de acostumbrarse. Seguramente su madre estaba de paso, de camino a otro sitio.

–No sabía que venías.

–Bueno, yo tampoco, pero entonces hablé con Hope y con Faith…

–¿Hablaste con ellas? ¿Cuándo?

–Siempre he hablado con ellas, y hablaría contigo si pudiera localizarte, señorita Trotamundos –Lydia sonrió–. Bueno, el otro día tus hermanas me contaron todas las cosas estupendas que les han pasado últimamente y pensé que sería buena idea venir a verlas para pasar las Navidades todas juntas.

«Todas las cosas estupendas que les han pasado últimamente…», las palabras retumbaron en la cabeza de Grace. Sus hermanas no la habían llamado, ni le habían mandado ningún mensaje para contárselo. ¿Acaso se habían distanciado tanto las hermanas McKinnon como para no compartir las buenas noticias? ¿O acaso había sido ella quien las había dejado a un lado? A lo largo de los años sus hermanas la habían llamado, le habían mandado correos

electrónicos y mensajes, pero siempre había sido ella la que estaba muy ocupada con algún reportaje. Siempre tenía un avión al que subir, un proyecto que atender. Prometía llamarlas en otro momento, pero después nunca lo hacía.

–Las chicas están de camino –su madre siguió adelante–. Llegan antes de Navidad –Lydia entrelazó las manos–. Estoy tan contenta de que vayamos a estar todas juntas de nuevo… Tengo tantos planes, Grace. Van a ser unas vacaciones estupendas. Escucha, vamos a comer algo. Llevo siglos sin verte –Lydia sonrió–. Almorcemos juntas y me lo cuentas todo.

–No puedo. Tengo cosas que hacer. A lo mejor luego.

La expresión de Lydia se volvió triste. Durante una fracción de segundo, Grace tuvo ganas de disculparse, pero no lo hizo.

–Muy bien. Tienes mi móvil, ¿no?

–Sí. Te llamaré. Te lo prometo.

Grace le dio otro rápido abrazo a su madre, dio media vuelta y salió de la farmacia.

Cuando llegó al coche se dio cuenta de que se había marchado sin aquello que había ido a buscar.

Información.

Se sentó frente al volante y soltó el aliento. ¿Por qué se había puesto tan tensa al ver a su madre? Sacó el móvil y miró la lista de contactos. Su dedo se detuvo sobre un nombre en concreto durante unos segundos, pero finalmente apretó el botón y esperó a que contestaran a la llamada.

–Este es el contestador de Hope McKinnon –su hermana

hablaba a toda velocidad, como si estuviera sin aire–. Ahora mismo no estoy, porque… –se oyó una risita– estoy ocupada, pero prometo llamarte pronto.

Grace se sorprendió mucho al oír esa felicidad y emoción en la voz de su hermana. La última vez que habían hablado habían discutido por un artículo con el que Hope iba a ayudarla. Había sido aquel artículo sobre Fiji, la pesadilla a partir de la cual todo había ido cuesta abajo hasta desembocar en aquella fatídica conversación con el editor.

–Oye, soy Grace. La abuela me dijo que venías a

Beckett's Run y quería ponerte sobre aviso por si no lo sabes. Mamá está aquí. No sé cuánto tiempo se quedará. A lo mejor ya se

habrá ido para cuando llegues, o a lo mejor se queda. Con ella nunca se sabe. Bueno, solo quería decírtelo.

Colgó y se guardó el teléfono. Pensó en llamar a Faith, pero finalmente se lo pensó mejor. No tenía por qué llamar a sus dos hermanas para confirmar lo que ya sabía. Tener a su madre en Beckett's Run durante las vacaciones no podía terminar bien.

Metió la primera marcha y se dirigió calle abajo. No sabía dónde iba a detenerse, pero al hacer el último giro terminó aparcando junto al parque. Paró el motor y bajó del vehículo. Se puso los guantes justo cuando una ráfaga de viento gélido la golpeaba.

Los preparativos para el festival ya casi habían terminado, según podía ver. Todo el parque había sido decorado en tonos rojos, verdes y blancos. De las farolas colgaban enormes guirnaldas de adornos y habían montado un minipueblo de Navidad en el centro del parque. A la derecha, el estanque se había convertido en una pista de hielo y la gente daba vueltas sin cesar a su alrededor, patinando. El pueblo en miniatura incluso tenía una fábrica de juguetes y un sitio donde Papá Noel escuchaba los deseos de los niños. Los renos bailaban dentro de un pequeño corral de madera situado junto a un pequeño edificio verde llamado «Tienda de Elfos».

–¿Demasiado?

Grace se giró de golpe al oír la voz de J. C. a su espalda. Al verle le dio un vuelco el corazón y no pudo evitar recordar ese beso que se habían dado en el túnel del muérdago.

–Es Navidad. No hay nada que sea demasiado en Navidad, como dice mi abuela.

–Espera a ver los cisnes y los enanos bailarines que hemos encargado –le dijo él, riéndose.

–¿En serio?

–No, pero tengo que admitir que se me pasó por la cabeza.

Grace se rio a carcajadas.

–Siempre te gustó hacer las cosas a lo grande, J. C.

–No.

–Oh, ¿en serio? –Grace se recostó contra un árbol y cruzó los brazos–. ¿Recuerdas el picnic? Me cantaste Cumpleaños feliz encima del techo de la glorieta.

–Eso fue… una anomalía.

–¿Y aquella vez cuando pescaste el pez más grande en el concurso anual de pesca?

–Fue la suerte del principiante.

–A lo mejor, pero nadie más dejó ir al pez nada más capturarlo y se dio un chapuzón después.

–Hacía mucho calor.

Grace sacudió la cabeza.

–No lo entiendo. Solías ser tan… espontáneo. Ahora eres todo seriedad y adultez. Es como si esa persona que eras jamás hubiera existido.

–Crecí.

Ella se rio y apartó la mirada.

–No estoy muy segura de eso.

Él puso un dedo justo debajo de su barbilla y la obligó a mirarle a los ojos.

–Has crecido mucho, Grace –le dijo él, deslizando el pulgar a lo largo de su labio inferior.

Grace tomó aliento lentamente. No era capaz de apartar la mirada de él. Sabía que debía alejarse, antes de que las cosas fueran demasiado lejos, pero no lo hizo.

–Todo es teatro.

–No, no lo es –la mirada de J. C. fue a parar a sus labios–. Puede que engañes a otros, pero yo te conozco.

–¿Y qué sabes?

–Que no hacemos más que esquivar este tema.

–¿Qué tema?

–Este.

Se inclinó y la besó de nuevo, esa vez con más lentitud y dulzura. La resistencia de Grace se desvaneció bajo sus caricias y no pudo hacer más que acercarse a él. Enredó las manos en su cabello y tiró de él. Era maravilloso, tanto como lo había sido ese primer beso.

J. C. era un amante formidable. Podía llevarla a lo más alto y devolverla a la Tierra con esas manos suaves, con un mero susurro en el oído. Y deseaba tanto tenerle en su cama…

Se apartó de él con brusquedad.

–Hacemos esto una y otra vez, pero no podemos. No podemos volver atrás. Sería un error –tomó aliento y lo soltó lentamente,

dejando que la cordura reemplazara al deseo–. Sería un gran error.

–Un error que ya hemos cometido.

J. C. buscó su mirada y entonces asintió. El J. C. serio y responsable volvió de repente.

–Pero tienes razón.

–Bien. Me alegra que estés de acuerdo.

Tener razón no aportaba satisfacción alguna, pero Grace prefirió ignorar la decepción que sentía y dio un paso atrás.

–Bueno, concentrémonos en el verdadero motivo por el que estamos aquí. Los festejos –sacó el cuaderno y el bolígrafo–. Quiero hablar contigo de unas cosas.

–No me apetece mucho hablar de trabajo ahora. De hecho, no me apetece trabajar en absoluto. Quiero pasarlo bien un rato –dijo de repente, y el J. C. serio desapareció una vez más.

Esbozó esa media sonrisa que Grace recordaba tan bien, esa que había puesto aquel día cuando habían corrido por los pasillos vacíos del instituto, y el día que se había zambullido en el estanque helado.

–Nos vemos aquí dentro de una hora. Y ponte algo grueso para la nieve.

CAPÍTULO 8

Henry se detuvo en lo alto de la colina, envuelto en ropa como una nube gigante de azúcar. El mono de nieve le tapaba de la cabeza a los pies y cada vez que se movía lo hacía como un robot. Pero había felicidad en su rostro y no dejaba de reírse. J. C. sintió un gran alivio por primera vez en más de un mes. Su madre no estaba del todo implicada con Henry, pero había hecho el primer intento de arreglar las cosas para Navidad, y la cocina olía a asado esa mañana.

Grace subió por la colina. Las botas que llevaba, con su estampado de cebra y el ribete de pelo sintético, eran muy de Grace, raras, pero graciosas.

–¿Ir en trineo? ¿Eso es lo que quieres que haga?

–Sí.

Contempló el largo trineo de madera con ojos escépticos.

–Bueno, si monto yo, tú también.

–No se me da bien. No es mi fuerte precisamente.

–Solo fue un pequeño accidente, J. C. Y fue hace muchos años. Estoy segura de que has mejorado mucho tus destrezas de conducción desde entonces.

Henry le tiró de la manga a J. C.

–¿Vamos, tío Jace?

J. C. había invitado a Grace para que se ocupara de eso precisamente, y así él podría volver al trabajo.

–Lo siento, chaval, no puedo. Vas a bajar con Grace.

Henry frunció los labios.

–Yo quiero que vengas tú también.

–Ya son dos votos para que vengas –dijo Grace, y entonces señaló el trineo–. No tendrás miedo, ¿no? –le dijo de repente.

El reto que acababa de lanzarle despertó algo dentro de J. C., algo que no había sentido en mucho, mucho tiempo, algo que le recordaba a la persona que había sido… antes.

La nieve empezó a caer a su alrededor.

–Muy bien, vamos –dijo con una sonrisa, y llevó el trineo hasta la cima de la colina. Se sentó delante y entonces se volvió hacia Henry–. Sube, colega.

Henry subió al trineo y le rodeó la cintura con ambos brazos. J. C. se volvió y miró a Grace.

–Y ahora usted, señorita.

Ella se rio. Sus miradas se encontraron y J. C. supo que estaba pensando en otro invierno, en otro paseo en trineo. Ella tenía dieciséis años entonces y estaba de visita por Navidad. Se habían dado el primer beso en esa colina, después de chocar contra un banco de nieve. Él la había mirado y por primera vez la había visto de verdad, como mujer, y no como una chica o una amiga.

Y a partir de ese momento nada había vuelto a ser igual.

–¿Seguro que puedo confiar en tus habilidades al volante? La última vez que hicimos esto terminé debajo de un montón de nieve… –Grace bajó la voz– y debajo de ti.

–Me acuerdo.

–Yo también –Grace sonrió.

Era una sonrisa tenue, secreta, solo para él.

Henry miró a uno y después al otro.

–¿Nos vamos?

J. C. se echó a reír y le alborotó el pelo.

–Sí. Ahora mismo –miró a Grace–. ¿Estás lista?

–Todo lo lista que se puede estar.

–Confía en mí, Grace –dijo él, preguntándose si todavía estaban hablando de paseos en trineo.

Ella subió detrás de Henry y apoyó las piernas sobre las de J. C, formando un sándwich humano para proteger al pequeño. J. C. miró esas botas con estampado de cebra que le rodeaban los muslos y sus pensamientos se desviaron durante una fracción de segundo.

–¡Vamos! –exclamó rápidamente, tomando las riendas.

El trineo descendió la colina a toda velocidad, pasando junto a las familias que subían. El aire frío se congelaba sobre el rostro de J. C, le quemaba los pulmones. Se agachó un poco y usó los mandos para dirigir el trineo hacia el claro que estaba en la base de la colina.

Y, entonces, tan rápido como había empezado, el viaje en trineo

llegó a su fin.

Henry fue el primero en bajar.

–¡Ha sido divertido! ¡Quiero hacerlo otra vez!

J. C. no podía estar más de acuerdo con su sobrino. Todo el paseo había sido muy divertido, un descanso de todas las exigencias de la vida. Algo vibró dentro de su bolsillo de repente. Era el aviso de una llamada perdida. Era su director de operaciones, Charles. Ya le había dejado tres mensajes en el contestador.

No podía posponer más el asunto.

–¿Por qué no vas con Grace?

–Muy bien –Henry tomó a Grace de la mano–. ¿Eres buena conductora?

Grace se agachó.

–La mejor. ¿Estás listo?

Henry asintió con la cabeza y ambos subieron al trineo. J. C. contestó a la llamada, sin dejar de mirarles. Mientras descendían por la cuesta no dejaban de reírse y no había más que felicidad en el rostro de Henry. Cuando el trineo se detuvo, el niño dio un salto de alegría.

–¿J. C.? ¿Me estás escuchando?

–Oh, sí.

De repente, se dio cuenta de que no había oído ni una palabra de todo lo que le había dicho su director de operaciones. Se apartó de la colina y miró hacia el estanque. Estaba lleno de patinadores que avanzaban en círculos sobre el agua helada.

–¿Qué has dicho?

Charles continuó informándole acerca del estado financiero de la empresa. Repasó todos los detalles de la siguiente adquisición, algo que le había entusiasmado mucho desde el principio.

Pero eso era antes, antes de regresar a Beckett's Run.

–Te llamo luego, ¿de acuerdo? Mándame las cifras y yo les echaré un vistazo.

–Pero…

–Te llamo luego. No te preocupes tanto –J. C. se despidió y colgó, pero el terminal comenzó a sonar de nuevo de inmediato.

Para cuando terminó la conversación con el contable era su abogado el que le llamaba. Grace y Henry habían llegado a la cima de la colina una vez más y se habían lanzado cuesta abajo sobre el

trineo de nuevo.

–Tío Jace, ¿no vienes? –le preguntó Henry–. ¡Grace va a conducir de nuevo! ¡Va muy rápido!

J. C. arqueó una ceja y miró a Grace.

–No tan rápido. Vamos, Míster Eficiente. Haz novillos un rato más con nosotros.

–No puedo –dijo J. C.

Aún tenía más de una docena de mensajes que revisar.

–Henry, tenemos que irnos a casa.

El rostro de Henry cambió de repente. Toda la alegría del niño se evaporó.

–Muy bien –dijo finalmente sin rechistar.

J. C. sintió que se le partía el corazón. No había discutido ni se había resistido en lo más mínimo. De su boca no había salido ni una sola protesta.

–Si te parece bien, yo me puedo quedar con él un rato – dijo Grace–. Podemos vernos luego en casa de tu madre.

–¿Seguro?

–Sí –miró a Henry–. Hemos hecho buenas migas, ¿no, chaval?

Henry asintió.

–Grace no es una extraña, tío Jace. Es mi amiga. J. C. se rio.

–Creo que tienes razón, colega.

–¿Cómo vas a ir a casa de mi madre? Está demasiado lejos para ir andando. Y no te va a caber el trineo en ese coche de juguete que tienes.

–Nos arreglaremos, J. C.

–Por favor, tío Jace.

J. C. miró al chico. Sus ojos estaban llenos de esperanza. Finalmente, dejó escapar un suspiro. Eran dos contra uno.

–Muy bien. Vosotros quedaos y os lleváis mi camioneta. Yo me llevaré tu coche.

–¿Tú? ¿Vas a conducir mi coche?

–Sé conducir un deportivo.

–Oh, ya sé que sí, antes. Me preguntaba si aún te acuerdas de cómo se hace.

J. C. lo recordaba muy bien. Recordaba aquel deportivo diminuto que le había prestado su primo Mike. Quería impresionar a Grace en la primera cita. La había recogido en la casa de su

abuela y después habían ido a Carol's.

–Yo era un conductor prudente.

–Si hubieras ido más despacio te hubieran arrestado por obstaculizar el tráfico –Grace sonrió de oreja a oreja–. A mí me pareció que tenía mucho… encanto.

–«¿Encanto?» –J. C. arqueó una ceja–. Ya sabes que a los chicos no nos gusta mucho esa palabra.

–Sí, lo sé –dijo Grace en un tono coqueto–. Pero así era. Tenía mucho encanto.

Él se rio.

–Eres una mujer muy testaruda, Grace McKinnon.

Ella se puso seria y le devolvió la mirada.

–Algunas personas dicen que la testarudez es un plus, y no lo contrario.

–Muy cierto –J. C. pensó en su propia carrera, en su camino hacia el éxito. Una parte de todo eso había sido pura tenacidad.

Su teléfono comenzó a sonar por enésima vez. Tomó las llaves de la camioneta y se las puso a Grace en la mano.

–Cuida de él.

–Ya sabes que sí –ella sacó las llaves del deportivo de su grueso anorak y se las entregó–. Y tú cuida de mi coche.

J. C. se quedó unos segundos más para verles subir al trineo de nuevo. Cuando el vehículo comenzó a deslizarse montaña abajo, dio media vuelta y volvió a la vida a la que estaba destinado, una vida que había empezado a odiar.

CAPÍTULO 9

Después del decimoquinto paseo en trineo, Henry ya no pudo más. Grace recogió el trineo y se volvió hacia el aparcamiento.

–¿Vamos a casa de la abuela?

–Sí –dijo el niño, tomándola de la mano.

Grace titubeó un instante y entonces le agarró la mano. Henry caminaba a su lado con tanta confianza, con tanta naturalidad…

Al llegar a la casa de la señora Carson sintió una vieja inquietud. La última vez que había estado allí había visto a J. C. con otra chica. Las palabras de su padre todavía retumbaban en su cabeza.

«No necesita a alguien como tú. Si realmente te importa, sigue tu camino y déjale».

Grace respiró profundamente, salió de la camioneta y ayudó a Henry a bajar. Nadie abría la puerta y Henry bailaba sobre los dos pies a su lado.

–Grace, me estoy haciendo pis.

–Tu abuela no está en casa. ¿Crees que ha ido a la tienda? –Va mucho a la iglesia.

–Oh. Vamos a la casa de mi abuela. Está a la vuelta de la esquina. Llamaré a tu tío para que sepa dónde estamos. ¿De acuerdo?

Cuando llegaron a casa de Mary, esta les recibió con todo el entusiasmo del mundo.

–¡Oh, pero qué delicia de niño! Ven, te voy a dar unas galletas y chocolate caliente…

–Abuela –Grace la interrumpió, riéndose–. Tiene que ir al baño.

Henry la tomó de la mano y entonces supo lo que eso significaba. Quería que le acompañara al servicio. ¿Sabría todo lo que tenía que hacer?

–Eh… ahí está el baño –le dijo, señalando la pequeña estancia que daba al pasillo.

Afortunadamente, Henry entró rápidamente y cerró la puerta.

Ella le esperó fuera, para asegurarse de que no resbalara o se cayera.

El timbre sonó en ese momento. A través del óvalo de cristal de la puerta, Grace vio que se trataba de J. C. De pronto la embargó un gran alivio.

–¿Recibiste mi mensaje?

–Sí. Gracias por ocuparte de él. No esperaba que mi madre fuera a salir. De nuevo.

Sus palabras dejaban claro que había mucho más bajo la superficie. Grace esperó, pero en el fondo sabía que esperaba en vano. J. C. era el mismo de siempre, aquel que levantaba muros alrededor de su vida privada y se guardaba las emociones.

–Bueno, dime la verdad. ¿Le has pisado a fondo el acelerador a mi coche? –le preguntó con una sonrisa, cambiando de tema.

–Claro que no –dijo J. C.

Una sonrisa fugaz le iluminó el rostro.

–Esperé a estar en las afueras del pueblo.

Grace se rio.

–Me alegra ver que no te has vuelto tan estirado como había llegado a creer.

En vez de replicar, J. C. dio media vuelta y llamó a la puerta del baño.

–Henry, ¿estás listo?

El pequeño salió del cuarto de baño. Sus manos, llenas de jabón, goteaban sobre la alfombra.

J. C. se rio y le llevó de vuelta al interior del aseo. Cuando terminó, el niño señaló la cocina.

–Va a hacerme galletas y choco caliente. J. C. dejó escapar una carcajada.

–Chocolate caliente, querrás decir.

–Mamá lo llamaba así.

–Oh, claro –J. C. se puso tenso y miró a Grace de reojo.

Ella le dedicó una sonrisa solidaria. Esos pequeños momentos, cuando el chico recordaba a sus padres, casi le rompían el corazón. Apenas conocía a Henry, pero sí sabía lo mucho que J. C. quería a su hermana. La ausencia debía de ser insoportable para todos.

En ese momento recordó el artículo que quería escribir. Si trataba el tema de la manera correcta, la historia de Henry podía

tocar los corazones de mucha gente.

–Mi abuela hace el mejor choco caliente del mundo, Henry –le dijo al pequeño–. Si vas corriendo a la cocina, seguro que deja que la ayudes.

–¡Bien! –el niño echó a correr por el pasillo y rodeó la esquina.

Grace oyó la voz de Mary. Henry recibiría todos los mimos del mundo durante unos cuantos minutos. J. C. quiso ir tras el niño, pero Grace le agarró del brazo.

–Espera un momento. Quiero pedirte un favor.

–¿Qué clase de favor?

Ella respiró profundamente.

–Quiero que tu sobrino y tú salgáis en mi próximo artículo. Creo que así añadiré un valor humano a lo que de otra manera no sería más que un… –No.

–Ni siquiera me has dejado terminar.

–No hace falta. No quiero ver mi vida privada en una revista, ni tampoco la de mi familia.

–¿Crees que yo haría algo así? ¿Crees que me aprovecharía de vosotros de esa manera?

Él la miró durante unos segundos.

–No. No lo creo.

–Entonces, confía en mí y déjame que os haga una entrevista. O mejor, déjame pasar un poco de tiempo con vosotros y escribiré el artículo a partir de eso. No será nada formal. Solo será un tío y su sobrino, disfrutando de la magia de la Navidad.

–¿Quieres aprovechar la tragedia de mi familia para progresar en tu carrera?

Grace tragó en seco.

–También tendrás la publicidad que necesitas para las fiestas.

–Tengo equipos de televisión y reporteros por todo el pueblo. Además, tú estás escribiendo algo y estás llevando las redes sociales. Habrá muchas Relaciones Públicas.

–Sí, pero serán la clase de artículos que hablan de renos y cisnes bailarines –le ofreció una sonrisa, pero él no se la devolvió–. No será la clase de artículo que toca el corazón de la gente y les hace venir a un sitio como Beckett’s Run porque… –pensó en los patinadores que había visto en el parque. Rodeaban la pista tomados de la mano, riéndose y charlando– es un sitio donde hay

segundas oportunidades.

–¿Por eso estás aquí, Grace?

–No estamos hablando de mí. Estamos hablando de

Henry y de ti.

Él sacudió la cabeza.

–Es lo mismo, Grace. Esquivas los temas personales.

–Mi trabajo es centrarme en las historias, no en mí misma –hizo una pausa y dejó escapar un suspiro–. Muy bien, tienes razón. Estoy aquí en busca de una segunda oportunidad. Mi carrera… bueno, no ha ido muy bien últimamente, y de verdad necesito una buena historia que me ayude a recuperar mi ritmo. Para mí, no se trata solo de promocionar el pueblo, J. C. Se trata de qué voy a hacer cuando me vaya de aquí, y de cómo voy a poder hacerme un hueco de nuevo. Quiero algo que tenga más profundidad que otra reseña de un hotel en otro país.

Él la observó durante unos segundos.

–Muy bien. Yo te ayudaré a encontrar tu historia, pero será una que no esté centrada en mi sobrino. Estoy seguro de que podemos encontrar otro final feliz y sensiblero que te sirva. ¿Trato hecho?

No era lo que Grace quería, pero no tuvo más remedio que tirar la toalla.

–Muy bien.

Él dio media vuelta para marcharse, pero ella le puso una mano en el hombro.

–Seguramente no debería preguntar, y no te diría nada si no fuéramos amigos…

–¿Amigos? ¿Es eso lo que somos?

–Siempre lo hemos sido, ¿no?

–Yo diría que pasamos a ser algo más que amigos hace mucho tiempo.

Las palabras, profundas y oscuras, desencadenaron una oleada de calor que la recorrió por dentro. Imágenes de un pasado ya olvidado emergieron de repente, imágenes de los dos, juntos en el dormitorio de él, una calurosa noche de verano. Sus padres habían salido para asistir a un evento en la ciudad. La ventana estaba abierta y una suave brisa recorría la piel desnuda de Grace al tiempo que J. C. la colmaba de besos y caricias desde la cabeza hasta los pies.

La perfección debía de ser así. Eso recordaba haber pensado cuando le había sentido dentro.

–Pero al final volvimos a ser amigos –le dijo.

Era eso lo que quería creer. Quería creer que aquella tórrida noche de verano que había compartido con él en el pasado podía ser olvidada.

–Bueno, como amiga –le dijo, apurando las palabras antes de que sus pensamientos afloraran a la superficie–, quería decirte que sé que tiene que ser un momento muy difícil para ti, por Henry y por todo, después de la pérdida de tu hermana. Y… –tomó su mano–. Lo siento.

–Gracias.

–Tu hermana era una persona increíble, una fuerza de la naturaleza –sonrió–. Te conozco, J. C. Siempre te lo echas todo a los hombros, pero no está mal que dejes que tu madre haga algo más. Puedes esperar más de la gente que te rodea. Puedes pedir ayuda o admitir que no puedes hacerlo todo tú solo.

Él sacudió la cabeza.

–Eso no va a pasar.

–Creo que…

–Grace, no sabes nada de mi vida. Ya ni siquiera me conoces a mí en realidad, así que no me digas lo que tengo

PÁGINA

que hacer.

Echó a andar por el pasillo y entró en la cocina.

Grace se quedó inmóvil durante un largo rato. Él tenía razón. No conocía a ese hombre serio en el que se había convertido, el millonario al que el pueblo adoraba. A lo mejor jamás había llegado a conocer en realidad a aquel chico con el que pasaba las tardes junto al arroyo.

Y eso era lo que debía tener presente cada vez que la asaltara el recuerdo de aquella noche de verano.

Dos días más tarde, J. C. no pudo sino reconocer que Grace sabía hacer muy bien su trabajo. La maquinaria publicitaria estaba a pleno rendimiento y la promoción de las redes sociales funcionaba

a la perfección. Había cubierto el evento del concurso de decoración con copos de nieve a través de una historia divertida que había tenido mucho éxito, y eso había generado más interés mediático para el concurso de los dobles de Papá Noel.

Estaban llegando cientos de visitantes de las áreas colindantes y los dólares del turismo llovían sobre el pueblo, tanto así que había atascos en los principales accesos al centro. Todo el pueblo esperaba con ilusión el evento previo a Navidad y los medios habían reforzado la cobertura.

Grace lo había hecho todo sin su ayuda. Solamente había tenido que llamarle una vez. Y él, por su parte, había terminado con la fusión en un tiempo récord, y eso había acabado con el estrés que atenazaba a su director de operaciones.

J. C. sabía que debía estar agradecido. Después de todo, por eso le había pedido a Grace que fuera parte del equipo. Y sí se sentía agradecido.

De alguna forma…

Pero no podía sino admitir que echaba de menos verla y hablar con ella. Después del desencuentro que habían tenido en la casa de su abuela, ella le había dicho que tenía trabajo que hacer y le había dejado allí con Henry, que iba a tomarse el chocolate caliente. En los días que habían pasado desde entonces había mantenido las distancias.

Pero aquellos besos que habían compartido no hacían más que aflorar a la superficie. J. C. dejó escapar un suspiro y marcó el número de su despacho.

–No me puedo creer que hayas logrado zanjar esa fusión, J. C. –le dijo Charles–. Y en un tiempo récord, por si fuera poco. Sé que todo el mundo está encantado de tener las vacaciones libres.

–Entonces, ¿te vas a ir a Cancún con tu mujer y tus hijos?

Charles suspiró.

–Nah, eso lo dejo para más adelante. Mi mujer está tan enfadada que el único regalo que tendré estas Navidades será un montón de carbón.

–Deberías ir –dijo J. C. Sabía que Charles llevaba meses planificando ese viaje. Se suponía que iba a ser una segunda luna de miel–. Yo lo tengo todo bajo control.

–J. C., ya tienes bastante con lo tuyo. Necesitas a alguien aquí en

la ciudad para que…

–La empresa no se va a venir abajo si los dos estamos fuera de la oficina al mismo tiempo.

–Pero no será buena cosa que no estemos ninguno de los dos, y lo sabes. La última vez que faltamos los dos…

–Te preocupas demasiado. No pasará nada. Ve y haz el viaje.

Charles quiso interrumpirle, pero J. C. no le dejó.

–Es una orden. La vida es demasiado corta para pasarla en un despacho.

–¿Sigo hablando con el mismo J. C.? ¿El que hace más horas que nadie en la empresa?

–Oye, es Navidad. Tómatelo como un regalo y corre.

–Muy bien, muy bien. Acabas de hacer muy feliz a mi esposa, J. C. –Charles se rio–. Pero cuando volvamos a la oficina…

–El trabajo seguirá ahí.

J. C. se despidió y se apoyó contra un árbol. La tormenta de invierno tomaba velocidad a su alrededor.

«La vida es demasiado corta para pasarla en un despacho», sus propias palabras retumbaron en su cabeza.

Observó cómo caía la nieve durante un largo rato. Recordó la risa alegre de su sobrino, y también la voz juguetona de Grace.

«Apuesto a que todavía hay un roquero dentro de ti».

Llevaba tanto tiempo sin tener una guitarra en las manos… A lo mejor ya ni recordaba cómo tocar Smoke on

the Water.

De pronto, se dio cuenta de lo que quería.

CAPÍTULO 10

Había un gran bullicio en el parque. Grace tenía el bolígrafo y el cuaderno listos y también había llevado una pequeña grabadora para recoger todos los comentarios posibles. A su lado, la gente se preparaba para el concurso de muñecos de nieve, uno de los últimos eventos planificados para Navidad. Había dos docenas de competidores, en fila junto a montones de nieve, listos para hacer un muñeco de nieve.

Grace sabía que debía concentrarse en los participantes, y en su propio trabajo, pero finalmente terminó buscando a J. C. Henry estaba a su lado, expectante y feliz.

–¿Puedo ir a verlo?

–Claro –fue detrás del niño y se paró junto a los participantes.

J. C. estaba al otro lado del parque, hablando con el equipo de construcción al tiempo que colocaban unos elementos de última hora. Nochebuena era al día siguiente y el aire vibraba con la emoción del momento. Todavía tenía pendiente conseguir su historia. J. C. le había presentado a varios residentes del pueblo con conmovedoras historias que contar, pero ninguna de ellas le había encogido el corazón tanto como la de Henry. El niño observaba los muñecos de nieve con cierta nostalgia. De repente, pensó que quizás sería buena idea hablar con él.

–Oye, vamos a hacer el nuestro –le dijo–. ¿Quieres?

–A mí se me da muy bien hacer muñecos de nieve. Lo dice el tío Jace. Me ayudó a hacer uno cuando la nieve llegaba hasta aquí –se tocó el pecho–. Era un muñeco de nieve enorme.

–No me cabe duda.

Grace se inclinó y comenzó a formar una bola de nieve que sirviera de base. Henry se unió a la tarea. Echó a un lado la bola gigante y se puso a hacer otra. Grace le dejó ocuparse de la cabeza y entonces se puso a hacer una tercera bola.

–Quiero ponerla arriba –dijo Henry–. Por favor.

–Eh… de acuerdo –Grace se agachó y le levantó. El niño no

pesaba casi nada en sus brazos.

Henry puso la última bola en lo alto, a modo de cabeza.

Ambos retrocedieron y contemplaron la obra con orgullo. El pequeño la agarró de la mano, como hacía siempre. Ya estaba empezando a acostumbrarse a ese gesto tan dulce.

–A mi madre le encantaban los muñecos de nieve.

–¿Hiciste alguno con ella?

Henry asintió.

–Le llamamos Reinaldo, porque parecía un rey.

Grace se rio.

–Bueno, es el nombre perfecto.

Se agachó al lado del niño y comenzó a moldear la nieve a modo de brazo.

–¿Cómo era tu mami?

–Era muy buena. Le gustaba ver dibujos conmigo.

Fue como si alguien acabara de apretar un interruptor. Henry empezó a hablar sin parar sobre su madre y su padre mientras le daban forma al muñeco. Le habló de los macarrones con queso de su madre, de las historias sobre Papá Noel que le contaba su padre.

El corazón se le encogía más y más a cada momento. Podía sentir la nostalgia que había en la voz del pequeño.

–Un muñeco de nieve genial.

Grace se giró de golpe al oír la voz de J. C. Cada vez que le veía le daba un vuelco el corazón y se le olvidaba respirar.

–Gracias. Henry lo ha hecho casi todo. Ha sido el cerebro que está detrás de todo.

Henry esbozó una sonrisa radiante.

–Le he puesto pelo, tío Jace. ¡Como tú! J. C. dejó escapar una carcajada.

–¿Pelo? Bueno, eso es muy creativo, colega. Yo diría que merece el primer premio.

–¿Puedo bajar por el tobogán de nieve? –preguntó Henry, señalando hacia el otro lado del parque.

Por la mañana, el equipo de montaje había apilado nieve sobre el tobogán infantil y los niños se tiraban una y otra vez.

–Claro. Pero ten cuidado.

Para cuando terminó la frase, Henry ya había echado a correr.

–Está todo entusiasmado con la Navidad. Es la única manera que

he encontrado para conseguir que se vaya a la cama por la noche.

–Yo recuerdo a alguien que también se emocionaba mucho con la Navidad –le dio un pequeño codazo.

–No te referirás a mí –J. C. sonrió–. De acuerdo. A lo mejor cuando era pequeño. Pero la Navidad era la única fiesta que mi madre celebraba por todo lo alto, y era imposible no emocionarse.

–A mi abuela también le encanta la Navidad. Creo que cada vez tenía más ganas de celebrarla porque sabía que nosotras tres estábamos aquí sin nuestra madre. Las pocas vacaciones que mis hermanas y yo pasamos con nuestra madre siempre estaban llenas de planes de última hora, cosas como salir corriendo rumbo al supermercado a primera hora en la mañana de Navidad porque había olvidado llenar los calcetines o porque no había nada de comer en casa. Hacía un gran plan para las fiestas, pero entonces se distraía con algo como tejernos unos jerséis y al final casi nos perdíamos las fiestas.

Grace agarró un puñado de nieve y dejó caer los copos poco a poco.

–Supongo que es por eso por lo que nunca me han entusiasmado mucho las fiestas.

–Así evitas la decepción antes de que pase.

–Algo así.

–Lo entiendo. ¿Por eso has evitado tanto Beckett's Run en los últimos años?

–No fue solo por la Navidad. Hubo muchas más cosas, y tú lo sabes.

–Saliste huyendo de aquí, Grace. Y no miraste atrás.

Grace se volvió hacia él.

–¿Es eso lo que crees que pasó? ¿Crees que no me hizo daño lo que me hiciste? ¿Crees que seguí mi camino como si nada y que olvidé todo lo que pasó?

–¿Qué daño? –J. C. arqueó una ceja–. Fuiste tú quien se fue, Grace, sin decir ni una palabra.

–Porque tú me dijiste que me fuera –Grace sacudió la cabeza–. Cuando recibí esa llamada… –¿Qué llamada?

–La llamada que me hizo tu padre y que tú le mandaste hacer. Ni siquiera fuiste capaz de decírmelo en persona, J. C. –Grace sacudió la cabeza y maldijo las lágrimas que aparecían en sus ojos–.

Olvídalo –dio media vuelta, pero J. C. la agarró del brazo y la hizo girarse hacia él.

–No le dije a nadie que te llamara, Grace. Pensaba que te habías ido porque yo no había aparecido el día que íbamos a marcharnos para hacer ese viaje. Yo fui a la casa de tu abuela al día siguiente para hablar contigo y para contarte lo que había pasado, pero ya no estabas. Fuiste tú quien no estuvo ahí para mí, así que no vengas ahora a echarle la culpa a una supuesta llamada.

–¿Qué quieres decir? ¿Qué fue lo que pasó?

–¿No lo sabes?

Ella sacudió la cabeza. Se había marchado del pueblo a toda prisa y no había vuelto a mirar atrás. Había parado en Beckett's Run un par de veces para hacerle una visita de un día a su abuela, pero nunca se había quedado el tiempo suficiente como para encontrarse con alguien. Siempre huía a toda velocidad para que nada pudiera recordarle aquello que había perdido.

–¿Qué es lo que tengo que saber?

–Mi padre sufrió un ataque al corazón ese día. No me presenté porque mi madre tuvo que llevarle al hospital de urgencia y yo tuve que quedarme en casa, cuidando de mi hermana.

Grace no daba crédito a lo que oía. Un profundo remordimiento se apoderó de ella.

–No tenía ni idea, J. C. En absoluto.

–¿De verdad no lo sabías?

Ella sacudió la cabeza.

–Hubiera estado ahí. Lo sabes.

–Durante todos estos años he creído que te habías ido porque no querías enfrentarte a ello.

¿Era así como la veía? ¿Como a una mujer que salía huyendo cuando sus seres queridos más la necesitaban?

–Yo me hubiera quedado, J. C., si lo hubiera sabido – respiró profundamente y siguió adelante–. De hecho, fui a tu casa antes de irme. Iba a hablar contigo sobre la llamada, pero te vi hablando con una chica y…

–¿Una chica? –J. C. se detuvo un instante. Trató de hacer memoria–. Era mi prima, Grace. Mi tía vino para ayudarnos con la casa, y yo estaba hablando con mi prima, porque mi mejor amiga se había ido.

–¿Tu mejor amiga?

–Tú.

Se hizo el silencio durante unos segundos.

–Lo siento.

–No tiene importancia, Grace. Ahora lo entiendo. Además, ya hace muchos, muchos años.

–De todos modos, me gustaría poder volver atrás y hacer las cosas de otra forma –Grace soltó el aliento–. Pero ¿por qué hizo eso tu padre? Si no le gustaba vernos juntos, podía decírmelo sin más. ¿Por qué mentir y decirme que el mensaje venía de ti?

J. C. miró a Henry. El niño estaba con otros chicos, riéndose y jugando mientras se turnaban para tirarse por el tobogán.

–Pensaba que me distraías.

–¿Yo? ¿Distraerte de qué?

–De mi «destino» –J. C. enfatizó la última palabra–. Llevar la empresa y cuidar de la familia. Se dio cuenta de que me estaba saliendo del camino marcado cuando me fui contigo e hicimos todas esas locuras. Desde entonces no hizo más que tratar de encarrilarme de nuevo. Pero yo no quería. Y entonces se enteró de nuestros planes y creo que eso fue la gota que colmó el vaso. Nunca pensé que llegaría tan lejos –J. C. dejó escapar un juramento–. Lo siento mucho, Grace.

–No es culpa tuya. Tú ni siquiera lo sabías –Grace volvió a agarrarle del brazo.

La tensión que le atenazaba parecía remitir poco a poco.

Se volvió hacia ella. Su mirada buscaba el perdón, buscaba una forma de volver a ese puente que había entre ellos.

–Yo debería haber sabido que tú jamás hubieras hecho algo así.

Era una conversación que deberían haber tenido mucho tiempo antes. De alguna forma se había convertido en su madre. Había salido huyendo al encontrarse con el primer obstáculo.

–A lo mejor deberías haberte quedado un par de días, pero al final te hubiera entrado el gusanillo y te hubieras puesto en camino de todos modos. Eso es lo que haces, Grace, incluso cuando alguien te necesita.

Había dolor en sus palabras. Se había pasado muchos años pensando que había sido él quien la había traicionado, sin saber que él pensaba lo mismo. Le había dejado en la estacada en el momento

más crítico.

–Me hubiera quedado unos días, sí. Y podríamos haber hecho ese viaje, una vez estuviera todo bajo control, cuando tu padre hubiera mejorado. Podríamos haber ido tras esos sueños. Los dos queríamos irnos de aquí, ¿recuerdas?

–Eso era un sueño alocado. Y menos mal que nunca llegó a pasar.

–¿Qué quieres decir? Tú querías irte tanto como yo. Terminaste quedándote, trabajando en una oficina el día entero. Eso es lo contrario de lo que querías.

–No importa lo que quisiera. ¿No lo entiendes? Mi familia me necesitaba y yo tenía que estar ahí. Mi padre pasó años enfermo. Empecé en la universidad y trabajaba después de clase. Pasaba las vacaciones con él, aprendiendo el negocio, intentando mantenerlo a flote para que mi familia pudiera pagar las facturas y para que la gente que trabajaba para él tuviera sus salarios a fin de mes. La gente dependía de mí, Grace. No podía irme así como así, en busca de un sueño absurdo.

Sus palabras golpearon a Grace como una bofetada.

–Ese sueño absurdo era importante para ti.

–Y cuidar de mi familia también lo era.

Había empezado a nevar. Unos finos copos caían sobre el cabello de J. C.

–El día después de graduarme en la universidad, mi padre murió. Y yo tuve que asumir la responsabilidad de todo. Nunca les abandoné.

–Pero… ¿por qué? Nunca quisiste esa vida. Nunca quisiste estar atado a esa empresa, a él.

–Pero la gente dependía de mí, Grace, gente que necesitaba esa nómina cada dos semanas. Y eso significaba que tenía que haber un Carson al frente de todo. A lo largo de los años la empresa ha llegado a ser muy grande, y ahora es como un gigante que tengo que vigilar constantemente.

Parecía estresado, desbordado.

–Vende la empresa, entonces. Sigue adelante. Vive tu propia vida.

–No es tan sencillo, Grace. No puedo quitármela de encima como si fuera un abrigo.

–Claro que puedes. ¿Por qué tienes que quedarte para hacer que sea más grande?

Él frunció el ceño.

–No trato de demostrar nada.

–Sí has demostrado que tienes miedo de dar ese paso hacia lo desconocido. Tienes miedo de hacer la maleta y dejarlo todo atrás sin más –se inclinó hacia él–. ¿Es porque tienes miedo, J. C.? ¿Tienes miedo de estar solo? ¿Tienes miedo de fracasar?

–Y eso lo dice la experta en esquivar ataduras. Eres tú quien tiene miedo, Grace. No yo.

–Yo he subido montañas y he estado al borde de volcanes, J. C. No tengo miedo de nada.

Él salvó la distancia que les separaba y le sujetó la barbilla con un dedo.

–Tienes mucho miedo de quedarte en un solo sitio. Tienes miedo de sentar la cabeza. Y, sobre todo, tienes miedo de entregar tu corazón.

Ella sacudió la cabeza.

–Eso ya lo hice. Contigo. Hace mucho tiempo. Pero nunca hubiera salido bien, ¿no? Tú vas a seguir queriendo quedarte aquí y yo voy a seguir queriendo marcharme.

–¿Qué tiene de malo quedarse aquí?

Ella miró a su alrededor. Las risas de la gente flotaban hasta ellos a través de la nieve. A lo lejos se oían villancicos. Era el espíritu de la esperanza, de la familia, de la alegría.

–He aprendido que nada es para siempre, J. C., sobre todo las cosas de las que más dependes.

Dio media vuelta y se marchó, apretando el cuaderno contra el pecho. Era su billete de salida de Beckett's Run, y no iba a dejarlo escapar.

Las luces parpadeaban, los adornos brillaban. Cuando llegó a casa, J. C. se encontró con el árbol de Navidad completamente decorado. Su madre y Henry estaban parados delante, admirando el trabajo hecho. Henry estaba feliz, y la señora Carson estaba cansada, pero parecía contenta por primera vez en mucho tiempo.

–¡Tío Jace! ¡Hemos puesto el árbol! ¡Y los calcetines! ¡Y los

regalos! –Henry agarró a su tío de la mano y tiró de él, haciéndole recorrer todo el salón, señalando todo lo que habían hecho esa tarde.

–Está todo precioso –dijo J. C., mirando a su madre–. Precioso.

–Gracias.

Sus palabras eran mucho más que un simple cumplido. La señora Carson le agarró de la mano y se la apretó con fuerza. Habían recorrido un doloroso camino, pero el sol parecía asomar al final del mismo por fin.

–Henry y yo vamos a hacer galletas después de la cena. ¿Quieres ayudarnos?

–A lo mejor luego. Me han invitado a cenar.

La señora Carson arqueó una ceja.

–¿Grace?

–La abuela de Grace. Quería darme las gracias por haberle quitado la nieve de la entrada de la casa. No sé si Grace va a estar o no… –se encogió de hombros–. ¿Quién sabe?

–¿Os habéis peleado?

–Hablamos de algunas cosas de las que debíamos haber hablado hace mucho.

La conversación seguía retumbando en su cabeza. Habían pasado todos esos años sin hablar por culpa de un malentendido.

PÁGINA

No había sido un malentendido en realidad, sino una interferencia.

J. C. sintió un profundo resentimiento. Después de todo lo que había hecho por su padre, por la empresa de la familia. ¿Por qué se había empeñado en interponerse así entre Grace y él?

–He pasado todos estos años pensando que Grace se había ido sin mí. Resulta que la historia era mucho más compleja.

–Henry… –la señora Carson se agachó para hablar con su nieto–. ¿Te gustaría ver una película de Papá Noel hasta que esté lista la cena?

–¿La de los renos? ¡Me encanta! –Henry se subió al sofá y esperó a que le pusieran la película.

La madre de J. C. señaló la cocina y ambos se dirigieron hacia allí. J. C. se sentó frente a la mesa mientras su madre preparaba

unos espaguetis con tomate.

–Yo sabía lo de la llamada –le dijo ella.

–¿Lo sabías?

–Cuando estaba en el hospital me dijo lo que había hecho. Para entonces, Grace ya se había ido y tú estabas trabajando en la empresa, pero yo no dije nada porque… – soltó el aliento–, no quería que las cosas empeoraran. Siempre era más sencillo mantener la paz que ir a la guerra.

Ese había sido el trabajo de su madre: calmar las aguas y tender puentes. J. C. se preguntaba si había sido feliz casada con su padre, o si había aguantado por los niños. No obstante, era muy tarde para hacer esas preguntas. Además, tampoco quería saber las respuestas.

Fue hacia su madre y le dio un sentido abrazo.

–No tiene importancia, mamá. Entiendo por qué lo hiciste.

Ella se volvió en sus brazos. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

–Él estaba orgulloso de ti, aunque nunca te lo dijera. J. C. se dejó caer sobre una silla.

–Decía muchas cosas, mamá. Pero nada era bueno nunca.

Su madre dejó sobre la mesa la cuchara que tenía en la mano. Se sentó frente a su hijo y puso la mano sobre la de él.

–Lo has hecho más que bien, hijo mío. Has superado todos los sueños que tu padre y yo teníamos para ti. –Financieramente, sí, pero en el aspecto personal… –J. C. soltó el aliento y apartó la mirada–. Dejé a un lado muchas cosas cuando me hice cargo de esa empresa.

–Ahora tienes una oportunidad de tener todo eso que te perdiste. No dejes que la vida siga pasando de largo.

–Alguien tiene que ocuparse de la empresa, mamá, y cuidar de Henry. Y…

–Y tú puedes pedir ayuda. Henry estará bien aquí conmigo, y la empresa estará bien si dejas tu puesto y permites que alguien tome las riendas. Ya has hecho dinero, J. C. Has demostrado lo que tenías que demostrar.

–No es tan fácil, mamá, alejarse así.

–Sí que lo es. ¿De qué tienes miedo?

–No tengo miedo.

Su madre le dio una palmadita en la mano. Se puso en pie y agarró la cuchara de nuevo.

–Entonces ve a por lo que quieres, J. C. Es Navidad, tiempo de milagros y esperanza, y de nuevos comienzos.

Le dio un beso en la sien, como si volviera a tener seis años de edad y fuera su primer día de colegio.

A lo mejor era así. J. C. se puso en pie y agarró su abrigo. Se dirigía hacia el primer día de algo nuevo, algo que se había negado a sí mismo durante muchos años. A lo mejor su madre tenía razón y era hora de hacer todas esas cosas que había pospuesto durante tanto tiempo.

Arriesgarse a llevarse una gran decepción y a sufrir un gran rechazo.

CAPÍTULO 11

El timbre sonó justo antes de la cena. Grace terminó de arreglarse el pelo y se dirigió hacia las escaleras. La abuela no le había dicho que fueran a tener compañía para la cena, y sabía que sus hermanas no llegaban hasta el día siguiente, que era Nochebuena.

Habían cenado con su madre dos veces esa semana. Las reuniones habían sido breves y tensas en ambas ocasiones, y Grace había utilizado su trabajo en los festejos como excusa para marcharse antes. No era que no quisiera a su madre, pero estaba cansada de creer en un cambio que jamás llegaría.

Pensó en el artículo que había escrito después de hacer el muñeco de nieve con Henry. Todavía tenía que mandar el correo electrónico, porque, por primera vez en mucho tiempo, estaba nerviosa, no solo por lo que el editor tuviera que decir, sino también porque su perspectiva del artículo había cambiado mientras lo escribía.

Ya no se trataba de salvar su carrera. Se trataba de compartir una parte de su corazón. Conseguir o no un trabajo en Social Issues se había convertido en algo secundario.

El timbre sonó de nuevo.

–¡Ya voy! –gritó la abuela de Grace–. Un momento.

Grace se detuvo en lo alto de la escalera al tiempo que su abuela abría la puerta. Lydia entró en la casa como si la hubiera llamado con el pensamiento. Iba acompañada de Greg McKinnon.

Contempló a sus padres, divorciados, casados por segunda vez y divorciados de nuevo.

–Hola, Grace. Hola, Mary –dijo Lydia–. Y… bueno, sorpresa.

Grace no daba crédito a lo que veía.

Su abuela fue la primera en dar un paso adelante. Abrazó a su hijo y después a su antigua nuera.

–Me alegro mucho de veros.

Grace se quedó donde estaba, tratando de asimilar la visión.

¿Sus padres estaban juntos de nuevo? ¿Cuándo había ocurrido? Lydia agarró la mano de Greg y se la sujetó con fuerza. Le sonrió a la abuela.

–Gracias por invitarnos a cenar.

–¿Los has invitado a cenar? –preguntó Grace, bajando hasta la mitad de las escaleras.

Mary asintió con la cabeza.

–Tu madre me dijo que tu padre llegaba hoy y pensé que la mejor manera de juntar a toda la familia era cenar esta noche.

–Me alegro de que nos hayas invitado, mamá –Greg miró a Lydia, sonrió y luego levantó la vista hacia su hija.

–Sé que es una sorpresa, cariño, pero no queríamos decir nada hasta estar seguros.

–¿Seguros? ¿De qué?

Él sonrió de oreja a oreja.

–Bueno, tu madre y yo hemos estado hablando durante las últimas semanas, sobre todo por teléfono, algunas veces en persona.

–Varias veces en persona –apuntó Lydia, sonriendo.

–Bueno, cuando nos dimos cuenta de que vosotras ibais a estar todas aquí al mismo tiempo, pensamos que era el momento de hacerlo oficial y venir a casa por Navidad. –¿Qué hay que hacer oficial? –preguntó Grace, cada vez más atónita.

–Hemos vuelto, esta vez para siempre.

Las palabras parecieron retumbar en las paredes del vestíbulo. Mary les dedicó una avalancha de preguntas y de buenos deseos. Grace permaneció en mitad de las escaleras. Se preguntaba cómo se tomarían todo aquello sus hermanas. –¿Qué ha cambiado? –les preguntó.

La conversación se detuvo bruscamente y todos se volvieron hacia ella.

–La última vez que tuve ocasión de comprobarlo, los dos seguíais siendo las mismas personas de siempre, aunque un poco más viejos. Y eso significa que os llevaréis bien durante algunas semanas o meses, y entonces ¡zas!, terminaréis odiándoos el uno al otro. Al menos esta vez no habrá niños pequeños en medio del fuego cruzado.

Lydia fue hacia su hija.

–Ahora somos mayores y más sabios, Grace. Nosotros… –Es un

poco tarde para eso, ¿no crees?

Grace bajó las escaleras y tomó su abrigo del perchero.

Abrió la puerta y salió al crudo frío del invierno, sin escuchar las palabras de su madre.

–Esta vez las cosas son diferentes… –volvió a decir Lydia.

Grace ignoró sus palabras. ya las había oído antes.

J. C. encontró a Grace sentada en el porche, acurrucada dentro de su grueso abrigo. El aliento se le congelada, formando nubes a su alrededor. El cielo auguraba más nieve.

Ella le dedicó una amarga sonrisa.

–Apareces como un diente de león, donde quiera que esté.

–Es un sitio pequeño.

–No tanto.

–Cierto –J. C. señaló hacia ella–. Pareces algo triste.

–Mis padres están aquí. Y mis hermanas están de camino –Grace dibujó un círculo en el aire–. Seremos una gran familia feliz durante las vacaciones.

–Eso es bueno.

La forma en que arqueaba la ceja no pasó desapercibida para J. C.

–¿No?

–Ya conoces a mi familia. Nunca hemos sido felices. Mis padres se separaron y se peleaban más que cuando estaban juntos. Mis hermanas y yo… bueno, nunca nos hemos llevado muy bien.

–¿Por qué?

–No lo sé. Rivalidad entre hermanas, supongo.

–¿Quieres hablar de ello?

–No –Grace se mordió el labio inferior–. Sí. Pero… –Pero ¿qué?

Ella se volvió hacia él.

–¿Qué somos J. C.? ¿Amigos? ¿Más que eso? ¿Antiguos enamorados?

Él sonrió.

–¿Qué tal si escogemos la opción «D», es decir, todas las anteriores.

–Eso no es una respuesta.

–Si no te gusta, haz otra pregunta.

–Eres un tipo frustrante.

–¿Yo? Soy fácil. A algunos incluso les caigo bien.

–¿A algunos?

–Bueno, las opiniones que cuentan son unas pocas –le dedicó otra sonrisa–. Vamos, Grace. Apóyate en mí un poco.

Ella se mordió el labio inferior y entonces le miró. La capucha de su abrigo le tapaba casi todo el rostro.

–Eso es lo que siempre he hecho. El problema es que tú nunca lo has hecho conmigo.

Una brisa helada les golpeó. Los coches pasaban por la calle. Sus neumáticos aplastaban la nieve.

–Desde que te conozco, J. C., nunca me has contado nada de tu familia o de tu vida. Lo que sé lo he tenido que averiguar yo sola, después de verte con tus padres.

Él se inclinó hacia delante. Apoyó los codos sobre las rodillas. Un frío sudor le recorrió la espalda.

–No lo entiendes, Grace, lo duro que es para mí. Yo no crecí en una casa en la que estuviera bien mostrar las emociones. De hecho, mostrar cualquier emoción era… –J. C. soltó el aliento–. Bueno, era un síntoma de debilidad que había que corregir.

–Y, sin embargo, tú querías que yo me sincerara contigo –Grace levantó un hombro y luego lo dejó caer–. Eso no es amistad. Ni siquiera es una relación.

–Me he convertido en mi padre.

Grace no dijo nada. No hacía falta. El silencio hablaba por sí solo.

–Durante toda mi vida he jurado no ser como él, y, sin embargo, aquí estoy, trabajando en su escritorio, pasando la vida en su despacho y alejándome de la gente que tengo a mi alrededor –masculló un juramento–. No era eso lo que yo quería.

–No eres como él, J. C. Estás aquí, en el pueblo, con tu madre y con Henry. Estás…

–La mitad del tiempo que estoy aquí lo paso trabajando. Más bien paso trabajando dos terceras partes del tiempo. Eso no es estar con mi madre, o con Henry o contigo. Eso es ser… –J. C. soltó el aliento– él.

–Entonces, deja de hacerlo. Si no te gusta tu vida, cámbiala, J. C.

–Mi madre me dijo casi lo mismo –J. C. sacudió la cabeza–. Pero es más fácil decirlo que hacerlo. La empresa cuenta conmigo. Mi familia cuenta conmigo. Todo el pueblo cuenta conmigo. No puedo defraudar a toda esa gente.

–Siempre podrías hacer lo que hago yo: subirte al próximo avión y salir huyendo.

Él sonrió.

–Eso no tiene gracia. De acuerdo, a lo mejor sí que tiene un poco. Casi puedo ver los titulares si lo hiciera… ¿Cómo lo hiciste?

–¿El qué? ¿Partir hacia destinos desconocidos? –Grace se encogió de hombros–. Asusta un poco, sobre todo cuando viajas sola. El primer viaje, cuando me marché de Beckett's Run, fue el que más miedo me dio. Nunca había viajado y nunca había salido del estado de Massachusetts. Pero sabía que, si era capaz de arreglármelas, podría con cualquier cosa.

–¿Y ahora? ¿Sigues estando lista para subirte al próximo avión?

–Una parte de mí siempre lo está. Cuando me quedo demasiado tiempo en un sitio, me pongo… ansiosa.

–¿Y ahora te sientes ansiosa?

–Ahí vas de nuevo. Ya estás convirtiendo la conversación en una confesión de Grace McKinnon –le sonrió. Era una sonrisa que le dejaba claro que no iba a contestar a la pregunta–. No estamos hablando de mí, ¿recuerdas?

–Las viejas costumbres nunca mueren –le dijo él con una sonrisa–. Pero tienes razón en lo que dices sobre mí. Siento no haberme abierto a ti nunca. Debería haberlo hecho. A lo mejor entonces podríamos haber evitado lo que pasó aquel último día, porque tú hubieras sabido que yo jamás le hubiera dicho a mi padre que te llamara así.

Grace entrelazó las manos alrededor de las rodillas.

–Creo que una parte de mí sí lo sabía, pero estaba tan herida que me resistía a creerlo.

–A partir de ahora, te juro que… te contaré mis más profundos y oscuros pensamientos.

Ella se rio.

–Eso nos podría llevar por un camino muy peligroso.

–Sí, podría ser.

La agarró de la mano. Ella se acercó a él. Cada vez que se

tocaban, esa descarga de energía que ya le resultaba tan familiar le recorría por dentro y el deseo bullía en sus venas.

–¿Eso sería tan malo? ¿Ir por ese camino peligroso?

Ella le sostuvo la mirada durante unos segundos y J. C. se preguntó si pensaba en aquellos largos días de verano que pasaban junto al arroyo, o en los paseos por el parque, o en esos últimos días, cuando la llama parecía haber vuelto a encenderse.

Finalmente, ella le soltó la mano con un suspiro y J. C. supo que sus pensamientos no discurrían por los mismos derroteros.

–No lo sé, J. C. Miro a mis padres y pienso que la gente está loca por casarse. Se han juntado y se han vuelto a separar tantas veces como si fueran dos interruptores de la luz. Se casan, se divorcian, empiezan a salir de nuevo, se casan otra vez… y entonces se dan cuenta de todas las razones por las que rompieron y tienen una gran pelea, y vuelta a empezar –se mordió el labio inferior.

Una profunda tristeza la embargó.

–Mis padres no eran capaces de mantenerse juntos porque querían cosas totalmente distintas de la vida. Mi padre es el trabajador, y mi madre es como un colibrí, yendo de flor en flor.

J. C. comenzó a entender lo que trataba de decirle. –Piensas que nosotros somos iguales.

–Somos exactamente iguales. No puedo repetir eso, J. C. He visto en primera persona lo destructiva que puede llegar a ser esa dinámica, no solo en lo que a ellos se refiere, sino también para mis hermanas y para mí. Nunca sabíamos quién iba a estar en el salón por la mañana cuando nos levantábamos. Mis padres se querían, pero eso no era suficiente.

–Eso no significa que vayamos a terminar igual.

–Sí terminaríamos así –dijo ella, llena de resignación.

J. C. se dio cuenta de que la batalla estaba perdida incluso antes de empezar.

–Te conozco desde hace mucho tiempo, J. C., pero hoy me he dado cuenta de que soy yo quien habla la mayor parte del tiempo. Tú te lo guardabas todo. Me decías una y otra vez que era yo quien huía, pero tú también, J. C. Huías y te escondías detrás de esta pared que has levantado y que te separa del resto del mundo. Sigue ahí, aunque me digas que ya no. Quieres que confíe, que me arriesgue, y, sin embargo, tú no haces ninguna de esas cosas.

–Sí que confío en ti.

–No, no confías –se sacó unos papeles del abrigo–. ¿Recuerdas que te dije que quería escribir una historia sobre Henry? ¿Recuerdas que me dijiste que no?

–No quería que lo hicieras porque…

–Porque no confiabas en que yo pudiera hacer las cosas bien. Pensabas que iba a convertir a tu sobrino y a tu familia en un artículo sensacionalista. Ese es el problema. Me conoces, J. C., y sin embargo no confías en mí. ¿Se trata de mí? ¿O de ti?

–Grace…

Ella le puso los papeles en la mano, interrumpiéndole.

–Léelo, por favor –se puso en pie y se abrochó el abrigo hasta el cuello–. Y después me dices si he sido tan egoísta como pensabas – dio un paso y bajó del porche.

–¿Adónde vas?

Ella miró hacia la calle y entonces alzó la vista hacia el pueblo que se extendía más allá.

–A cualquier sitio antes que quedarme aquí.

–No te vayas. Es casi Navidad –J. C. intentó agarrarla–.

Por lo menos quédate hasta que pasen las fiestas. Beckett's

Run es un sitio estupendo, uno de esos pueblos que te envuelve si lo dejas, Grace.

Ella sacudió la cabeza.

–Yo no pertenezco a este pequeño pueblo, J. C. No importa qué día del año sea.

–¿Eso cómo lo sabes? No puedes saber qué tienes, o lo que realmente quieres, si te vas una y otra vez, Grace.

Sus palabras fueron en vano. Ella ya había bajado los escalones y se dirigía hacia la tormenta que se estaba formando.

Grace caminó durante horas, atravesando el pueblo que tan bien conocía. Cuando llegó a casa de su abuela todo estaba en silencio. No había ni una luz encendida. Todo el mundo había salido y su abuela se había ido a la cama pronto. Le había dejado una nota y un plato con la cena sobre la encimera de la cocina.

Te hemos echado de menos en la cena, pero te he guardado algo de pollo. Que duermas bien, cariño. Todo tiene mejor aspecto por la mañana. Un beso de la abuela.

Grace tomó el plato y se llevó la nota a su habitación.

Miró su mochila, apoyada contra la puerta, lista para salir en cualquier momento. Podía irse esa noche y subir a un avión antes del amanecer. De repente pensó en lo que J. C. le había dicho. Siempre estaba huyendo. Y por primera vez en su vida la idea de ponerse en camino de nuevo la hacía sentirse agotada. Estaba cansada de tener miedo de quedarse, de arriesgarse. Al día siguiente tomaría una decisión. Esa noche no quería decidir nada que no fuera qué pijama iba a usar esa noche.

Pero sí tomó una decisión, no obstante. Encendió el ordenador y mandó un único correo electrónico. Se tomó la cena y se metió en la cama en la que había dormido durante casi toda su vida.

A la mañana siguiente fue el aroma a café recién hecho lo que la despertó. Bajó a la cocina sin siquiera revisar su correo electrónico primero. Era mejor tomarse un café antes de llevarse otra decepción. Acababa de servirse una taza cuando su hermana mayor entró en la estancia, todavía somnolienta. Grace agarró otra taza y la llenó de café caliente. Su hermana tenía los ojos azules y el pelo rubio. Sus facciones habían sido moldeadas por la sabiduría y la templanza a lo largo de los años. Ella había sido el pilar sobre el que todas se habían apoyado cuando sus padres se habían marchado.

–Hola –dijo Hope, esbozando una tenue sonrisa–. ¿Dónde está la abuela?

–Hola –Grace le dio la taza a su hermana–. La abuela está echando una mano en uno de los eventos que hay hoy. Se fue a la cama pronto. Yo llegué tarde…

–Te oí. Esa tabla del porche… ¿Recuerdas?

Hope sonrió.

–Siempre te metía en problemas, y con J. C. también, si no recuerdo mal.

J. C. era la última persona en la que quería pensar ese día. –Me alegro de verte, Hope.

–¿En serio? –Hope se sentó frente a la mesa–. Después de nuestra última charla…

Grace movió una mano. Aquella discusión ya no tenía importancia. Había culpado a Hope de su propio fracaso en su

carrera, pero había sido muy injusta.

–Eso ya no importa. Me ha venido bien venir, para ver a la abuela, para… –Grace dejó incompleta la oración. Forzó una sonrisa–. Bueno, ¿qué tal la vida en el rancho? –le preguntó a Hope–. La abuela dijo que habías hecho unas fotos para un sitio de terapia o algo así.

Hope se sonrojó y entonces le habló de las instalaciones de equitación terapéutica en las que había trabajado.

Cuando Grace le preguntó si era por eso por lo que se había sonrojado, Hope titubeó.

–Creía que ibas a poner los pies en polvorosa.

«Beckett's Run es un sitio estupendo, uno de esos pueblos que te envuelve si lo dejas, Grace», las palabras de J. C. reverberaron en su cabeza.

–Puedo quedarme unos minutos más.

Hope la miró a los ojos y el silencio se alargó.

–El dueño del sitio… Blake… estoy con él.

Mientras Hope hablaba de Blake y de cómo se había enamorado del sexy ranchero, Grace escuchaba, sonreía y… envidiaba a su hermana. Hope lo había conseguido. Se había lanzado al vacío y se había sumergido en las turbulentas aguas del amor, un mundo sin garantías, ni promesas de finales felices.

Al final de la conversación, Grace abrazó a su hermana y le dijo que llevara la cámara a los eventos. Una idea se estaba fraguando en su cabeza, una idea que entrañaba algunos riesgos, pero también una enorme recompensa si todo iba bien.

CAPÍTULO 12

J. C. se detuvo en el parque y admiró su obra, la suya y la de otra docena de personas. Todo el parque había sido convertido en un paraíso de invierno y la gente, llegada de todas partes, caminaba entre las secciones, disfrutando del chocolate caliente, de la fritura y de los puestos de adornos navideños. Los festejos de invierno habían sido todo un éxito y los últimos eventos se celebraban esa noche.

Por fin tendría algo de tiempo para tomarse un respiro, para pensar.

Tenía muchas decisiones que tomar en los días siguientes, pero una de ellas tendría que tomarla en ese mismo momento. Junto al estanque había una silueta familiar, envuelta en un abrigo azul oscuro. La observó durante unos segundos, admirando la suave curva de su cuello y la sonrisa de sus labios. Era una mujer hermosa. Jugaba con él, le tentaba y le hacía pensar en todas esas cosas que había pospuesto durante tanto tiempo.

Tenía que decirle aquello para lo que había ido allí. Tenía que intentarlo una última vez.

–Has venido –le dijo, yendo hacia ella.

Ella se volvió con una sonrisa en los labios.

–Tenía que verlo con mis propios ojos. Todo está precioso. Has hecho muy buen trabajo.

–Gracias. Te debo muchas cosas. El público triplica lo que esperábamos, o más.

–No hice gran cosa.

–Hiciste mucho, Grace.

Y era cierto. Su estrategia de publicidad le había reportado mucho interés mediático al pueblo, lo cual se traducía en ingresos económicos.

–¿Le ha gustado a Henry el desfile? J. C. se rio a carcajadas.

–Le ha encantado. Se sentó sobre mis hombros y lo vio hasta el

final. Al final Papá Noel le saludó con la mano y eso le alegró el día. Ahora mismo está en casa de mi madre, ayudándola con algunos quehaceres. Quiere portarse muy bien estos días, antes de que llegue Papá Noel.

Grace sonrió.

–Es un niño adorable. Me alegra ver que está disfrutando de las vacaciones –Grace puso la mano sobre su brazo un instante–. Eres un buen hombre, J. C.

Él se rio.

–No sé. Creo que estoy trabajando en ello.

Grace sacudió la cabeza.

–Siempre fuiste un buen hombre. Todo lo que has hecho en tu vida, lo has hecho con las mejores intenciones. Cuidaste de tu familia, y de este pueblo, porque te importaba. No hay nada de malo en eso.

J. C. quería protestar, pero vio la seriedad de su rostro y, por primera vez en su vida, dejó que los cumplidos le llenaran de alegría y de esa sensación de realización personal.

–Gracias, Grace. Eso significa mucho para mí.

Ella se encogió de hombros, restándole importancia.

–Bueno, de todos modos, será mejor que dé un paseo. Tengo que escribir algo para después de la publicidad.

–Espera. Quería hablar contigo del artículo de Henry –se sacó los papeles del abrigo.

Estaban un poco arrugados por las veces que los había leído, la noche anterior y de nuevo esa misma mañana.

–Es… increíble. Casi me hizo llorar. Le has retratado perfectamente y has cerrado el círculo con la historia del muñeco de nieve.

–Gracias –Grace se sonrojó.

–No sabía que escribías así, Grace. Quiero decir que he leído algunos de tus artículos…

–¿Has leído mis artículos turísticos?

Él le sonrió.

–No pensarás que te olvidé del todo cuando rompimos, ¿no? Claro que leí tus artículos. Compraba revistas todos los días y buscaba tu nombre. La gente de la librería debió de pensar que hacía muchos viajes. Era mi forma de saber que estabas bien,

supongo.

–¿Siempre y cuando esté haciendo esquí acuático en Florida o de compras en un mercadillo de Indonesia, estoy bien? –Grace sonrió.

–Algo así –J. C. le apartó un mechón de pelo de la frente– . Yo nunca te olvidé. Lo intenté, pero eres una mujer difícil de olvidar, Grace McKinnon.

–J. C…

–No –le puso un dedo sobre los labios–. No me digas que no diga esto. No me digas que no quieres oírlo. Y no te vayas antes de que termine.

Bajó la mano. Era el momento de hablar. Si no se lo decía en ese momento, a lo mejor no volvía a tener otra oportunidad.

–Yo nunca te he olvidado. Nunca encontré a nadie como tú, y no quiero que te vayas, ni hoy, ni mañana, ni nunca.

–No podemos…

–No –J. C. sonrió para suavizar sus palabras–. Esta mañana me desperté y, después de leer tu artículo, me di cuenta de que solo hay una cosa que quiero para Henry por Navidad este año, y para mí mismo también.

Soltó el aliento y con él salieron las palabras que podían cambiar su futuro.

–Voy a vender la empresa y me quedo aquí.

Antes de tomarse su primera taza de café, J. C. había llamado al dueño de la empresa que se iba a fusionar con Carson Investments y le había ofrecido la posibilidad de hacer la fusión en sentido inverso. Habían pulido los detalles y una oferta tentativa estaba en pie. Estaba hecho, y aunque su decisión fuera a ser controvertida en Carson Investments, sabía que hacía lo correcto.

Grace parpadeó.

–¿Qué?

–Vuelvo a Beckett's Run, definitivamente. He hecho dinero. He demostrado lo que tenía que demostrar. Y ahora quiero tener una vida. Y quiero una que esté aquí, donde está mi corazón –le agarró las manos y se las sujetó con fuerza–. Sé que quieres irte, Grace. Lo veo claro en tus ojos, llenos de miedo, y en la forma en que no estás aquí del todo. Pero te pido que lo pienses. Quédate aquí conmigo en Beckett's Run y hagamos ese viaje que planeamos hace años.

–Cuando íbamos a dirigirnos hacia la puesta de sol, hacia donde

nos llevara el viento.

–El viento nos trajo de vuelta aquí este año al mismo tiempo. Creo que eso no es una coincidencia. Creo que es una señal de que tenemos una segunda oportunidad, y seríamos tontos si no la aprovecháramos.

Grace buscó su mirada. Las dudas y las preguntas le contraían el ceño.

–¿Qué me estás diciendo, J. C.?

–Te estoy diciendo que te quiero, y que siempre te he querido. Quiero que te quedes, Grace. Quiero que te arriesgues.

Grace ya estaba dando un paso atrás, a punto de escapar.

–No puedo, J. C. Mi carrera me lleva por todo el mundo y…

–Eso es una excusa. Puedes seguir escribiendo artículos turísticos. Puedes seguir yendo a Bali y a Cancún, y a todos esos sitios. Pero, cuando acabes, vuelve conmigo. Vuelve a Beckett's Run.

–¿Y si no funciona? ¿Qué pasa si hacemos esto con las mejores intenciones y terminamos rompiendo? ¿Qué pasa si tenemos niños y todo eso les afecta? Niños como Henry, niños que no tienen por qué sufrir las consecuencias.

–¿Me estás diciendo todo esto porque no me quieres, o porque tienes miedo de convertirte en uno de tus padres?

–Soy exactamente como mi madre, J.C. No puedo sentar la cabeza. No puedo quedarme. La sola idea de hacerlo me asusta, así que sé que aunque te diga que sí ahora mismo, en algún momento voy a sentir esa ansiedad, y me voy a ir algún día de nuevo.

–¿Por qué escribiste ese artículo sobre Henry?

Grace sacudió la cabeza al ver que cambiaba de tema.

–Solo dímelo. ¿Por qué escribiste ese artículo?

–Porque sabía que su historia tocaría el corazón de la gente.

–He leído lo que escribes, Grace, y no tiene nada que ver con eso. Quiero decir que tus artículos son buenos, pero no son la clase de escrito que trata de cosas profundas, como este. Entonces, ¿por qué elegiste esta historia? ¿Por qué ahora?

Grace soltó el aliento. No se acercó más, pero tampoco se alejó.

–Cuando estaba en Rusia, hace unos años, conocí a una niña. El invierno acababa de empezar y hacía mucho frío. No tenía abrigo, pero estaba en una esquina, vendiendo periódicos para alimentar a

su familia. Yo le compré uno, la llevé a una tienda para comprarle un abrigo y le di de comer el día que estuve allí. Aquello se me quedó grabado, J. C., y decidí que quería escribir una historia que hiciera que la gente reparara en niños como ella, y que hicieran algo al respecto, así que escribí una historia y se la mandé a un profesor de la universidad, que es el editor de Social Issues, la clase de revista que cubre esas cosas. Él rechazó mi artículo.

–¿Por qué? Eres una escritora estupenda.

–Tengo lo que hace falta para escribir sobre el mejor hotel para recién casados, o para escribir sobre un rincón escondido de Costa Rica, pero, cuando se trata de historias de verdad, no soy lo bastante buena. El editor me dijo que era porque no le ponía el corazón. He tratado de hacerlo con este artículo, porque esta vez me importaba mucho, más que mi carrera. Pero no sé si lo he conseguido –levantó la mirada hacia él. Había lágrimas en sus ojos–. Por eso mi artículo no conmueve a nadie, y por eso no puedo quedarme, J. C. Si lo hiciera, tendría que poner el corazón en este lugar, y mi corazón se ha roto tantas veces que no puedo hacerlo más.

–No tienes miedo de apoyarte en otra gente, Grace. Tienes miedo de que otra gente cuente contigo y se apoye en ti.

Grace abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla de inmediato.

–Si no te quedas por aquí, si no echas raíces, nadie va a esperar que aceptes el reto, que asumas la responsabilidad, que seas una líder –J. C. negó con la cabeza y le dedicó una sonrisa–. Grace, una chica a la que se le da tan bien leer y escribir sobre otras personas y, sin embargo, no es capaz de ver las historias que hay en ella misma. Lo que no entiendes es que has sido la líder siempre. Fuiste tú quien se arriesgó en todas las ocasiones, quien me animó a romper las barreras. Me diste la niñez y la adolescencia que jamás hubiera tenido de otra manera y me enseñaste a asumir riesgos.

–Lo único que hice fue meterte en muchos problemas. No hice nada más.

–Te fuiste a recorrer el mundo con dieciocho años.

¿Quién hace eso? Eres la mujer más valiente que conozco,

Grace y, sin embargo, no te das cuenta. Ojalá te dieras cuenta –la agarró de la barbilla y contempló esos ojos que tanto amaba–. Me

gustaría que te arriesgaras a quererme, porque yo me he arriesgado –le dio un dulce beso en los labios y rezó para que no fuera el último–. Vuelve a las fiestas esta noche. Hay algo que quiero que veas. Estaré cerca de la glorieta a las siete.

–J. C., no creo que me quede hasta el final. Tengo que ponerme en camino y dirigirme hacia el próximo destino.

Él dejó caer la mano.

–Ya tienes tu próximo destino, Grace. Te da todo lo que siempre has estado buscando. Y más cosas aún.

Si Grace esperaba encontrar algo de paz, no la consiguió. Aparcó delante de la casa de su abuela y al entrar se encontró con una lluvia de abrazos de sus hermanas. Hope y Faith la rodeaban, riéndose y hablando como si el tiempo no hubiera pasado. Sus padres también estaban allí, a un lado, charlando con los hombres.

Toda la familia estaba unida, juntos para las fiestas. Grace quería salir corriendo, pero algo se lo impedía.

–Ya era hora de que vinieras a casa –dijo Hope–. Llevamos horas esperando.

Grace hizo todo lo posible por esbozar una sonrisa.

–Lo siento. Tuve que hacer algunas cosas para los festejos de invierno.

–Teníamos miedo de que fueras a salir huyendo antes de Navidad. No serían unas fiestas como Dios manda sin ti – Faith le dio a su hermana un fuerte abrazo.

Grace se lo devolvió y le prometió que, pasara lo que pasara, trataría de mantenerse en contacto con ellas a partir de ese momento. Llevaban demasiados años perdidas por el mundo y ya era hora de que las hermanas McKinnon estuvieran juntas.

–Y ahora que tenemos tantas noticias que compartir, tienes que quedarte.

–¿Noticias? ¿Qué noticias?

–¡Nos casamos! –exclamaron Hope y Faith al mismo tiempo, tomando a sus respectivos novios de la mano para presentárselos.

Se llamaban Blake y Marcus, respectivamente. El primero era un ranchero que le había robado el corazón a su hermana Hope y el segundo era un conde que hacía sonrojar a Faith todo el tiempo.

Sus hermanas hablaban sin parar, interrumpiéndose la una a la otra, ansiosas por contárselo todo.

–Me alegro mucho –dijo Grace, abrazando a sus hermanas.

Ese sentimiento de envidia que la había poseído antes volvió a asomar la cabeza.

–Me alegro muchísimo –les repitió a sus hermanas, y luego se volvió hacia los novios.

A juzgar por la forma en que miraban a sus respectivas prometidas, era evidente que estaban muy enamorados.

«¿Qué pasa contigo?», le susurró una vocecita interior.

Grace trató de respirar profundamente. Se volvió, aferrándose al poste de la escalera como si le fuera la vida en ello.

–Tengo un… plazo que cumplir. Voy a subir un momento para mandar esto. Enseguida me reúno con vosotros, ¿de acuerdo?

Subió las escaleras a toda prisa. Entró en su habitación, cerró la puerta y se tumbó en la cama.

De repente, alguien llamó a la puerta. Grace se puso en pie y agarró la mochila para fingir que estaba trabajando, pero no hizo falta. Era la abuela.

–¿Te encuentras bien, cariño?

–Estoy bien. Solo estoy… ocupada –el ordenador portátil cerrado y el escritorio vacío la desmentían.

–¿Estás demasiado ocupada para pasar tiempo con tus hermanas?

–Luego… las veré.

Mary cruzó la estancia y se sentó en la esquina de la cama.

–Cariño, sé que es difícil para ti. De hecho, creo que a veces es mucho más duro para ti. Hope era la mayor y, de alguna forma, se hizo cargo de todo. Eso le dio algo que hacer, algo en lo que centrarse cuando tu madre se marchaba. Faith estaba en el medio y no se callaba con nada. Pero tú, mi pequeña y dulce Grace, tú eras la más pequeña, la que quedaba olvidada algunas veces.

Grace sacudió la cabeza, pero le escocían los ojos de todos modos.

–No importa.

–No. Sí que importa. Y yo creo que levantaste todos esos muros y pusiste esa distancia porque así no te hacen daño – Mary sujetó las mejillas de su nieta–. A veces tienes que arriesgarte, Grace, y

amar a otras personas, y quedarte lo bastante como para que puedan quererte.

–Es que… es duro para mí –Grace se mordió el labio inferior y trató de hacer que pararan las lágrimas, pero fue en vano.

Mary la observó durante unos segundos.

–Creo que esta vez tu padre y tu madre van a hacer que las cosas funcionen. Les he escuchado y les he visto juntos. Después de perderse el uno al otro por segunda vez, creo que finalmente han cambiado y han crecido. Se han dado cuenta de lo que es realmente importante y de lo mucho que se quieren el uno al otro. Son conscientes de cuánto cuesta mantener las cosas en pie.

–Y cuánto miedo da enamorarse de alguien, ¿no? – añadió Grace.

Eso era lo que le hacía sentir ese nudo en la garganta, lo que hacía que se le cortara la respiración, el miedo a enamorarse, de J. C.

–Exacto –dijo Mary–. ¿Sabías que tu abuelo tuvo que pedirme cuatro veces que me casara con él?

–¿Cuatro? Nunca me lo habías dicho.

–Oh, era muy testarudo. Menos mal, porque resultó ser más testarudo que yo. Yo no quería casarme y sentar la cabeza, lo cual, en mi época era poco menos que un crimen contra la naturaleza y la sociedad –se rio a carcajadas–. Yo tenía miedo de perder mi libertad si me casaba. Soy como tú. Quería hacer mis propias reglas, decidir mi propio destino. Me llevó un tiempo darme cuenta de que querer a alguien, y ser correspondido, te da más libertad que cualquier otra cosa en el mundo.

–¿Cómo es eso?

Una suave sonrisa se dibujó en el rostro de Mary, y Grace se dio cuenta de que estaba recordando al hombre con el que había pasado la mayor parte de su vida.

–Su amor se convierte en una ráfaga de viento bajo los pies. Te ayuda a volar más alto. Tu abuelo me alentó a seguir adelante con todas las ideas locas que se me ocurrieron. Y, como ya sabes, tu padre también lo hizo con tu madre. Quería que ella se encontrara a sí misma, y le ha llevado algún tiempo, pero lo ha conseguido. Y míralos ahora.

Grace miró la mochila, vieja y desgastada después de tantos

viajes. Había recorrido el mundo entero, y al final había vuelto al principio. J. C. le había dicho que era una señal.

–Bueno, ya he dicho lo que tenía que decir –Mary le dio un abrazo a su nieta y retrocedió–. Es Nochebuena, y después de cenar vamos al centro a ver los festejos. Vamos a ser una gran familia feliz, lo que le pedías a Papá Noel todas las Navidades, cariño. Por fin tienes lo que querías. Y ahora ven a disfrutar de ello.

Los miembros del Club de la Carpa saludaron a J. C. cuando pasó frente a ellos, de camino al parque. El baile estaba en pleno apogeo y el resto del parque estaba lleno de visitantes que probaban suculentos dulces y montaban en distintas atracciones. Al pasar por delante del Trineo del Muérdago no pudo evitar mirar hacia allí.

Grace.

Se había marchado del parque después de la conversación que habían mantenido y no había vuelto. Había intentado llamarla un par de veces, pero sus llamadas habían sido desviadas directamente al buzón de voz. ¿Acaso se había subido ya a un avión?

Vio a su madre y a Henry. Iban hacia él con una sonrisa en la cara. El pequeño se soltó de su abuela y echó a correr hacia él. J. C. se agachó, extendió los brazos y le alzó en el aire.

–¡Tío Jace! ¡Hemos visto a Papá Noel! Y dice que viene a mi casa esta noche. Dice que he sido un buen chico. J. C. le alborotó el pelo.

–Sí que lo has sido. Creo que Papá Noel te va a traer muchos regalos.

J. C. tomó el objeto que sostenía su madre en las manos.

–Gracias por traerlo. Me sorprende que lo hayas encontrado.

–El desván está lleno de cosas de todo tipo. También saqué algunos de tus juguetes de cuando eras pequeño. Henry los prefiere a los de su madre, al igual que cualquier chico. Debería haberlos sacado hace tiempo –la señora Carson suspiró–. Supongo que solo trataba de traerla de vuelta.

–Está en cada sonrisa que nos dedica Henry, mamá. Está ahí mismo, aquí mismo con nosotros. Lo ha estado todo el tiempo.

Su madre se paró junto a él y contempló a su nieto mientras hablaba con otros niños. Una sonrisa de orgullo se dibujó en sus

labios.

–Tienes razón. He criado a un chico muy listo, ¿no?

J. C. miró a su alrededor. No veía esa coleta rubia por ningún lado.

–Supongo. Ahora mismo no me siento tan listo.

Su madre le dio una palmadita en el brazo.

–Vendrá. Lo sé. Voy a llevarme a Henry para buscar un asiento. Hablamos luego. Buena suerte –le dio un beso en la mejilla y se dirigió hacia la glorieta.

J. C. se quedó inmóvil durante unos segundos. La nieve le pintaba de blanco los hombros y la cabeza. La gente se agolpaba a su alrededor, pero él no les prestaba atención. Al otro lado del parque vio a dos voluntarios del comité. Walter y Sandra caminaban tomados de la mano.

Su teléfono sonó en ese momento para recordarle la hora. Eran las siete en punto. Y Grace no estaba allí.

Soltó el aliento y se dirigió hacia la glorieta. Habían montado un techo debajo para crear un espacio que no estuviera a la intemperie dentro del recinto al aire libre. Sus zapatos aplastaban la nieve, produciendo ese sonido tan característico. Entró en el lugar cerrado y echó a andar por el pasillo, pasando por delante de todos los residentes que se hallaban sentados a ambos lados. Saludó a las señoras del club de lectura y también a su madre y a Henry. Subió las escaleras y se sentó en el centro de la glorieta.

–Me gustaría darles la bienvenida al festival de invierno de Beckett's Run –dijo, por el micrófono–. Espero que todos lo hayan pasado muy bien.

La multitud se deshizo en ovaciones y entonces rompió a aplaudir.

–Gracias. Pero no podría haber hecho todo esto sin la ayuda de muchos maravillosos voluntarios. Y ahora… De repente, una joven rubia entró en el recinto.

Era Hope McKinnon, e iba seguida de una morena, Faith McKinnon. Dos hombres entraron detrás de ellas, acompañados de los padres de las hermanas. Finalmente, entró Mary McKinnon y la puerta provisional se cerró.

J. C. sintió que la esperanza se agotaba en su corazón. Se aclaró la garganta y tragó con dificultad. No podía hacerlo.

–Bueno, sé que todos estáis esperando una actuación esta noche.

Agarró la funda dura que tenía a su lado.

–Pero…

La puerta se abrió de nuevo. Grace entró y le miró a los ojos. Transcurrieron unos segundos y entonces esbozó una sonrisa.

–Pero no quisiera retrasar más el momento.

Abrió la funda y sacó su guitarra acústica. No era la carísima guitarra eléctrica que se había llevado a la universidad, que estaba llenándose de polvo en su armario de Boston, sino la primera guitarra que había tenido, un regalo que le había dejado Papá Noel cuando tenía diez años, la misma guitarra que solía llevar durante sus excursiones al arroyo con Grace, la guitarra con la que solía tocar canciones para ella durante aquellos perezosos días de verano.

Grace avanzó por el pasillo y se sentó en primera fila, entre su abuela y su madre. Henry bajó de su asiento y fue a sentarse en su regazo. Ella titubeó un instante, pero finalmente le rodeó con un brazo y se inclinó para susurrarle algo al oído. El niño sonrió, asintió con la cabeza y se acomodó para escuchar.

J. C. marcó un acorde, pero no tuvo más remedio que detenerse un momento. El pánico le había invadido de repente. Soltó el aliento, cerró los ojos y comenzó a tocar de nuevo. La melodía de una vieja canción volvió a él a cada nota que daba, y poco después comenzó a cantar. Llevaba años sin tocar delante de nadie, y jamás había actuado para alguien de Beckett's Run, excepto para Grace. Poco a poco la gente comenzó a moverse al ritmo de la suave cadencia, llevándole consigo e impulsándole a seguir.

Cuando terminó, la gente comenzó a aplaudir con fuerza. J. C. se puso en pie, hizo una cómica reverencia y presentó la siguiente actuación antes de abandonar el escenario. Al bajar las escaleras, vio que su sobrino echaba a correr hacia él. Henry hizo el intento, pero su abuela le agarró y le dijo que esperara. La familia de Grace se puso en pie. Todos le dedicaron efusivos saludos, ovaciones y abrazos, pero su atención permanecía fija en Grace.

–Creo que tenemos que dejar un poco de espacio libre – le dijo Hope a Faith–. Por el final feliz de Grace.

Las dos hermanas se echaron a reír y se apartaron a un lado, dejándole el camino libre hasta Grace. Al salvar la distancia que le separaba de ella, toda la gente que los rodeaba pareció

desvanecerse. No veía nada que no fuera ella, y la forma en que se le iluminaban los ojos a medida que se acercaba. Esa noche se había soltado el pelo.

–Gracias por venir –dijo J. C., a falta de algo mejor que decir.

Por segunda vez en su vida estaba nervioso al dirigirse a Grace. La primera vez había sido cuando tenía dieciséis años y estaba a punto de pedirle una cita.

–Reconozco esa guitarra. De hecho, la recuerdo muy bien.

Él sonrió.

–Esperaba que lo hicieras.

–Y la canción. Solías cantármela.

Él asintió. Podía ver aquellos días de verano reflejados en sus pupilas.

–Nunca se la había cantado a ninguna otra persona hasta hoy.

–¿En serio? ¿Por qué?

–Tú no eres la única que tiene miedo de asumir riesgos – le dijo él con una sonrisa–. ¿Sabes cuál fue la verdadera razón por la que no fui en ese viaje contigo? Tenía miedo de fracasar, de asumir ese riesgo y demostrar que mi padre tenía razón, de fracasar en la música y terminar de dependiente en una gasolinera, así que preferí dejar mi música entre tú y yo. Pero ya no quiero hacerlo. No tengo pensado hacer carrera en esto, o ganar un disco de platino. Solo quiero disfrutar tocando. Me da igual triunfar o no. Lo único que me importa es demostrarte que voy en serio.

–¿En serio con qué?

–Con lo de asumir más riesgos a partir de ahora –apoyó la guitarra contra una silla cercana y dio un paso adelante. Ella se quedó donde estaba; una buena señal para él–. Si quieres irte de Beckett’s Run, Grace, y viajar por el mundo, estoy listo para ir contigo. Estoy listo para dar ese salto hacia lo desconocido. No quiero perderte, y, si eso significa marcharse de aquí, entonces lo haré.

–No quiero que hagas eso –le dijo ella, mirando a Henry.

El niño se aferraba a la mano de su abuela, observándoles. Grace le dedicó una sonrisa.

–No quiero que hagas eso.

J. C. suspiró. Se le cayó el alma a los pies. Esperaba que dijera cualquier cosa excepto eso.

–Muy bien. Bueno, gracias por venir a ver el espectáculo, y gracias por toda tu ayuda –dio media vuelta, listo para irse, pero ella le agarró del brazo antes de que pudiera dar un paso.

–No quiero que hagas eso porque quiero que te quedes aquí mismo y que críes a Henry, y que ayudes a este pueblo a ponerse en pie de nuevo y… –Grace respiró profundamente y soltó el aliento con una sonrisa– y quiero que estés conmigo.

–¿Contigo?

Ella asintió y la sonrisa le iluminó la cara.

–No me voy a ir a ningún sitio. Me voy a quedar aquí mismo, en Beckett's Run, contigo y con Henry, y con mi abuela. Yo también te quiero, J. C., y siempre te he querido. Nunca te lo dije, y debería haberlo hecho, hace tiempo, porque eres mi primer y único amor, J. C. Carson, y no puedo imaginarme cómo sería estar con otra persona.

–Oh, Grace, yo también te quiero.

J. C. sintió que iba a explotar de alegría. La miró a los ojos y vio el reflejo de su propio corazón en sus pupilas. Ella le amaba de verdad y ese pensamiento le llenaba de una felicidad que jamás había conocido.

–En los últimos días me he dado cuenta de que no importa cuánto dinero haga, o cuántas cosas consiga, si al final del día estoy solo. Quiero empezar y terminar el día de la misma forma siempre, con mi mejor amiga.

Grace sonrió.

–¿Es eso lo que somos, J.C.? ¿Los mejores amigos?

Él fue hacia ella y la agarró de la cintura.

–Creo que somos los mejores amigos, y mucho más.

–Muchísimo más –dijo ella, y entonces se inclinó para darle un beso fugaz que no duró más que un instante–. No quiero escapar más. No quiero poner otro sello en mi pasaporte. Quiero quedarme aquí contigo y construir un hogar.

–¿Eso no te asusta?

Ella se rio.

–Me aterroriza, pero yo soy la chica que ha recorrido el mundo sola. Estoy segura de que puedo con una valla de madera blanca y un perro en el patio.

–Creo que yo también puedo con ello –dijo él, riéndose–.

Aunque tengo que admitir que mis habilidades con el cortacésped son prácticamente inexistentes.

Grace volvió a reírse y se inclinó contra él.

–Tú sabes que a mí me da igual que el césped esté perfecto o no, o que la cena se queme o que la pintura de las paredes empiece a caerse. Esas cosas nunca me han importado.

–A mí tampoco –J. C. la abrazó con fuerza y le dio un dulce y largo beso.

A sus espaldas, podía oír la animada conversación de las familias.

–Pero ¿qué tal lo de viajar por el mundo? ¿Escribir?

–Resulta que tenías razón respecto a ese artículo sobre Henry. Al editor de Social Issues le ha encantado. Quiere que escriba más artículos así. Me ha dicho que lo va a incluir en el próximo número de la revista y le he pedido a Hope que le haga algunas fotos a Henry para acompañar el artículo.

J. C. había visto el trabajo de Hope. No podía pensar en nadie mejor para complementar las poderosas palabras de Grace.

–Estupendo. A lo mejor alguien que haya perdido a un ser querido encuentra consuelo en tus palabras.

Ella asintió.

–¿Sabes? Cuando escribí esa historia pensaba que la estaba escribiendo para otra gente, para que la leyeran y recordaran el verdadero sentido de la Navidad.

–¿Y qué sentido es ese?

–Que la familia es el mejor regalo del mundo, pero es el único que no puede traer Papá Noel. No se puede comprar en una tienda, pero puedes crearla tú mismo –miró a su familia. Todos la observaban con sonrisas en la cara.

–Cuando escribí ese artículo, me di cuenta de lo que era distinto en él, en comparación con el artículo sobre la niña de Rusia. He puesto el corazón en este artículo, J. C., porque lo he abierto, a Henry, a ti, a este pueblo. Y cuando pensé en volver a marcharme… –soltó el aliento– me di cuenta de que no podía. Me gusta estar aquí. Es igual que cuando era una niña pequeña, y seguramente seguirá siendo así cuando sea una viejecita, y eso es lo que más me gusta de Beckett's Run. Las señoras del club de lectura se reunirán los martes y el restaurante seguirá sirviendo pastel de pollo.

Seguramente tendré que viajar un poco para investigar sobre mis artículos, pero al final… –le agarró la mano y se la apretó– siempre volveré a casa.

–Volverás a mí.

–A nosotros.

–¿Eso significa que quieres hacer ese viaje conmigo? He planeado un viaje de lo más aventurero.

Ella ladeó la cabeza.

–Pero ¿qué puede ser más aventurero que hacer skydiving en Malta y scuba diving en Australia?

–Casarte conmigo –J. C. esbozó su mejor sonrisa y le agarró la otra mano–. Sé que no estoy haciendo las cosas bien, y ni siquiera tengo un anillo…

–Lo estás haciendo como debe ser, J. C. –le dijo ella en un susurro–. Me estás pidiendo que me case contigo delante de toda la gente que nos quiere.

Alguien se aclaró la garganta a sus espaldas y entonces se oyó un murmullo de anticipación.

–Por no hablar de que lo estás haciendo delante de todo el pueblo –Grace se rio–. No se me ocurre mejor público para esto –se lanzó a sus brazos y sonrió–. Sí, J. C. Sí, me casaré contigo.

J. C. se inclinó para besar a su futura esposa, a la mujer a la que había amado desde el primer bocado de pastel de pollo en Carol's Diner.

–Ya era hora –murmuró Walter al tiempo que todos rompían a aplaudir y les daban la enhorabuena.

J. C. la besó largo y tendido, y siguió aferrándose a ella incluso cuando el beso terminó. Ella se recostó contra su pecho, como debía ser, como siempre había sido. Las señoras del club de lectura se acercaron en ese momento para felicitarles.

–Me alegro tanto de que te quedes en Beckett's Run… –le dijo Pauline Brimmer a Grace–. Puedes venir al club de lectura todas las semanas.

Grace levantó una mano.

–Oh, no sé si…

Pauline la interrumpió con un gesto.

–No te olvides. Vamos a leer Mujercitas. Creo que te va a encantar el final. La escena final entre Jo y el señor Laurence es… –

se tocó el pecho y suspiró– tan romántica…

Grace miró a J. C., el hombre al que había amado toda su vida, y entonces sacudió la cabeza.

–No me hace falta leerlo. Ya sé cómo termina la historia. Se casaron, se establecieron en un pequeño pueblo perfecto y, sobre todo, vivieron felices por siempre jamás.

Tomó la mano de J. C. y salió a la fría nieve de invierno. La Nochebuena llegaba a su fin y un nuevo día acababa de empezar.

FIN